

# **Los Altos Bojes**

Alberto López Sanjurjo

UDI-DEGT-UNAH

**Los Altos Bojes**

Alberto López Sanjurjo

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Alberto López Sanjurjo, 2020

[www.universodeletras.com](http://www.universodeletras.com)

Primera edición: 2020

ISBN eBook: 9788412258592

UDI-DEGT-UNAH

# **LA CASTELLANA**

UDI-DEGT-UNAH

Un buen día, muy soleado por cierto, armado de una paleta, una llana y una brocha, estaba encalando Blas la fachada de su casa. Tanto era el calor que se decidió a hacer una pausa. Pero antes, vertió un poco de agua en el balde de cal. Se sentó en uno de los dos poyos de piedra junto a su casa, debajo de un almendro, se quitó la gorra y tomó unos sorbos de agua fresca de la bota que unas horas antes había sacado de la fuente de la plaza mayor. Esas aguas tenían un frescor y un sabor peculiar por bajar de las lomas y por la proximidad de los tilos que rodeaban el lugar. Nada tenían que ver con las del pozo doméstico. Blas se enjugó la frente ardiente, los antebrazos curtidos por el sol y con el mismo paño, empezó a abanicarse.

A esa hora del día, las calles estaban desiertas. Acababa de pasar el coche del correo. Debía de ser las doce o un poco antes dado que no se había oído el repique de las campanas de la iglesia. Después de varios días de rellenar, alisar y encalar, casi había terminado Blas el muro delantero. Solo le faltaba la parte por debajo del alféizar. Su empañada mirada se perdía entre el cansancio, el bochorno y el reflejo deslumbrante de la cal pueblerina. Volaban las golondrinas en lo alto del cielo azulísimo y bajaban, de vez en cuando, desapareciendo por entre los caballetes de las techumbres de tejas. El fumé de pescado entomatado y frito en aceite de oliva y de bistec encebollado que salía de las casas pueblerinas le abrió el apetito. Se levantó Blas y puso el balde y las herramientas a la sombra de uno de los almendros. Estaba por entrar en casa cuando en eso, apareció, a lo lejos, un forastero que se dirigía hacia la casa.

—¡Disculpe! Señor —dijo el forastero en tono firme y educado—¿La castellana, por favor?

Dios mío, pensó Blas entre sí, ese caballero debe de andar bien despistado.

—Está usted en el corazón de La Castellana — le contestó Blas.

—Bien quisiera tenerlo pero me temo de que sea tarea ardua —le dijo el caballero.

Entre dubitativo y perplejo, pensando que el sol de mediodía había enloquecido a ese señor, guardó silencio Blas y esperó, mirándolo de hito en hito, como quien dice hábleme en castellano.

—¿Usted es de aquí? — Le preguntó el caballero a Blas — o ¿Está haciendo obras en esa casa?

—Esta es mi casa y mando yo en ella —le contestó Blas.

—Por supuesto —replicó el forastero cuyo acento le llamó de inmediato la atención a Blas sin atinar a identificar su procedencia. Además de parecer desnortado, el caballero tenía esa mala costumbre de tragarse las sílabas.

—Usted está haciendo un muy buen trabajo —lo cumplimentó el forastero.

—Muchas gracias —dijo Blas. Pero disculpe caballero. No quiero ser grosero pero... podría decirme qué anda buscando que mucha faena tengo yo. Usted me preguntó por La castellana y aquí está usted en ella, que yo sepa. ¿Qué más puedo decirle?

—¡Claro! ¡Claro! — exclamó el forastero. Dispén—seme. No fui lo suficiente explícito. Lo siento.

El caballero que, a todas luces, tenía sentido del humor pero que parecía tener un hablar a dos luces, le contestó:

—No busco el pueblo la Castellana que bien sé que así se llama sino a la castellana del pueblo.

—¡Ah! ¡A la castellana! —Respondió Blas articulando y con ganas de reírse. Por ahí no más vive la señora de Alarcón — y le indicó Blas la dirección, señalando la morada de la castellana con el índice. Son dos cuadras a la derecha y media vara a la izquierda, detrás del bosquecillo que bordea la esquina, en lo que queda del castillo que, dicho sea de paso, bien necesitaría algunas reformas.

Y olfateando Blas algún lance amoroso, añadió:

—¿Usted la conoce bien?

—Por supuesto. La señora de Alarcón es una vieja amiga mía a quien no he visto desde hace muchísimos años y no recordaba para nada la dirección suya.

—Ahora, no se puede extraviar caballero. Aquí está usted en su corazón —le contestó Blas en tono pícaro.

El caballero que también mostraba tener agudeza y donaire lo miró con vivacidad y despidiéndose de Blas, le contestó:

—¡Dios quiera que así sea! Pero lo dudo.

El caballero se fue por la esquina y por curiosidad, lo siguió Blas con la mirada y se dio cuenta de que había agarrado el camino opuesto. —¡Qué hombre más raro! —murmuró Blas. A lo mejor todavía no estaba preparado para encon—trarse con los fantasmas del pasado. Una de cal y otra de arena — musitó Blas. Dios dirá...



A los pocos días y terminada la fachada, volvió Blas a sus actividades agrícolas. Trocó la llana por la podadera, la paleta por la horca y la brocha por la vara de arrear. Mes y medio le faltaba antes de que empezara la feria de Pueblo Nuevo, la cabecera comarcal, la más importante del año en que Blas sacaba una cuarta parte de sus ingresos anuales. A esa feria acudían gran parte de los ganaderos de la región y de mucho más allá así como los productores de frutas y hortalizas y una infinidad de vendedores y comerciantes que ofrecían un sinfín de géneros de toda clase. De día, era puro negocio y de noche, pura fiesta. Esa algazara se prolongaba diez días seguidos y a partir del anochecer, tocaban conjuntos y se bailaba hasta la madrugada. Pues, no había tiempo que perder y estar listo para ese gran evento.

Ya tenía almacenados Blas en talegos quintales de papas, trigo, arroz y frijoles y había cebado como de costumbre, bueyes, chanchos, gallinas, pollos, patos y chompipes. Una de sus joyas, aparte de los caballos que lograba vender cada año en la feria, era una potra alazana que pensaba negociar a buen precio. Las pocas semanas que tenía por delante las debía dedicar casi exclusivamente a la recolección de frutas: aguacates, guanábana, mandarinas, naranjas, limones, cálalas, papayas, melones, pitahayas etc. Y para la cosecha de las hortalizas, habichuelas, zanahorias, repollos, berenjenas, remolachas y de los famosos rábanos negros, solo cultivados por él y cuyas habas se las había regalado Segismundo, un viejo amigo suyo antes de que vendiera sus tierras, contrataría a unos jornaleros más para que le ayudaran a recogerlos. Y sobre todo, la feria de Pueblo Nuevo le permitiría también como cada dos o tres años, sacar muy buenas ganancias de la venta de las afamadas trufas de los Altos Bojes cuyo precio, en ciertas ocasiones, alcanzaba techos vertiginosos.

Por último, se encargaría él de las flores y de las plantas aromáticas que eran como una pasión debido a su gusto por las fragancias silvestres que utilizaba mucho en la cocina, otra de su afición favorita cuando le daba tiempo de ejercerla. Solo él se ocuparía de ellas. Las sobras, las vendería al boticario, el más sabio de la comarca y al mismo tiempo el más odiado por su uña larguísima en la mano derecha y a propósito de la cual la gente pensaba que hechizaba y magnetizaba a sus enemigos.

Siendo Blas un campesino instruido y letrado, ninguna atención le prestaba a las supuestas facultades sugestivas de la uña del boticario. Pensaba que había leído el herbolario a Valera y que lo había hecho como una broma de casino, una ligereza llamativa. Ese señor de apellido Montaya se había graduado en León y había conseguido una beca de especialización en Boston. Pese a su uña larguísima, objeto de tantos temores, había aliviado él numerosas penas y salvado no pocas vidas y eso nadie lo podía negar. Su hermano, don Alex, era dueño de una cervecera en La Coriña, segunda ciudad del país, que llevaba su apellido. Con que Montaya era un nombre conocido de todos y por serlo, propicio a la censura de todos. De todas formas, nadie escapaba por mucho que lo quisiera uno a la chismografía de La Castellana, una voraz y ávida traga—vidas que en un dos por tres, tenía esa potestad maléfica, dañina y perniciosa de arruinar la reputación de uno. La gaceta comarcal, la Joya del Septentrión, era fiel testigo de esa vorágine sanguinaria.

Así era La Castellana, decía la vox populi, hecha de cal y canto, de sol y sombra, de repulsas y zalamerías. Pero en realidad era el infierno antes que la convivencia como si los vecinos de La Castellana estuviesen condenados a cargar con una condena ancestral sin ninguna salvación. Unos moradores decían en voz baja que el rosario de curas que oficiaron en esa parroquia desde hacía siglos eran los únicos responsables de esa abulia y maldición multiseccular que arrastraba a los vecinos hacia la destrucción. Por cierto, habían crecido con creces los pueblos aledaños menos la Castellana que parecía complacerse en el oscurantismo y la servidumbre. Otros decían que había que exorcizar a los demonios atávicos que encadenaban el destino de ese pueblo estancado y estático como si el pueblo fuera una sacra estatua o un santuario. Otros decían que había que darle tiempo al tiempo, que no había que precipitar las cosas y que La Castellana, como cualquier pueblo, tendría sus tiempos de gloria, solo era cuestión de tener fe y que las buenas personas estuviesen en el buen lugar para defender los intereses de La castellana y de la comarca. De eso no había que dudar y si lo decían las Autoridades era palabra de Dios.

Ese abecedario discursivo de La Castellana se lo sabía de memoria Blas. Como solía decir él mismo: cambiar por cambiar sin cambiar. La mayoría de la gente convivía en ese estado anímico creyendo sin creer, comiendo en la mano de las Autoridades sin quererlo o fingiendo no quererlo. Por cierto, obraban y labraban por sus propios esfuerzos los vecinos para tener pan, techo, salario y de vez en cuando descanso. Pero la realidad era otra y Blas lo sabía de sobra. No tenía que recibir lecciones de nadie, de absolutamente nadie. Sus bienes y su hacienda, los poseía gracias al sudor de su propia frente y a nadie más. Esa era su fuerza. Y en ese mundo de engaños y vilezas, ni las balas que salían de la boca de la gente o del cañón del fusil lo podían doblegar.



—¡Don Blas! ¡Don Blas! — Gritó Alfonsa desde el primer piso — ¡Ya llegan los jornaleros!

—Ya voy — le contestó Blas que estaba desayunando. ¡No se preocupe Alfonsa! Los voy a atender en seguida. Solo le pido que haga más café cuando haya terminado usted sus quehaceres.

—Vale, don Blas, usted dirá. Solo me falta arreglar su cuarto y bajo de inmediato.

—Gracias — Alfonsa, ¿qué haría yo sin usted? Usted es la perla de esta casa.

Blas terminó el gallo pinto con queso frito y puso el plato en el fregadero. Luego se dirigió hacia la puerta de la entrada con la taza de café fresco que acababa de servirse. Arrimado a la pared, estaba observando la llegada de los jornaleros. Puso el café en la mesita redonda del rincón de la entrada y encendió un cigarrillo.

—Buenos días, señores. Bienvenidos a Los Altos Bojes —dijo Blas dirigiéndose a los jornaleros. Yo conozco a la mayor parte de ustedes y les agradezco su fidelidad. Siéntense a la mesa. Veo que van a faltar dos sillas. Vuelvo en seguida.

Mientras tanto, Alfonsa disponía los tazones, la leche, los picos, el alajú y los polvorones en la mesa.

—Ya viene el café, señores —dijo ella.

Los hombres estaban callados en la terraza y los pocos que hablaban lo hacían en voz baja como si estuvieran descansando después de una larga caminata. Habían dejado sus alforjas, espuelas y machetes contra la fachada y el resplandor de la mañana al reflejarse en el acero de éstos daba un brillo intenso. Regresó Blas con las dos sillas y empezó la discusión.

—Ya saben que dentro de mes y medio se celebrará la feria de La castellana. Para quienes desconozcan ese evento, les diré sencillamente que es un acontecimiento importante en la vida del pueblo. Llega gente de toda la comarca y muchas veces, de más lejos. La concurrencia es grande así como la ganancia. Todo tiene que estar listo para esos diez días de feria. Hay mucha fajina tal vez más que los años anteriores. Por eso hablé con Luis para que reclutara a cuatro personas más.

Ocho de ustedes se encargarán de las frutas y dos de las hortalizas. Luis será el responsable y a él tendrán que acudir por cualquier problema. Después del desayuno, les enseñaré para quienes no conozcan la finca, las tierras cultivadas. ¿Preguntas?

En eso llegó Alfonsa con dos cafeteras que colocó en cada extremidad de la mesa.

—Sírvanse señores y si hacen falta galletas, no vacilen en decírmelo. ¡Buen provecho!

Blas siguió hablando del trabajo en sí, de la buena cosecha que esperaba, de los salarios, de los tres tiempos de comida que se podían tomar en la finca sin ninguna obligación y de la posibilidad, solo para dos personas de alojarse en la finca. Les precisó que tendrían que darle una respuesta a Alfonsa inmediatamente después del desayuno para que ella estuviera en condición de preparar la comida diaria y de arreglar los dos cuartos. El precio de la pensión se lo comunicaría Jorge, el mayordomo, así como él de la comida diaria. Recordó Blas a los obreros que se podía pagarle el salario a la semana o al mes. Eso tenía que verlo también con Jorge que no debía de tardar.

—¿Alguna pregunta? —Interrogó Blas.

Esta vez, uno de los jornaleros tomó la palabra.

—Bien sabe usted don Blas que la mayor parte de nosotros venimos de afuera y nos dimos cuenta en el camino de que acaba de cerrar Las Brisas, la casa de huéspedes donde solemos albergarnos cada año. Usted sabe que los precios allá eran muy favorables para nosotros. Al empezar el trabajo hoy mismo, no nos va a dar tiempo de buscar un alojamiento.

—Es cierto —contestó Blas, reflexionando—. Bueno, quedan si no me equivoco, dos o tres casas de huéspedes más o pensiones y la fonda de Joaquín. Uno de ustedes irá después del desayuno a averiguar las posibilidades de alojamiento. Claro que no lo descontaré de su sueldo. Pero que se resuelva este percance esta mañana misma.

Los jornaleros intercambiaron miradas, asin—tiendo.

—Vale —contestó el jornalero—. Uno de nosotros se encargará de ello.

Se levantó Blas, un cigarrillo en la mano y les deseó una buena temporada en los Altos Bojes.

En eso, se oyó el estrépito de un coche que penetraba en el patio de la finca. Era Jorge que llegaba de La Coriña tras pasar dos días en ella.

—Bueno —dijo Blas—les dejo en buenas manos. Allí viene Jorge el mayordomo. Podrán hacerle todas las preguntas que quieran. ¡Hasta pronto!

## IV

Los Altos Bojes era una propiedad que había cambiado a menudo de dueños en el siglo pasado a diferencia de la mayor parte de las fincas aledañas que tenían un carácter marcadamente familiar.

En las épocas pasadas, como lo pudo constatar Blas en las actas de propiedad, la finca logró alcanzar dimensiones gigantescas hasta tal punto que en su apogeo, Los Altos Bojes se confundían con el nombre de un pueblo hoy desaparecido y con él de un feudo cuyo nombre era el del fundador y encomendador del señorío: el marqués de los Altos Bojes. Los títulos, honores y dignidades heredadas del primer marqués, llenaban las dos primeras páginas de la biografía de su bisnieto, también marqués de los Altos Bojes, titulada *Mi gloria*. Las concesiones recibidas de la Corona y luego compradas por la familia quedaron en el seno de ella hasta las postrimerías del siglo diecisiete. Luego, Los títulos nobiliarios y de propiedad pasaron a mano de otros dueños que lograron mantener grosso modo la unidad del marquesado durante casi un siglo. A partir de esa época y no se sabe con certeza el porqué de las cosas, el señorío fue entrando en un proceso de desmantelamiento progresivo hasta mucho después de la Independencia mientras se iban instalando nuevos finqueros en la región acentuando el sesgo netamente familiar de las propiedades que contrastaba con el desarrollo y la extensión de las haciendas empresariales más bien orientadas hacia las exportaciones.

El talento y el talante de Blas así como su inventiva y sagacidad le permitieron, con el tiempo, juntar tierras aptas para distintos cultivos. Luego adquirió prados de ambos lados del río Rocosó que dedicó a la cría de ganado por su abundante pasto y herbaje.

Blas no era oriundo de La castellana. Contaba él que antes de afincarse en esos parajes, era más bien nómada y que esa vida insólita lo había facultado para hacer lo que ahora hacía. Al inicio, cuando compró tan solo la casa, los moradores de La castellana lo vieron con peregrinidad como se ve a un ave migratoria que un buen día llega a hacer su nido en tierras incógnitas. Lo primero que notaron los vecinos fue que montaba a caballo con mucha destreza y agilidad y que su negra, huraña y esbelta montura solo respondía a las manías de su amo. Ese mismo día de la llegada de Blas, dos jóvenes del pueblo lo aprendieron a su costa. Al querer hacer rabiar al caballo de Blas que estaba amarrado a un gancho de una pulpería, éste les partió la cara a coces y ambos se fueron disparados, el semblante ensangrentado, aullando por las calles a gritos partidos en dirección a su casa, pidiendo auxilio y venganza. Ni tiempo le dio a Blas de verlos. Solo oyó los chillidos que se iban perdiendo por las calles de La castellana.

Ese lance se lo recordó a Blas muchos años después, uno de los muchachos cuando aquél compró las tierras fruteras que colindaban las lomas del Cahuaca. Quiso la casualidad y la necesidad que Blas reclutara a uno de ellos, Luis, para poner en cultivo esas propiedades. Venganza nunca hubo sino más bien confianza y amistad. Incluso le regaló Blas unos años más tarde, un potro andaluz, tal vez por remordimiento o quizá porque se dio cuenta de que a Luis le faltaba un diente delantero que a lo mejor no tenía nada que ver con el incidente del primer día.

Lo poco que sabían los vecinos de Blas era que tenía sangre india, española y negra. Por doquier que anduviera, nunca dejaba el machete y una vizcaína que llevaba escondida en sus altas botas de cuero que se ataban con cordones. Alfonsa había notado al limpiarlas cada semana con cera de abeja, que una bota tenía doce botones y la otra trece. Pensó a la mejor que el zapatero se había equivocado pero que importaba, las botas eran sólidas y duraderas. Dos pares más, nuevecitos, tenía Blas en el armario de su cuarto que tampoco tenían el mismo número de botones. Alfonsa les sacaba el polvo y también los lustraba pero cada mes. A todas luces, Blas no tenía la intención de botar las viejas por el momento esperando tal vez que estuviesen muy gastadas. Y todavía faltaban años. Sin lugar a duda, las había hecho a la medida el mismo menestral a no ser que Blas le hubiera pedido al artesano poner doce botones en una bota y trece en la otra. ¡Qué raro!, decía entre sí Alfonsa, ¡Pero qué importaba! Así era Alfonsa, cuidaba a Blas como qué pero nunca lo molestaba haciéndole preguntas innecesarias. Solo le daba su opinión cuando él se la pedía. Y en ese equilibrio se mantenía la cordialidad y la confianza desde que Alfonsa empezó a trabajar en los Altos Bojes. También le planchaba la ropa, los pantalones de paño grueso y almidonaba sus camisas. Pero él no quería que le alisara las camisetas ni que le zurciera los calcetines. ¡Quién sabe con qué motivo! —preguntó al inicio Alfonsa—una de las tantas manías del señor—pensó ella. Alfonsa lo encontraba muy ordenado en sus cosas tal vez unos hábitos de soltero. Solo le había conocido unas cuantas amantes, muy amables y educadas por cierto —comentaba Alfonsa en su fuero interno—pero era como si él no quisiera prolongar por mucho tiempo las relaciones sentimentales y amorosas. La dama con quien tuvo una extensa relación, es decir medio año, fue doña Francisca, quien le regaló un fular de seda que solía poner por debajo de sus habituales pañuelos que lo protegían de las quemaduras del sol. A Alfonsa le caía muy bien doña Francisca. Era una mujer elegante, refinada pero no en exceso y a quien no le daba pena ayudar a

Alfonsa incluso en las tareas domésticas. Y de verdad ella lo amaba y parecía amor correspondido. Lo compartían todo, las salidas, las labores del campo, las comidas, las distracciones, los momentos de intimidad, la vida pues. No era una de esas aburguesadas aristócratas remilgadas con quien trató a veces Blas, tal vez por aburrimiento o entretenimiento, una de esas frívolas sin seso que tenían ínfulas de gran dama. Y quien sabe porqué, un buen día se separaron doña Francisca y don Blas. Una mañana a mediodía, él la ayudó a sacar los baúles y maletas de Los Altos Bojes. Se despidieron como dos enamorados y Jorge, el mayordomo, fue a dejarla a su casa, en la capital, como si fuera nada más que un simple viaje. Siempre guardó Alfonsa esa imagen de don Blas, risueño, saludando con su amplio sombrero de paja la salida de su prometida y ella, viéndolo, sonriente, desde la ventana de la carroza, mandándole besos aéreos como tantos suspiros de amor.

Ese viaje sin retorno no pareció conmover en demasía a don Blas —interpretó en ese momento Alfonsa— quien le echó la responsabilidad de la separación a él, claro sin nunca decírselo abiertamente pero tal vez haciendo que lo notara con sus actitudes y reacciones. Mediando los años, otras damas llegaron a los Altos Bojes pero ninguna ocupó en el corazón de Alfonsa el lugar de doña Francisca.

UDI-DEGT-UNAH



## V

Era La castellana un pueblo viejo situado en un angosto pero largo valle atravesado por el río Rocosó cuyas poblaciones, aldeas y villas formaban un entrelazamiento no exento de rivalidades, roces e enemistades tal vez por la mejor ubicación de La castellana que le abría, con facilidad, las puertas cardenales. Pero en esa maraña multiseccular, iba tirando ella a pesar de estar rodeada, además, de tierras fértiles, praderías y bosques cuyos límites septentrionales se extendían hasta las lomas de Cahuaca. Detrás de esos altozanos verduzcos y pardos se oteaba las altas tierras compuestas de macizos antiguos cuyos picos alcanzaban los tres mil metros de altura. Dos días en coche dilataba el viaje de La castellana a Puerto Jacinto, la población más importante de la región norteña, zona en la que prosperaba, en particular, el cultivo del café y tabaco. Nada tenía que ver ese viaje penoso y agotador con él que llevaba a Mondragón, camino de Oriente, por lo plano y liso de la carretera que atravesaba amplias extensiones de tierras dedicadas a la ganadería, al cultivo del arroz y cereales en término amplio. La ciudad de Mondragón se había edificado en las ruinas de un antiguo fortín y era una población próspera y dinámica que contaba, amén de las actividades agrícolas, numerosas talleres artesanales y empresas fabriles y comerciales. En dicha ciudad acababa de inaugurarse la primera estación ferroviaria que enlazaba con la capital y las ricas tierras selváticas situadas en el extremo oriente cuyos caudalosos ríos desembocaban en el océano. Para salvar la puerta de Occidente, no se necesitaba ir hasta la sureña capital del país, Santa Cruz, solo bastaba seguir las carreteras que bordeaban los ríos que daban a la otra franja marítima. De tal forma que por su posición geográfica, la suavidad del clima y la fertilidad de las tierras, de seguir un curso medianamente normal, La castellana hubiera alcanzado el crecimiento y desarrollo de La Coriña, cabecera departamental. A todas luces, no lo quiso así el destino.

Era como si La ñoña Castellana se desviviera por subsistir en una vana y destructora lucha por ahuyentar los fantasmas de la cuarta marquesa de los Altos Bojes cuya saña y crueldad se rezumaba por los muros, paredes, tabiques y armazones de cada casa. Era como si la vida de La castellana estuviera sellada para siempre a la de la Señora de los Altos Bojes cuya divisa rezaba en el frontispicio del monumental panteón así como en la placa de mármol arriba del sepulcro suyo: "Este es mi sino". En la cripta, las manos cruzadas de la dama encima de la sepultura unían dos símbolos: una corona de boj. En repetidas ocasiones a lo largo de los siglos, se había intentado destruir o lastimar el panteón de la marquesa pero siempre se había salvado como si algo quisiera que no se rompiera la sacra unión de la corona y del boj. Nunca se supo la identidad de la última persona que intentó saquear el panteón de la marquesa de los Altos Bojes dado que la Guardia rural decidió no hacer público su nombre pero sí, darle un castigo ejemplar: el encapuchado recibió en la plaza mayor cincuenta latigazos de mano del verdugo de la comarca. Mucha suerte tuvo ese hombre dado que su predecesor fue ahorcado en la misma plaza medio siglo antes.

En la crónica de susodicho y macabro suceso redactada en La joya del septentrión, el supuesto autor del saqueo fallido explicó al periodista que lo entrevistó en el calabozo que "solo quiso liberar al pueblo de las fuerzas maléficas de la marquesa pero que esa misma fuerza se lo impidió, paralizándole la mitad del cuerpo". Pero lo más espinoso del asunto fue que al ocultar la identidad del pretendido saqueador, la locura se apoderó del pueblo entero abriendo las puertas de par en par a la suspicacia, la sospecha, al delirio enfermizo y casi maniático con tintes frenéticos y ribetes de persecución y acoso. Incluso los gallos empezaron a cantar a cualquier hora, los perros se pusieron por debajo de las mesas y los gatos por encima de los armarios. Los pozos se secaron así como las vacas. Y las loras dejaron de hablar así como las campanas de repicar. Tras celebrar una procesión callejera encabezada por el santo del pueblo para librarlo de los espíritus malignos, el propio cura se salió corriendo de La castellana al día siguiente al ver florecer por sí solas en la propia iglesia coronas de boj. Y de pronto, ahorcó sus hábitos. Cada quien se encerró en su casa como el año en que hubo un eclipse total de sol. Las calles permanecieron desérticas y nadie de la comarca o de las comarcas aledañas se atrevió a pasar por La castellana. Costó años para que ese desolador espectáculo desapareciera en parte de la mente de los vecinos trastornada por visiones diurnas y nocturnas.

A Blas le encantaban esos relatos narrados en parte en los letreros de hierro forjado colgados de la pared de los cafés, casinos y posadas. El de la fonda de Joaquín representaba un campesino aterrizado perseguido por el diablo cuya cabeza la remataba una corona de boj. Otro, en la calle San Jerónimo, paralela a la calle principal, encarnaba la lidia entre un pastor y un demonio. Otro, esta vez de madera, puesto en la entrada del único puente del pueblo, figuraba a la marquesa bajo la forma de una hidra de cuatro cabezas escupiendo fuego y relámpagos. Pero la representación más inquietante y turbadora la había descubierto Blas por casualidad al ir por primera vez al castillo de la señora de Alarcón, un día lluvioso.

Llevaba Blas al castillo una cesta llena de los famosos rábanos negros y un costal repleto de trufas, uno de los manjares preferidos de la castellana según supo Blas por boca del mayor—domo de ella, el día en que éste se los encargó en el mercado. Al acercarse al rellano y a la espera de que alguien le abriera la puerta principal, le llamó la atención una gárgola que, a diferencia de las demás, parecía echar un líquido oscuro y rojizo que en nada se parecía a las diáfanas aguas lluviosas. Esa gárgola era una mujer desnuda de perfil, de pelo largo y ondulante, blandiendo una daga en el corazón de su víctima. Al fijarse detenidamente en la gárgola, se dio cuenta Blas de que la daga llevaba incrustada en el pomo, los símbolos de la marquesa de los Altos Bojes. En un santiamén, se abrió la puerta del castillo y apareció la marquesa en compañía del mayor—domo. La turbación de Blas, a quien esperaba la marquesa con ansiedad, fue evidente. Lo recibió en el salón principal de donde se miraba un esplendido jardín. El azoramiento se disipó con una copa de oporto y una amena plática acerca de la próxima feria de Pueblo Nuevo y de las deliciosas y olorosas viandas que le había traído Blas.

Ese primer encuentro con la castellana, señora y marquesa de Alarcón de Alba, no dejó de asombrar a Blas por mucho tiempo.

UDI-DEGT-UNAH

## VI

Desde las grandes ventanas del primer piso del castillo, en cuyos cristales se deslizaban lentamente gotas de lluvia, la castellana estuvo observando a Blas alejándose hasta que su silueta se esfumó detrás del muro de piedra de la propiedad arbolada.

—¿Qué le pareció ese don Blas? —le preguntó la señora de Alarcón al señor que estaba sentado cómodamente en una butaca.

—Como ya se lo dije, Catarina, las apariencias engañan. Ese Blas parece demasiado bueno por serlo. La primera vez que lo vi, pensé que era una paleta. Otro día, lo vi a caballo en la entrada del pueblo arreando ganado como si fuera un gaucho. Hace poco, lo vi en el mercado vestido de campe—sino cargando cajas de hortalizas y hoy, colmo de los colmos, se presenta a usted como un hidalgo que se digna venir en persona a dejarle sus toscas raíces todavía cubiertas de boñiga.

—¿Qué le pasa, querido amigo? ¿No será que se le están quemando los celos?

—¿A mí? ¡Está muy equivocada, Catarina! Usted me pide mi sentimiento acerca de ese don Blas y yo le digo con toda franqueza que no es más que un patán disfrazado de caballero.

—Severo, cruel y excesivo es su juicio, estimado Anselmo. Yo creo que desde que volvimos a encontrarnos, me cela como si todavía fuera esa doncella que usted conoció tantos años ha y a quien, nunca se le olvide, dejó plantada por otra.

—Bien rencorosa e injusta es usted —le contestó Anselmo y se levantó acercándose a Catarina intentando asir sus dulces manos para besarlas como para disculparse de las heridas del pasado que él había dejado en ella. Pero ella se las rechazó y lo miró a los ojos fríamente.

—No se olvide nunca, querido Anselmo, que mi difunto marido, el marqués de Alarcón de Alba, que en paz descansa, me amó toda su vida y todavía lo amo. Su presencia sigue empapando y exprimiendo mi ser y habita cada pieza de este castillo en el que le di licencia a usted para descansar... y nada más.

Anselmo volvió a sentarse suspirando como noqueado por el parlamento ácido de la Señora de Alarcón.

—Ya viene mi hijo —dijo la Señora de Alarcón y añadió:

—Lo dejo perderse en sus cavilaciones y especulaciones sin mañana. Extraviése si tal es su deseo pero no piense llevarme por los oscuros laberintos de sus ensueños. Sepa que en mi ser, la razón y los sentimientos nunca se confunden y nunca me engañan. ¡Qué pase un grato momento de descanso! Usted lo necesita.

Anselmo asintió con la cabeza como para no herir más a esa hidra endiablada que acababa de asestar a su delicada persona un estacazo, hun—diéndolo aún más en la mullida butaca en que se había refugiado.

En el momento, Anselmo pensó irse para siempre antes que soportar tales humillaciones. Pero en su fuero interno, estaba convencido de que la doncella de aquel entonces seguía amándolo como en los primeros momentos en que la enamoró. Además, su aparición en el castillo después de tantos años había alegrado y entusiasmado a Catarina. Nadie podía dudar de ello. Lo había percibido en sus ojos, en sus modales un tanto coquetos, en los finos y aéreos vestidos y blusas que se ponía a diario desde su llegada, como si quisiera ella, pensaba él, reanudar una lejana relación que solo pedía despertarse. En cuanto al amor que seguía profesando ella hacia su difunto marido, él lo percibía como un hábil escudo que erguía ella contra los dardos del amor. Desde que volvió a verla, nunca la vio ni se la imaginó tal como una viuda desconsolada y apesadumbrada que viviera en la sombra y el recuerdo de su difunto marido, por mucho que lo hubiese amado. Según Anselmo, no era más que palabreo y charlatanería para disimular sus renacientes sentimientos hacia él, como ascuas en las que soplan los dulces céfiros de la pasión. El duelo perpetuo, pensaba él, no era más que un lecho de dientes de león y de ortigas. En cambio, él podía ofrecerle un dulce nido muelle a su imagen y fantasía bajo sus alas protectoras. Además, sus hijos volaban ya con sus propias alas y los encontraban amenos, equilibrados, bien educados, nada en ellos que pudiese contrariar sus todavía secretos proyectos de unión con la señora de Alarcón.

Pero de inmediato, trémulas sensaciones lo sacudían y lo llevaban a constatar que en ningún momento desde su llegada al castillo, la había visto triste, presa de la soledad, del aburrimiento, de la desgana o del abatimiento, de la desesperanza o aún peor de la neurosis. Nuevamente, la duda lo avasallaba y empezaba a lamentar haber emprendido ese estúpido viaje que solo podía traerle contrariedades, decepciones e infortunios. A lo mejor, el deseo más profundo de ella era quedarse sola, disfrutando de la vida y de su fortuna y no necesitaba de él, un viejo achacoso, timorato y miedoso. A lo mejor, ya tenía amantes y los disfrutaba en el sigilo de su alcoba que él se imaginaba a la vez sencilla y fastuosa. Y si Blas fuera uno de ellos, y si pensara ella convertirlo en uno de ellos. Al fin y al cabo, seguía siendo Catarina una mujer muy atractiva pese a las arugas y las cuantas canas que ni intentaba ella disimular y que, de verdad, le daba más naturalidad, confortando la belleza, sinceridad y espontaneidad de su persona, tal como una fresca manzana de vergel que uno recoge de la rama del árbol. No, tajantemente no —dijo entre sí Anselmo. No

puede ser. Aquí estoy y me opondré a tales insensatos diseños. Si me marchó, me marcharé cuando valore yo que nuestro amor es imposible. Y en este único caso, me iré para siempre. Dios dirá.

Y se fue Anselmo, firme y decidido en dirección al jardín como si necesitara vivificarse en cuerpo y alma.

UDI-DEGT-UNAH

## VII

En las semanas que precedieron a la feria de Pueblo Nuevo, a Blas no dejó de intrigarle esa primera visita donde la Señora de Alarcón y más precisamente la famosa gárgola que estaba seguro de haber visto antes. Pero el inicio de los preparativos de la feria hicieron que la olvidara hasta que una noche, aprovechando los pocos momentos libres que le quedaban, decidió relajarse leyendo los últimos capítulos de Vida, una obra de Diego Torres Villarroel que había empezado meses antes. La buscó en los estantes y no la encontró. A lo mejor la había dejado en la gaveta de la mesita de noche. La abrió y solo encontró unas cuartillas suyas sin interés. Luego registró entre los libros de cuentas y los varios docu—mentos, manuales, impresos y papeles que tenía puestos en desorden encima del escritorio y tampoco la halló. ¡Qué raro! —pensó él—y decidió no perder más tiempo en busca de Vida. Otro día será —dijo entre sí—el cuerpo extenuado por largos días de faena. Fue cuando estaba por apagar la palmatoria del escritorio cuando recordó de pronto haber visto la gárgola del castillo en Mi gloria. Buscó nuevamente en la biblioteca y encontró el libro impreso del Marqués de los Altos Bojes que había comprado en una vieja librería de Mondragon, situada en una callejuela del antiguo casco urbano. Dicho libro tenía cierto renombre por su sesgo regional y por ello, lo habían imprimido en repetidas ocasiones. Pero sin lugar a dudas, lo adquirió Blas por curiosidad tras comprar la finca y las tierras colindantes que hacía siglos formaban parte del marquesado que llevaba el mismo nombre. Blas hojeó apresuradamente las páginas de Mi Gloria y halló en la última, la fiel reproducción del sello que vio en la gárgola del castillo.

Mi Gloria lo había escrito el marqués de los Altos Bojes, cuarto marqués de la dinastía, el mismo año en que se terminó la construcción del castillo. En los dos últimos capítulos de Mi Gloria, relató el marqués la inauguración fastuosa y pomposa de la imponente, majestuosa y regia morada, celebrada en presencia del virrey y las más altas autoridades administrativas, eclesiásticas, polí—ticas y económicas del país. Pero el verdadero disparo del castillo de fuegos artificiales tuvo su verdadera apoteosis al finalizar ese mismo año, cuando fue saqueado por revueltas indígenas.

A raíz de ese acontecimiento, la marquesa en persona tomó las riendas y destinos del marquesado y lo puso a fuego y sangre castigando con aún más salvajismo cualquier acto o palabra que estimara ella como una ofensa o un ultraje a su persona o a su abolengo en sentido amplio. Contaba por ello con su famosa legión pretoriana compuesta de varios extranjeros más crueles los unos que los otros, entre ellos, varios franceses, Jean Marie Herdault, procedente de la ciudad de Nantes, de larga trayectoria delictiva y criminal, Charles Villiers, oriundo de Vendée, conocido como “el verdugo”, Ludovic Hollande, oriundo de Bordeaux, apodado “el estrangulador nocturno”, un holandés fanático llamado Peter Van Daerst llamado “el loco” y un portugués iluminado, Delon Antúnez, bautizado “Hachacrucis”. Ese segundo tomo de Mi gloria nunca escrito, lo fue leyendo Blas con el transcurrir de los años en varios manuscritos, folletos y escritos que ellos sí mencionaban no solo la suntuosa inauguración del castillo de los altos Bojes sino también las revueltas indígenas, el saqueo del castillo así como la feroz y larga represión desatada y liderada por la mismísima marquesa cuya demencia sobrepasó con creces los límites de su propio señorío.

Al acostarse Blas, no dudó él de que el emblema de la gárgola de la marquesa de Alarcón de Alba era idéntico a él de Mi Gloria y que se refería sin lugar a dudas a la IV marquesa de los Altos Bojes. ¿Mera casualidad? —se preguntó Blas cavilando— a lo mejor el castillo de la señora de Alarcón era el mismo castillo que había sido reconstruido y restaurado tras el saqueo y la destrucción parcial del castillo. Rastros de otros castillos o moradas señoriales existían pero no dentro del perímetro de la comarca o del antiguo señorío de los Altos Bojes. ¿Y qué? —pensó Blas—al fin encontré lo que estaba buscando. Lo demás no son más que conjeturas. Pero ¡Qué costumbres más raras! —exclamó Blas entre sí—¡Poner escenas tan crueles en escudos y emblemas! ¡Qué clase de gente más extraña! Bueno —dijo Blas entre sí—mañana es otro día y tengo que levantarme al alba.

Ya era muy noche y somnoliento, empezó Blas a rememorar una tras otra, las tareas pendientes.

## VIII

Estaba Blas en la caballeriza cepillando con paja su caballo. Una luz tenue y cálida entraba por las ventanas y las grandes puertas de madera ovaladas, entreabiertas. Encima de una barrica situada en la entrada del hangar contiguo a las cuadras, seguían durmiendo profundamente dos gatos pese a los leves relinchos de Jerez, el caballo de Blas. En los establos, pocilgas y corrales, se oía el rumor vaporoso de los animales. Y de repente, el cantar de los gallos como despertando la aurora. Paulatinamente, se intensificaban las luces del cielo encima del valle y no tardaron en aflorar los primeros rayos de sol por encima de los cerros.

En ese momento se apareció Antón caminando lentamente hacia la caballeriza. Antón trabajaba para Blas desde hacía años. Vivía en una modesta casa al salir del pueblo, a orillas del río, en una de esas casas blancas con puerta azul que hacían pensar en las casas de pescadores o de pueblos manchegos. Cada casa tenía un jardín trasero que daba al río. En él, cada morador tenía su huerto cuidadosamente cultivado y una choza al borde de las aguas que servía a la vez de lavadero y de abrigo de pesca para protegerse de las intemperies. A veces crecían las aguas hasta el umbral de la puerta pero pocas veces entraban en ellas. Y si por acaso invadían y anegaban las casas, disponían los moradores unos bloques por debajo de los pocos muebles que tenían. Y de todas formas, las aguas bajaban tan pronto como habían crecido. Allí vivía modestamente Antón con su esposa y sus cinco hijos.

En la finca de Blas, Antón se ocupaba de todo lo que se refería al mantenimiento de los varios inmuebles y a la edificación de otros nuevos. También le competía reparar el coche, las carretas, carretones y afilar las herramientas agrícolas. Igualmente se encargaba de los lindes de la finca y de los accesos a ella que muy a menudo había que componer por las inclemencias del tiempo y la presencia momentánea de intrusos. En esa región, poco abigeato había pero había. Nada del otro mundo, solo había que estar ojo al Cristo, vigilar constantemente la propiedad. Y por ello, también lo pagaba Blas.

—¡Hola, don Blas! ¿No le molesto? —le preguntó Antón.

—Para nada, Antón. ¡Cómo que me va a molestar! ¡Pasa! ¡Pasa! Antón. ¿Qué quieres?

Blas dejó de limpiar a Jerez, hundió las manos en un balde de agua, se frotó la camisa llena de paja y polvo y se acercó a Antón para saludarlo.

—¿Cómo estás, Antón? ¿Ya regresaste de Cahuaca? Te esperaba mañana.

—Como ve, don Blas, aquí estoy. Preferí hacer el viaje de noche por si acaso.

—Te lo agradezco. Hiciste muy bien. Vámonos a casa a tomar café.

Ambos se dirigieron hacia la casa todavía soñolienta y silenciosa. Blas empezó a calentar agua y agarró unas cucharadas de granos que metió en el molinillo de café y luego se puso a molerlos en la encimera cubierta de cerámica. La claridad del día empezaba a reflejarse en las paredes encaladas de la amplia cocina en las que colgaban, alrededor de ella, haces de trigo, ramilletes de flores secas en cestas de mimbre y en el colgador contiguo a la puerta, sombreros de paja y cuero y una sombría. En el centro se imponía una larga y sólida mesa de roble oscuro, bien lustrada, cuyos ángulos eran de hierro forjado que armonizaba con el aparador.

Sentado a la mesa frente al chilero, Antón se había adormilado, los brazos cruzados. Inclina la cabeza de vez en cuando como resistiendo al profundo sueño que lo invadía aún más por el calor de la estufa de leña. Ni el chisporroteo del aceite lo sacó de su entresueño. Terminado el café, Blas se puso a freír cebolla y frijoles y por aparte, huevos a la ranchera. Una ringlera de cacerolas de diferentes tamaños y dos ollas ornaban la pared de adobe así como una hilera de cucharas y cazos de madera de variadas dimensiones. Entre las dos, pendían de una viga cuatro ristras de ajo. Agarró Blas una cabeza, peló un diente, lo partió y empezó a echarlo a los frijoles. Solo faltaban las tortillas.

## IX

—¡Qué rico huele! — dijo Antón maquinalmente sin abrir todavía los ojos. Blas acababa de poner los dos platos de comida en la mesa con dos tazas de café.

—¡Come, Antón! Necesitas tomar fuerza y tener algo caliente en el estómago. Viajar de noche tiene sus encantos pero cansa mucho más.

Antón empezó a saborear los sorbos de café lentamente y en silencio como si el café muy azucarado y humeante lo hiciera salir paulatina—mente de su profundo cansancio.

—¿Qué te parece?—le preguntó Blas.

—Sabroso. Te quedó muy sabroso. A mí me gusta el café serrano y fresco. Siempre le digo a Rafaela pero parece que no entiende. Me lo sirve tan suave que pareciera agua de café.

Blas sonrió y le acercó la cesta de mimbre que llevaba tortillas calentitas envueltas en un paño grueso.

—¡Sírvelo! —le dijo Blas—No tengas pena y después hablaremos.

Ambos desayunaron en silencio. Solo se oía el tictac del reloj de pesas de madera. Antón comía con apetito y como absorto en sus lentos pensamientos de sueño rezagado. Era como si Antón estuviera todavía envuelto en las brumas del monte, la atención puesta en los obstáculos del camino para evitar cualquier tropezón o mal encuentro. Lo sabía Blas por conocer la comarca como la palma de su mano, tanto de día como de noche. Tal vez por eso esperó Blas que Antón hablara primero.

—¡Qué bien me siento! —dijo Antón.

—¿Quieres más café? —le preguntó Blas.

—Por favor. Si no es mucha molestia.

Se levantó Blas a buscar la cafetera.

A medida que le llenaba otra taza de café, Antón empezó a animarse y a contarle a Blas su viaje por los colindes de la propiedad. Le hizo un relato preciso de los postes en mal estado, de los que se podían reparar, de los que había que cambiar. Le explicó que por el vado, habría que echar más tierra y piedras en las riberas, que habría que añadir varias tablas para consolidar el puentecito de tierras adentro, que había que volver a comprar alambre por el Árbol caído y también por el Rancho perdido, unas ochenta yardas, tal vez cien por si acaso. Le contó que los cultivos crecían sin ninguna huella de plagas y que no faltaba ninguna cabeza de res. Sin embargo, agregó un poco preocupado que había visto rastros de tigrillos y panteras y que eso no era nada bueno, que algún día podrían adentrarse en las propiedades y comerse unas vacas. Le informó también que había puesto unas trampas pero que, con el tiempo, habría que cambiarlas, que no eran duraderas, bien lo sabía Blas. Le dijo también que el nivel de los pozos y de los riachuelos andaba bien, que serían buenas cosechas salvo por Los Sotos, la única zona bastante seca de la finca. Le hizo nuevamente a Blas varias sujeciones para encontrar formas de irrigar esas tierras y nuevamente Blas le contestó que por el momento, no se podía por falta de dinero, que eran obras de gran envergadura. Después, Antón le preguntó si ya podía empezar a encargarse de los puestos de las ferias: ir a comprar clavos, tornillos, tablas de madera, nuevos toldos porque los antiguos estaban en mal estado y por romperse, y más sogas y unas jaulas nuevas que unas estaban en muy mal estado y que se podían escapar las gallinas o los conejos. Le contestó Blas que no había ningún problema, que le hiciera dos listas de compra, una para los gastos de la feria, otra para los gastos ordinarios de mantenimiento y que las entregara a Jorge.

En eso llegó Alfonso, risueña como siempre, que se disponía a preparar el desayuno.

—¡Con que, señores! — Exclamó ella—¿qué está pa—sando? ¡Ya no necesitan de mis servicios! ¿Soy tan mala cocinera o qué?

Ambos se pusieron a reír y le dijo Blas que hoy era su día libre y que el desayuno ya estaba listo. Solo le faltaba sentarse a la mesa. Perpleja, dudó Alfonso un rato y se sentó esperando que le sirvieran a ella. ¿No era pues orden del dueño? Solo insistió ella en hacer la tarta de ruibarbo para la noche.

## X

Los sábados eran día de mercado en La Castellana. No era un gran mercado pero sí tenía sus encantos. Se celebraba en la plaza mayor y era el día con mayor actividad de la semana. Llegaba gente del pueblo, de las aldehuelas, caseríos y villorrios aledaños. Era pues un día festivo y alegre. De mucha bulla y buen humor. A duras penas se caminaba por las calles principales del pueblo porque unos salían del mercado los brazos cargados y otros llegaban a la plaza mayor para hacer sus compras. Otros solo llegaban al mercado para curiosear, ver a amigos, tomar un trago, comer un bocado, almorzar o sencillamente para pasar un momento placentero en ese ambiente bullicioso, jaranero y animado.

El mercado ocupaba la plaza central y ya a la cinco de la mañana, cuando empezaba a esclarecer, iban instalándose los comerciantes y un poco más tarde iban llegando los vendedores ambulantes. A partir de las nueve y media estaba atiborrada y acalorada, y es poco decirlo, la plaza mayor. Desde la calle principal, uno se adentraba en el rincón de los frutereros y verduleros cuyas frutas y hortalizas bien arregladas estaban amontonadas en forma de pirámide en grandes cestas de mimbre o ya empaquetadas por libras o media. De cuando en cuando, llegaban unos floresteros a vender plantas ornamentales, enredaderas o flores de macetera que solían ornar los balcones de las casas y los terraplenes o rocallas de los jardines. Luego uno avanzaba hacia los olorosos y a veces pestíferos puestos de carne, pollo, chacinería, salchichería y embutidos. La carne pendía de los techos y era imprescindible la presencia de una persona, la mayoría de las veces, un joven, para ahuyentar con un trapo a las nubes de moscas. Igual pasaba con la quesería y la venta de mantequilla crema y leche. Pese a las precauciones de las vendedoras que mantenían tapados sus productos y los guardaban encima de baldes llenos de hielo, las moscas andaban como locas. Pero uno se acostumbraba y la verdad era que los quesos tanto frescos como secos eran deliciosos tanto como las reposterías y bollerías de las tiendas contiguas.

En medio del mercado, se encontraba el rincón de las comiderías del que se escapaban exquisitos olores a carne asada, pollo o cerdo asado servidos con tajadas fritas, gallo pinto, pescozones o tortillas. La gente se sentaba en largas mesas de madera a la sombra de amplios parasoles de paja trenzada. Se pedía picheles de refrescos naturales o de cerveza helada. Mucho se hablaba y mucho se reía. Era el rincón del descanso, de la charla amena y del buen ambiente. Y a veces, como a eso de las once, unos guitarristas cantaban canciones a petición de cualquier persona interesada a cambio de unos pesos. Por el lado opuesto, se hallaba las tiendas de ropa y zapatos y luego, las de cosmética y por fin se encontraba una infinidad de artículos de droguería de los más corrientes como baldes, escobas, paños a los más inusitados por ser nuevos o tener facultades extraordinarias a ejemplo de una lavavajillas líquido de burbujas multicolores, espumas cazamoscas y cazamosquitos de probada eficiencia o pinturas sin manchar. A la salida del mercado, hallábase la venta de animales domésticos y de corral: pollos, pollitos, chompipes, patos, conejos, perros y gatos a diferencia de la feria de Pueblo Nuevo donde se vendía toda clase de animales y sobre todo caballos, bueyes, terneros, cabras, corderos y chanchos.

Ese sábado como cada sábado, iban de compras Mauricia y Blanca, las dos criadas de la señora de Alarcón de Alba. Andaban elegantes, risueñas y joviales. Sus cestas estaban llenas de productos frescos, flamantes y olorosos. Solo le faltaba ir a la quesería.

—¡Hola, Ana María! —dijeron Mauricia y Blanca en coro.

—¡Hola! ¿Cómo están, guapas? —Contestó Ana María. ¿Qué les sirvo? Tengo queso fresco, seco, medio seco, queso de cabra...

—Dame dos libras de cada variedad y cuatro de queso de cabra. A la señora de Alarcón le gusta muchísimo el queso y la crema de cabra.

—Vale. Y ¿qué es de su vida, señoritas?

—Estamos bien—contestó Mauricia mientras Ana María empezaba a cortar un trozo de queso seco de la imponente rueda.

—Mucha faena como siempre y poco descanso. Nos pasamos el tiempo en la cocina y tú sabes que la Señora siempre recibe visitas. ¡Mauricia, ya viene fulano de tal con su esposa! ¡Mauricia, no te olvides de hacer tal cosa! ¡Blanca, por favor, la salsa es insípida, te lo había dicho, hay que echarle más condimentos! ¡Las copas se ponen así y no así! ¡El florero en ese preciso lugar, por favor! ¡Corre más la cortina que tiene que entrar la luz!

Las tres se pusieron a reír. La verdad era que Mauricia tenía mucho talento para imitar los aspavientos, modales y mímicas de la Señora.

—Pues nunca se aburren —contestó Ana María.

—Es cierto —dijo Blanca. Últimamente, llegó un forastero, un tal Anselmo y parece que ese señor se va a quedar por mucho tiempo.



—A mí me da la impresión de que fueron amantes—contó Mauricia en voz baja viendo a su alrededor por si alguien escuchara la plática. Se portan como si fueran amigos íntimos.

—Pienso que ese señor Anselmo todavía la quiere e intenta cortejarla nuevamente. Pero es como si ella lo despreciara—añadió Blanca.

—Tienes razón —dijo Mauricia musitando—yo pienso más bien que la Señora se encaprichó de don Blas.

—¡De don Blas! —Exclamó, atónita, Ana María. ¿De don Blas, mi patrón?

—¡Chito! ¡Chito! Ana María, que alguien nos puede oír.

—¿De don Blas? —Volvió a repetir, incrédula, Ana María.

—Sí, de Blas, tu patrón—asintieron las dos criadas.

—El vino hace poco al castillo con rábanos negros y trufas y desde ese momento, no para la señora de hablar de él. Don Blas por allí, don Blas por ella, una persona fina, amena, culta, discreta que tiene conversación, que sabe cultivar tanto las letras como las hortalizas. ¡Las trufas por allí, las trufas por allá! ¡Qué habrá que pedir nuevamente rábanos negros! ¡Qué son una delicia! ¡Qué solo en su finca se consiguen productos tan riquísimos y deliciosos!

—No me lo puedo creer —dijo Ana María. Nunca hubiera pensado que don Blas tuviera sentimientos hacia la señora.

—¡No! ¡No! ¡Eso no, Ana María! De eso no hemos hablado nunca —dijo Blanca. Solo hemos dicho que la Señora habla con mucha pasión y exaltación de don Blas y que pocas veces la vimos así.

—Si no me equivoco, eso parece algo como el amor —dijo Ana María, pensativa. Nunca me lo hubiera creído. Bueno, veremos. ¡Cómo son las cosas, verdad!

—¡Así es Ana María! —contestó Mauricia. Pasan cosas a veces que el propio destino no puede detener.

—Aquí están los quesos y la crema —dijo Ana María.

—¿No te has olvidado del queso de cabra, Ana María? porque a la señora le encanta y también a los hijos. Y si faltase ¡Dios mío! Cada semana le preparamos dos de sus platos favoritos: fideos con queso de cabra rayado y tocino y el famoso pollo horneado con queso de cabra derretido y estragón.

Mientras seguía hablando Mauricia, sacó Blanca el billetero.

—Aquí está todo, guapas —dijo Ana María tendiéndoles los paquetes.

—Gracias, Ana María. Y no te olvides que puede ser que algún día trabajemos juntas — le dijo Blanca burlona.

Y las tres se pusieron a reír a carcajada.

—Primero la boda — dijo Mauricia. ¡Qué es lo más bonito y divertido!

—Primero la boda —repitió, entusiasta, Blanca.

—¡Qué Dios las oiga! — contestó, reidora, Ana María.

## XI

En el camino de regreso a la finca, como a eso de las dos y media, estaba hablando Ana María con Luis, quién conducía la calesa. Había sido un buen día. Luis había vendido casi todas las hortalizas. Solo le quedaban unas cuantas cajas que había dispuesto en la parte trasera junto con el resto de la mercancía de Ana María y los puestos desarmados. Iba la calesa a pasos lentos y ambos disfrutaban de ese momento de tranquilidad para charlar y descansar.

—¿Regresas esta tarde donde tus padres? — le preguntó Luis.

—No. Hoy, me quedo. No encontré a nadie que me llevara al pueblo. Y además no tenía muchas ganas. Me siento cansada.

—¿Irás mañana?

—Ni creo que vaya este domingo. La próxima semana tal vez. Además estoy un poco aburrida de ir casi cada semana donde mis padres. Nunca tengo tiempo de pensar en mí.

—Tienes razón, Ana María, te entiendo. A mí me pasaba igual. Ahora prefiero quedarme en La Castellana. A los padres, los veo una vez al mes. Muy suficiente —dijo Luis, irónico.

—¿Te llevas mal con ellos?

—No, no es eso. Me caen bien. Son tranquilos igual que mis hermanos. Pero ya he decidido hacer mi vida solo y tengo otras preocupaciones.

—Muy poco hablas de tu familia. Ni sé cuantos hermanos tienes.

—Cinco. Dos hermanos y tres hermanas.

—¡Qué raro! Le dijo Ana María. Yo pensaba que eras hijo único.

—¡Hijo único! ¡Vaya idea! Y ¿Cómo he de tomarlo?

—Bien, te lo juro.

—¡Mentirosa! Te estás burlando de mí.

—No. para nada — dijo ella, socarrona.

—¿Me estas toreando? ¿Te estás gorjeando?

—Yo. ¡Qué va!

—¡Así que me ves con aires de niño mimado y caprichoso! ¡No me lo puedo creer! Para que lo sepas, yo soy el mayor. Y pasé la mayor parte de mi juventud ayudando a todos mis hermanos para que mi madre estuviera más sosegada.

—¡Qué cuento más bonito! Es cierto que eres todo un hombre. Eso no lo dudo. Pero no exageres tanto. Estoy segura que yo soy mayor que tú.

—En tus sueños, Ana María.

—En mis sueños, Luis, tú nunca estás.

—¿Y qué? Menos mal. Yo nunca tengo pesadillas.

—Tú eres un monstruo.

—¿Yo?

—Sí. Tú. ¿Quién más puede ser? ¿No hay nadie más en esta carrosa que sepa yo? Solo tú y yo. Y te lo repito: eres un monstruo de egoísmo e indiferencia.

—¿Pero te las estás desquitando o qué? ¿Qué te he hecho yo para que te muestres tan insolente y desfachatada? ¿Cada sábado no te ayudo? ¿Quién carga y descarga las mercancías? ¿Quién arma y desarma los puestos? ¡Ah! ¡Ya entiendo! ¿No será porque me viste paseando con Ema?

—¿Estás loco o qué? Lo que siento por ti, porque hace años que trabajamos juntos, no es más que simpatía y cierto aprecio pese a tu mal genio. Pero no te equivoques, Luis. Vas por mal camino.

—Hablando de camino, ya llegamos a la finca. Y cada quien con su destino.

—Siempre cortante, Luis. Nunca cambiarás. Deberías de aprender de tu patrón. No es tan grosero como tú. Buenos modales tiene y educación y tal vez por eso recogió una flor lindísima no de esas que se encuentran en terrenos baldíos.

—¡Qué sepas tú que en el estiércol nacen las más lindas flores!

—Sí. Y las más fétidas también, de las que te ilusionan y que pronto se marchitan.

—¡Bueno! ¡Bueno! No te exaltes tanto, Ana María. No sé lo que te pasa hoy y no quiero saberlo. Mañana será otro día. Mejor hablemos del patrón que es de lo que quería hablarme.

—Ya no tengo ganas.

—No te hagas la rogada Ana María. Yo te conozco y tú me conoces. La verdad es que nos llevamos bien. Lo que pasa es que a veces estamos cansados, nos pasamos, salimos de nuestras casillas. Dejemos esas niñerías que no llevan a ninguna parte. ¿Vale?

—¿Vale?

—Bueno. Te cuento. Te lo voy a decir pero no lo repitas. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¡Júramelo por tu madre!

—Te lo juro.

—Pues, parece que don Blas tiene galanteos con la señora de Alarcón.

—¡Con la señora de Alarcón! —contestó Luis, turulato.

A Ana María y a Luis no les dieron tiempo de seguir la plática. Estaban por llegar y demasiada gente había en el patio de la finca cuando entraron en ella. Además, les esperaba Jorge, el mayordomo. Luis le guiñó el ojo a Ana María como para decirle después de descargar la carrosa, hablaremos.

UDI-DEGT-UNAH

## XII

Ana María vivía en uno de los apartamentos que daba al patio de la finca. Era un solo edificio bajo y largo con muchas habitaciones y pequeños jardines traseros donde los inquilinos ponían o bien una hamaca o bien una playera y, a menudo, una mesa para comer afuera al anochecer. Ahí moraban la mayor parte de los empleados. Cada vivienda tenía una entrada propia que daba a una salita con cocina y según el tamaño del piso, uno o dos cuartos. La larga entrada del edificio siempre se mantenía limpia debido al incesante polvo en temporada seca y a la gran cantidad de hojas muertas que caían de los mangos.

El piso de Ana María era sencillo y bien adornado. Había dispuesto una macetera en el alféizar de la ventana y dos más grandes a ambos lados de la puerta en las que se erguían pitahayas. A Ana María le gustó de inmediato el lugar, quizá porque era la primera vez que vivía sola, lejos de sus padres o sencillamente porque las viviendas eran más amplias y cómodas que las que se solía proponer a los empleados y criados. Y además el precio era más favorable que en las pensiones de La castellana donde la mayoría de las veces los baños no estaban en el cuarto mismo. Así que para Ana María vivir donde vivía era como tener una casita, una vida propia e independiente. Al inicio, tuvo ciertos temores debido a que los pisos los ocupaban todos los empleados de la finca pero, desde el inicio, supo hacer lo necesario para no mezclar vida profesional y vida privada y lo logró sin mayor dificultad, pese a su joven edad, poniendo límites para que nadie se metiera en su vida. Claro, al compartir trabajo y el mismo edificio, uno se daba cuenta de muchas cosas pero bueno, formaba parte de las cosas que no se podían evitar y muchas veces era más divertido que molesto o incómodo —llegó a pensar ella con el transcurrir de los años.

Tras dormir una larga siesta reparadora, Ana María decidió posponer las tareas domésticas para el día siguiente y se fue a ver a su mejor amiga. Estaba Alfonsa en la cocina cuando entró ella.

—¿Y eso? — exclamó Alfonsa. ¡Pensaba que te habías ido donde tus padres!

—No, no me dio ganas. Estaba cansada al regresar del mercado y ahora me siento mucho mejor.

—¿Lista para salir al pueblo? ¡Tan fresca y perfumada andas!

—¡Qué va! Prefiero quedarme acá. Las demás muchachas se fueron a su casa ¡Qué voy a hacer yo sola en la Castellana!

—¿Quieres un pedazo de tarta de ruibarbo?

—Con muchísimo gusto, Alfonsa. Pero no te molestes. Veo que estás muy afanada.

—No te preocupes, lo de siempre. Y ¿cómo pasaste la semana, pocas veces te he visto?

—Bien. Pasó bien. Trabajando como siempre. Esta mañana, el mercado. ¡Ah! antes de que se me olvide, te traje un queso para ti.

—No deberías. Te podría sorprender el patrón.

—¿Y qué? Yo trabajo duro y necesito alimentarme bien. Además, un queso más o uno menos, da igual. ¿Lo quieres o no? Nadie te obliga a aceptarlo. Si no lo quieres, yo me lo guardo o lo daré a mis padres.

—No seas tontita, Ana María. Te lo acepto pero ten cuidado que nadie se dé cuenta ni Luis ni Saturno.

—¡Qué crédula y bobalicona eres Alfonsa! Piensas que Saturno no se guarda unos quesitos de vez en cuando para él o su familia.

—¿Saturnino? ¡Dios mío! ¿Estás segura?

—Claro que sí. Yo lo vi esconderlos varias veces en su mochila pero él no me vio.

—¡Qué barbaridad! Yo que pensaba que era un santo.

—Pero no es nada, Alfonsa. No te hagas mala sangre por eso. Nadie se da cuenta y el negocio funciona de maravillas. Incluso pienso que si se diera cuenta el patrón, no le importaría. Pero claro es mejor que no se percate de nada. Y de todas formas tiene otras cosas en qué pensar.

—¿A qué te refieres, Ana María? —Le preguntó intrigada Alfonsa sirviéndole un pedazo de tarta.

—Hay otras personas a quienes también les gusta el queso de cabra.

—Sí, me imagino. A todo el mundo le gusta el queso de cabra. ¿A qué viene tanto misterio?

—Sí, a todo el mundo, tanto a los ricos como a los pobres.

—Vamos Ana María, vamos. No me hagas esperar más. O me dices lo que quieres decirme o no me lo dices. Pero no andes con rodeos, tú sabes que a mí no me gusta. Hay que llamar al pan pan y al vino vino. Pues... ¿Qué está pasando con don Blas?

—Pues —contestó Alfonsa— parece que... y se paró de inmediato, boquiabierta y como paralizada.

—¿Me lo vas a decir o no? — preguntó Alfonsa, impaciente y excitada.

—Muy buenas tardes, don Blas—dijo Ana María forzando la voz para que oyera Alfonsa, quien no se había reparado en la llegada de éste.

—Buenas tardes, Ana María y buen provecho. Acabo de ver a Jorge y me contó que las ventas fueron muy buenas. La felicito.

—Gracias don Blas. No hago más que mi trabajo.

—¿Y Alfonso? ¿Qué preparas de cena? Huele bien rico — dijo Blas.

Don Blas quiso levantar la tapa de la olla pero ella se lo prohibió.

—¡Espérese, don Blas! ¡Usted parece un niño mal criado! ¡No me perturbe en la cocina! Usted sabe que no me gusta. Lo que vamos a comer esta noche, se lo voy a decir. ¡Pero váyase de acá!

Se alejó de los hornos Blas sonriendo y con cierta solemnidad le anunció Alfonso el menú de la noche:

—Estofado de cerdo del monte con patatas, guisantes y tocino. ¿Le parece al señor?

—Se me hace la boca agua, Alfonso. Vuelvo pues dentro de una hora y, por favor, sáqueme una botella de tinto, de ése que me gusta mucho.

—¿El riojano?

—Por supuesto, el riojano.

Se fue don Blas y las dos se pusieron a reír.

—¡Dios mío! —dijo Ana María. Menos mal que no haya oído nada el patrón.

—Eso espero. ¡Qué vergüenza hubiéramos pasado!

Alfonso se dirigió hacia la puerta abierta y se asomó para ver si ya se había ido don Blas. Pero no la cerró por el calor.

Se acercó Ana María a los hornillos y ambas empezaron a cuchichear viendo a cada rato en dirección a la puerta.

—Bueno, niña, cuéntame ya y esta vez en forma monda y lironda lo que le pasa a don Blas.

—Parece. Pero bien digo parece, Alfonso, porque no es nada seguro. Sabes que a veces la gente mucho habla y...

—¡La cabra siempre tira al monte! — dijo Alfonso exaltada. Ana María, por favor. ¿Te sueltas o qué?

—Yo lo sé por Mauricio y Blanca. Y no lo repitas, Alfonso, por favor. No lo repitas. Parece que la Señora de Alarcón y don Blas tienen un romance, algo como un idilio, un amorío ¡qué sé yo! Más no te puedo decir.

—¡Don Blas con la señora de Alarcón! Y de repente, se oyó como el ruido del platillo de una banda musical.

—¿No te has quemado?

—No, no pasa nada, hija. Debe ser por el susto que me has dado. Y Ana María se agachó para levantar la tapa de la olla que había dejado caer Alfonso.

En eso llegó Saturno. Ambas se miraron a los ojos como diciendo la una a la otra nunca nos van a dejar en paz.

—¡Buenas tardes, señoras! Veo que están bien ocupadas.

—¡Hola Saturno! —contestaron al unísono.

—No las quiero molestar solo andaba buscando a Ana María por si acaso quería ella tomar una copa en la plaza.

—Gracias, Saturno es muy gentil de tu parte pero estoy un poco cansada.

—¡Qué delicada es la señorita! —dijo burlona y reidora Alfonso. A tu edad yo iba a bailar cada sábado.

—Oye lo que te dice tu mejor amiga. ¡Anda! ¡Ven conmigo! ¡Ven a distraerte un poco!

Alfonso la miró como diciéndole que se animara.

—Bueno, Saturno, acepto pero con tal de que no regresemos noche. ¿Vale?

—¿Vale?

—¡Adiós, jóvenes!—dijo Alfonso—¡Y qué lo disfruten!

Y ambos se fueron alegres a la plaza mayor que a esa hora de la tarde debía de estar muy concurrida con mucha gente en las terrazas y en el parque.

## XIII

Para muchos, los lunes eran el día más pesado de la semana. No por ser un día especial o con más labor que otros días sino por ser sencillamente, el primer día de trabajo después del fin de semana. Saturno se levantó al alba. Desganado, desayunó rápidamente con café, gallo pinto y tortilla y lo dejó todo en la mesa. Luego se fue a la caballeriza arrastrando los pies y saludó a los jornaleros que ya salían de la finca para ir al campo.

Una vez enjaezado el caballo que mucho se movía, amarró con dificultad los dos brazos de la carreta con cinchas y jalando con fuerza las riendas, se dirigió lentamente hacia la lechería, hablándole al oído al caballo para calmarlo. Era como si el caballo tampoco quisiera trabajar los lunes. Vamos bien —dijo entre sí Saturno. Después de poner unas cuantas jarras de leche en la carreta que le parecieron otros tantos bloques de piedra, ya no se agitó más el caballo. Era como si el peso abrumador de la carga le recordara a él también que ya había empezado la semana de trabajo.

Se fueron pues, de mala gana, Saturno y su montura a repartir leche. El caballo ya conocía el camino de memoria. Primero el centro donde se encontraban las tiendas de abarrotes, los restaurantes y pensiones, la granja del pueblo y una quesería y luego, los barrios y, por último, los caseríos y casas aisladas. Contentar a todo el mundo no se podía y a menudo no había suficiente leche. Por mucho que explicara Saturno a la gente que una vaca no era una ninguna máquina, siempre se armaban pleitos y surgían disgustos.

Por ser bueno, usó un tiempo Saturno un cuadernito y luego varios en que apuntaba las cantidades para cada quien, un galón, varios litros, un litro y medio litro. Pero tampoco resultó ya que las cantidades variaban en función de los días y de los pedidos. Demasiados enredos y cálculos —terminó por decir Saturno quien tuvo el apoyo del mayordomo que también estaba hasta la coronilla de cómputos tan innecesarios. Desaparecieron pues los cuadernitos y se instauró un sistema de cuotas lecheras por estable —cimientos y particulares que fracasó también debido al aumento de la clientela. Saturno intentó innovar y decidió hacer su ronda en sentido contrario, empezando por los caseríos y aldeas y terminando por el centro. Esta vez fue casi la revolución. Se pusieron bravos el caballo así como los clientes del centro por cambiarles sus hábitos, las horas de entrega y las cantidades. Y casi estuvo a punto Saturno de perder los clientes más importantes. Tuvo que intervenir el mismísimo Blas para apaciguar los ánimos. Incluso se celebraron varias reuniones en presencia del patrón, del mayordomo y de Saturno.

Harto ya de tanta palabrería por cosas tan fútiles, propuso Saturno volver a lo de antes con esa memorable frase: “Si hay, hay, si no hay, no hay. Esa gente tiene mala leche y yo me cago en la leche”.

Nunca se supo si Saturno había premeditado esa sentencia pero lo cierto fue que provocó un choque saludable y el asunto se arregló en menos que canta un gallo. “Saturno tiene toda la razón. Volvamos a lo de antes — dijo don Blas—pero a la gente que no esté conforme por no tener leche, le regalamos un cuarto de libra de queso o un cuarto de mantequilla. Y así pasó. Volvió la calma y la serenidad en el pueblo, en la finca de los Altos Bojes y en las rondas de Saturno, al menos una calma relativa.

Ocurre que — pensó esa mañana entre sí Saturno al recordar esos episodios—siendo a veces burra la gente, no ve tres en un burro y no quiere bajarse del burro. En semejantes casos, —siguió meditando Saturno—mejor meterle la mula o ser más pesado que una vaca en brazos.

—¡Ya viene el lechero! ¡Ya viene el lechero! —Pregonó Saturno al acercarse a la plaza mayor, pensando en la magnífica noche que había pasado dos días antes junto con Ana María.

## XIV

De La Castellana hacia las lomas se extendían las plantaciones de cítricos. Eran parcelas pequeñas y medianas bien regadas por su proximidad al río y las abundantes lluvias invernales. Las delimitaban pequeñas sendas de tierra y bajas tapias o setos de arbustos que había que podar muy a menudo por lo frondoso y tupido que se ponían. Si uno los descuidaba, obstaculizaban el paso en unos pocos días. Además, por lo estrecho y angosto de los senderos, solo pasaba una carreta tirada por un caballo o una mula; como mucho dos carretillas si eran pequeñas, de esas mayormente hechas a mano y que empujaban los vendedores ambulantes.

Ya habían empezado los jornaleros la recolección de frutas en los naranjales, limonares y en los campos de mandarinos y pomelos. La mayor parte de ellos trabajaban allí y el resto en las demás tierras fructíferas. No era un trabajo difícil en sí, pero sí agotador. Había que agacharse a cada rato y uno se levantaba por la mañana el cuerpo lleno de agujetas y con dolores en la espalda. Además el sol quemaba la piel y uno se deshidratava fácilmente. Por suerte, en la finca de los Altos Bojes, no exigían ninguna cantidad de frutas por hora y por persona y no había ningún guardia para recordárselo. Allí estaba Luis solo para dar consejos e instrucciones acerca del mejor momento para recolectar las frutas. Era cuestión de experiencia y la mayor parte de los jornaleros lo sabían salvo los jóvenes neófitos en la tarea. Así que trabajaban los jornaleros de forma autónoma y con sosiego. También se encargaba Luis de ir a buscar más cajas cuando hacían falta. De ahí no más. Incluso colaboraba a menudo con la carga de las cajas repletas de frutas en las carretas. Ese momento que marcaba el fin de la jornada laboral era uno de los más pesados pero después, cada quien sabía que venía el almuerzo, el descanso y la tranquilidad.

El trato dado a los jornaleros en los Altos Bojes contrastaba mucho con los usos y hábitos de otras fincas aledañas donde imperaba más bien el látigo y el engaño. Por ello, los jornaleros, en su gran mayoría, eran fieles a don Blas y sabían perfectamente que en la región, no encontrarían mejores condiciones aunque fuese por poco tiempo. Cada uno de ellos era consciente de ello por haber trabajado en fincas vecinas. Dos eran las que uno tenía que evitar si tenía la posibilidad de hacerlo. Pero eran las que más trabajo proponían. Todos los jornaleros las conocían de renombre o por haber laborado en ellas.

Al imponer condiciones laborales férreas, inhumanas y crueles, muchos preferían dejar el puesto para no volverse locos. De esa forma, el dueño salía ganando sin pagarles absolutamente nada. Y por si resistiera uno pidiendo su sueldo, el contraamaestre se sabía de memoria el discurso: "Se va porque lo quiere. Usted abandona su puesto cuando se comprometió a quedarse por un determinado tiempo. Así que nosotros no tenemos nada que pagarle". Y cuando se calentaban los ánimos, los guardias se encargaban de hacer entrar en razón a los recalcitrantes llevándolos a patadas hasta el portón bajo la amenaza del látigo y del fusil. Y de todas formas, filas de trabajadores esperaban para tener un puesto.

A veces, por la noche, en el patio de la fonda de Joaquín, al relatar don Paco y don Rafael sus estadías laborales en La Virgen, una de esas dos malditas fincas, los jóvenes jornaleros o los que empezaban en el oficio, no entendían en absoluto como habían podido aguantar semejante rosario de ludibrio, infamia e ignominia. Don Paco y don Rafael por haber trabajado largas temporadas en dichas fincas, les explicaban, que así era la vida, que siempre había que buscar destino en otras partes pero que a veces uno no podía más que callar y aguantar por necesidad, por ganarse el pan y sobre todo cuando uno ya tenía familia.

La verdad era que la vida de los jornaleros en La Virgen o en Santa Helena era un martirio. Los trabajadores estaban siempre vigilados y uno tenía que pedir permiso incluso para tomar agua o hacer una pausa breve por el calor sofocante.

A veces los guardias se negaban alegando que era una pérdida de ganancia para el patrón y que la única pausa legal era el cuarto de hora de las diez de la mañana. Y mejor era evitar las discusiones con ellos. El primer latigazo sonaba como una advertencia en el aire. El segundo lo daban de verdad en las piernas vomitando improperios e injurias los guardias cuando sorprendían a un obrero descansando fuera de la pausa legal. Y para que no reincidiera, le quitaban al peón un día su sueldo.

El único caso serio de revuelta contó don Paco fue cuando él tenía veinticinco años. Ese año, dos guardias dieron varios latigazos, puñetazos y patadas a un peón por esconder ése un puñado de naranjas en su bolso. Los guardias lo dejaron tan mal matado que se quedó tirado en el suelo toda la noche con largas y profundas llagas en carne viva y la cara cruzada. Nadie pudo hacer nada. Los otros guardias nos amenazaban con el fusil en la mano, listos para disparar. Al día siguiente, el peón herido, Miguel se llamaba, había desaparecido sin que nadie supiera de él. Hasta que un día, como a las tres semanas, y nunca se supo cómo hizo, apareció colgado de un árbol uno de los guardias, en el mismo lugar donde habían dejado por muerto a Miguel. El silencio se impuso en Santa Helena y se reforzó a la guardia. Dos

meses más tarde, el segundo guardia fue encontrado muerto en la entrada del naranjal. Huelga decir que en aquel tiempo, pronunciar el nombre de Miguel era como pronunciar su propia sentencia de muerte.

Otros de los habituales ardides, contaban Don Paco y Rafael, era dividir a los obreros. Felicitar a “los buenos” y censurar a “los malos”. “Los buenos”, por supuesto, eran los que tenían buenas relaciones con el patrón es decir los que aceptaban hacer trabajos adicionales cuando él se los pedía. Podía ser cualquier tipo de trabajo: los prepara—tivos de una fiesta o recepción que organizaba el patrón en su finca. Claro que esos preparativos se limitan a las tareas de afuera: sacar de las carretas sillas y mesas alquiladas, instalarlas, armar el podio para los músicos y los toldos para los invitados y limpiar el acceso a la finca. Y por supuesto, una vez terminadas las fiestas, volver a poner las cosas en su lugar.

También podía tratarse de trabajos de emergencia cuando había que reparar un tejado, cortar leña o limpiar las riberas del río que atravesaba la propiedad del patrón. A cambio, se les daba cierta consideración en el trato, se les dejaba marcharse unos días en caso de enfermedad de la esposa o del hijo y se les regalaba unas botellas de ron y bonos de comida para gastarlos en la tienda de la finca. En esa tienda de abarrotes, muchos jornaleros dejaban su sueldo y en algunos casos, se les iba aumentando las deudas hasta tal punto que unos peones trabajaban sin recibir sueldos por las morosidades acumuladas o tenían que quedarse más tiempo en la finca para sanear sus cuentas. Esos también eran de “los buenos” pero sin trato de favor. En cuanto a “los malos”, eran sencillamente los que se limitaban a hacer su trabajo manteniendo la distancia con el patrón y sus empleados. Así se creaban dos bandos. Los que colaboraban y los que no colaboraban. De tal forma que siempre había mal ambiente, celos, resentimientos, envidia, rencores, tirrias y hasta feroces odios reforzados por la obligación que tenían los jornaleros de comer y dormir en la finca y además en el mismo dormitorio compuesto de catres y tablas de madera. Así se regía la vida en La Virgen o Santa Helena —dijo don Rafael—con el rebenque y el ardid. Y así sigue pasando. Hay cosas que desgraciadamente nunca cambian—añadió Don Paco.



## XV

La mayor parte de los jornaleros venían de las aldeas y villas de la comarca y de las vecinas. El resto del año lo ocupaban en sus parcelas como arrendatarios o aparceros. Pocos eran dueños de su tierra. El cultivo de hortalizas y frutales les permitía ir tirando. En caso de buenas cosechas, vendían los excedentes en los pequeños mercados aledaños, la mayoría de las veces como vendedores ambulantes. Casi todos tenían una o dos vacas, aves de corral y a veces un chanco. Pero muy pocos tenían caballo o mula. Vendían su fuerza de trabajo en función de las cosechas en las grandes haciendas de café, arroz, cacao y caña. Otros ejercían de vaquero según las necesidades de los ganaderos. También rozaban los bordes de los caminos y carreteras a petición de los hacendados o ayuntamientos. Otra actividad complementaria era el corte y la quema de madera para producir carbón. Otros probaban suerte al extranjero en los sectores agrícolas, mineros y de la construcción. Dicho de otro modo, pocas veces estaban en casa y era la esposa la que se encargaban de las tareas domésticas y de los niños que crecían en el campo al ritmo de las estaciones sin ni siquiera pisar el umbral de la primaria que, de todas formas, quedaba demasiado lejos del hogar. Cuando la madre sabía leer y si tenía tiempo, les enseñaba los rudimentos de la lectura, de la escritura y del cálculo porque además de las tareas del hogar, muchas veces planchaba o hacía la limpieza en casa de las familias más acomodadas del pueblo. En algunos casos, lograban tener una venta o pulpería en la sala misma de la casa.

Cuando volvía el padre a casa, eran días de fiesta. Traía regalos para cada quien y cosas nuevas para la casa como cacerolas, porras, cubiertos, manteles, sábanas, quinqués, martillos, tenazas etc. Al día siguiente por la noche, se asaba carne y empezaban las historias de viaje que eran auténticas aventuras. Encuentros inéditos, divertidísimos, a veces espantosos, entrecortados con largas descripciones sobre la naturaleza cambiante, las evoluciones en las grandes ciudades iluminadas, bulliciosas, en perpetuo movimiento y actividad que iban creciendo como setas y que a uno le costaba creer. Esas impresiones de viaje eran como cuentos de hada, cuentos fantásticos que podíamos ver en los tebeos o postales que se nos regalaban.

Y cuando el largo viaje le había ido bien, sabíamos que a la semana o a las dos semanas, iríamos en diligencia a la Coriña. Aunque la distancia era corta, viajar en coche era un auténtico placer. Era como ver moverse los prados, las vacas y las casas y disfrutar de los paisajes hablando, riendo, sin tener que aguantar el sol, en pocas palabras, sin cansarse para nada. Eso era lo más gozoso. Nada de dolores en los pies o en las piernas. Aunque a los padres parecía molestarle el traqueteo y los brincos de la diligencia, los niños lo tomaban como algo divertido, como si estuvieran en un balancín. Al llegar a la Coriña aumentaban la excitación, el entusiasmo y la exaltación. Ralentizaba el coche y daba tiempo de ver con minucia el espectáculo de la ciudad. Las calles principales, las callejuelas, las plazas, los parques, los monumentos, los edificios y la cantidad increíble de transeúntes que iban y venían pasando, entrando y saliendo de las tiendas. Los gritos y las voces de los niños jugando se confundían con los pregones de los vendedores ambulantes, los cascotes de los caballos y los improperios de los cocheros de carruajes y limosinas que a duras penas circulaban por las calles demasiado angostas de La Coriña. Esa bulla, alboroto y guirigay provocaba un donoso vértigo al igual que las sombrías de diferentes colores de las elegantes mujeres. Unos hombres llevaban sombreros de copa o sombreros de fieltro de anchos bordes y caminaban con bastón de diferentes tamaños y colores. Algunos niños llevaban gorras de tela del mismo color que sus trajes y parecían hombrecitos, muy serios y graves. Solo les faltaba el bigote. Caminaban solo o con algún amigo. Pero al fijarse bien, uno se daba cuenta de que la madre o la criada estaba detrás de ellos. A medida que se acercaba la terminal, las calles estaban aún más concurridas. Ya habíamos llegado al mero centro de la ciudad. Como a eso de las diez y media, un día entero de dicha y regocijo tan ansiado nos esperaba por las calles de La Coriña comiendo golosinas, caramelos, espumas, palomitas, helados, viendo los escaparates de las tiendas, comprando ropa nueva, zapatos nuevos, almorzando en la calle y divirtiéndonos en los columpios, tiovivo y puestos de feria del parque central.

Al anochecer, el viaje de vuelta en coche lo pasábamos adormecidos, la mente llena de luces y dulces. Esos viajes a La Coriña no eran muy frecuentes pero eso sí que el recuerdo de ellos nunca se borraba. Nada tenían que ver con la feria anual de Pueblo Nuevo aunque uno también la esperaba con ansias y se divertía mucho.

## XVI

El castillo de La castellana se situaba a la salida del pueblo en la zona más arbolada y boscosa. De tal forma que cuando uno pasaba por la carretera, solo se imaginaba que ahí vivía gente muy acomodada por el imponente portón de hierro forjado y la amplia alameda sinuosa del parque siempre bien cuidado y podado. La familia de la Señora de Alarcón de Alba era como el castillo, nunca se la veía. Incluso cuando pasaba una de las carrozas de la casa, siempre se mantenían cerradas las cortinas y la gente solía decir “acaba de pasar un fantasma”. Los únicos contactos con el pueblo se hacían por el servicio. Así que tanto el castillo como sus moradores no tenían existencia propia para los pueblerinos. Solo vivían a través de relatos e historias en los que se confundían los siglos y las épocas. Pero en ese mundo de fantasma, misterio y sigilo, siempre corre el agua del canto que desemboca al río por muy cincelada y esculpida que esté la mampuesta. Así se supo de la existencia bien real de vidas nada reales. Esas vidas de carne y hueso que se quiso mantener en la oscuridad de la sangre pero que siempre volvieron a aparecer tales como espectros, para bien o para mal. La vida de la Castellana siempre se mantuvo impregnada de semejantes narraciones, hablillas, cuentos, petardos y líos.

Al oír el golpeteo de la carroza en la alameda pedregosa, la señora de Alarcón dejó el libro que estaba leyendo bajo la pérgola de la amplia terraza y salió al encuentro del que imaginaba ser su hijo mayor. Efectivamente no se había equivocado. Era Alejandro quien regresaba de Inglaterra con su esposa y sus dos hijos. Ella lo esperaba desde hacía semanas. El mayordomo llamó a los dos criados para que le ayudaran de inmediato a bajar el montículo de maletas, baúles y paquetes.

—¡Hola madre! ¿Cómo está? ¡Qué alegría volver a verla!

—¡Hola Catarina! —dijo Silvia— ¡Tanto tiempo sin verla!

—¡Qué elegante andas Silvia! Última moda de Londres. ¡Qué encanto! ¡Qué maravilla!

—Gracias, Catarina. Es muy amable de su parte—Le contestó un tanto excitada Silvia que dio una vuelta sobre sí misma como si estuviera modelando.

—¡Aquí están los niños! ¡Qué preciosidad! —exclamó la señora de Alarcón.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¡Abuela! Gritaron de alegría los críos precipitándose hacia la abuela que los abrazó y besó con efusión. Y se la llevaron de la mano hacia la sala de recepción para enseñarles y contarles miles de cosas. Les siguió Alejandro resplandeciente y feliz de volver a casa tras cuatro meses de ausencia. Silvia se quedó hablando con los criados dándoles un sinfín de órdenes acerca de las maletas, que aquella la bajara con mucho cuidado que era muy frágil, que aquella también y que ésa también, y ésa y ésa y sobre todo ésa y ésta también. Hasta que el mayordomo intervino muy cortésmente diciéndole que no se preocupara para nada, que las iban a bajar con mucha delicadeza, que bien eran conscientes del valor de las cosas que llevaban, que los regalos siempre llevan una carga afectiva y emocional que hay que tratar con mucho cuidado como si fuera algo propio. Las palabras del mayordomo tranquilizaron a la señora que decidió al fin alejarse de sus pertenencias y entrar en el castillo si bien no pudo evitar una última mirada hacia las maletas. El mayordomo le hizo una señal de la mano para tranquilizarla nuevamente.

—¡Qué estúpida es esa señora! —dijo Mateo—uno de los criados, hastiado.

—Es peor que una vendedora de merluzas —contestó Lázaro, el otro criado.

—Por favor. Muchachos. No digan esas cosas —les contestó secamente el mayordomo. Pueden pensarlas pero no decirlas. ¿Ya me han entendido?

—Por supuesto don Ramón. Disculpen nuestra grosería y descaro —contestó Mateo. Reconozco que la insolencia y el descomedimiento son vicios que tenemos que enmendar. El pez por su propia boca muere.

—No volverá a pasar —añadió Lázaro—se lo aseguramos.

—Está bien, muchachos —replicó don Ramón en tono sarcástico—veo que entraron en razón. Les dejo subir las maletas a los pasillos y yo me encargaré de guardarlas en cada cuarto.

—Entendido don Ramón. Puede irse confiado e impertérrito —dijo Mateo.

Al irse don Ramón, Lázaro le dijo a Mateo:

—Vos pareces tonto. Te ponés a hablar como ellos.

—No hablo como ellos, baboso —dijo Mateo. Los arremedo. No te has dado cuenta. Así me burlo de ellos y ellos no se dan cuenta.

—¿Pensás vos? —Preguntó Lázaro.

—¡Claro! Don Ramón lo sabe y él se ríe también de las apariencias pero nunca te lo dirá porque a él también lo pueden correr al no mantener el apartamento con los criados.

—¿El apartamento? —Preguntó Lázaro. Pero si el mayordomo no vive con nosotros.

—El apartamento significa la distancia, tontito. La distancia es el apartamento. ¿Ya Entiendes? Vos debes ser más chispa. De lo contrario, siempre serás el pato de la fiesta. Tienes que ser más listo y hacerles creer

a ellos que sos un criado bien educado y servicial. A ellos les gusta pero hasta cierto punto.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Lázaro.

—Que no hay que mostrarles que sabes más que ellos. Puedes ser bien educado pero no culto. Allí está el límite que no debes franquear. Si no te despiden.

—Vos sos un hacha—le dijo Lázaro.

—Es como si vos no hubiera vivido la vida. A veces me pregunto cómo puede uno ser tan lelo e ingenuo. Vos deberías de leer más a menudo.

—Es que no sé leer.

—Ya lo sabía, hombre. Pero te puedo enseñar.

—No me interesa. Me fastidia.

—¡Bueno! Quédate como burro y siempre te van a engatusar.

Mateo y Lázaro estaban bajando las escaleras cuando se toparon con el mayordomo.

—¡Ya muchachos! ¿Han terminado su labor?

—Sí —Dijo Mateo. Cumplimos.

—Claro que sí, su señoría —contestó Lázaro—genuflexo ante el mayordomo que lo miró de forma peregrina.

—¿Y qué le pasa a éste? ¿Se pasa o qué? —dijo entre irritado y benévolo don Ramón.

—Es el aprendizaje de la virtud, don Ramón — contestó Mateo con risa contenida.

UDI-DEGT-UNAH

## XVII

Con motivo del regreso de su hijo mayor de Inglaterra y, sobre todo, por la presencia del muy distinguido Señor Happford, que hizo el viaje desde Inglaterra con Alejandro pero que tuvo que quedarse en Santa Cruz por negocios, la señora de Alarcón decidió organizar el fin de semana una recepción. Mandó a Don Ramón a dejar tarjetas de invitación. La lista de convidados era, como de costumbre, impresionante en semejantes ocasiones y así tenía que ser, así como la lista de compras.

Los días siguientes no fueron más que una manga de viento, un sinfín de idas y vueltas del servicio para que nada faltara y que todo fuera perfecto. Y en medio, la señora de Alarcón de Alba dirigiéndolo todo desde la mañana hasta la noche con la maestría y la precisión de una jefa de orquesta. Pero bien sabía ella que para que el espectáculo fuera grandioso, el éxito dependía tanto de los preparativos como del ambiente de ese día, una difícil alquimia que a menudo operaba y que a veces fallaba.

Por ello mandaba con estrictez, tolerancia y a veces largueza, dejando cierta libertad de improvisación en la cocina y en el arreglo festivo tanto en el castillo como en el parque. Era su forma de gobernar la casa. Así pensaba ella. Mejor contar con el apoyo incondicional de los criados y no con la fantasía de las nueras con excepción de Lara, tan locuaces como vanidosas e incapaces de tomar una decisión sin consultar con el marido. Con objeto de que ni una de las dos la molestaran de ninguna forma, la señora de Alarcón solía hablar con sus hijos Alejandro y Fernán para que fueran a pasear, a visitar amigos, a ver las tiendas de Mondragón o de la Coriña y porqué no Santa Cruz.

Sus hijos la conocían de memoria. Fingían, sabiendo al dedillo las intenciones y propósitos de su madre y cumplían, inventando cualquier pretexto para dejarla en paz en esos intensos y decisivos momentos. Incluso Alejandro le propuso a Anselmo acompañarlos a Mondragón pero éste se negó, alegando demasiada dilación en su correspondencia tanto personal como profesional, siendo él antiguo abogado que seguía ejerciendo de vez en cuando.

Por otra parte, ninguno de los hijos cuestionó la presencia de Anselmo en el castillo. No era la primera vez que su madre hospedaba a amigos por periodos largos. Y si eran amigos de su madre, eran amigos de ellos. Así lo sugería el silogismo familiar aunque la realidad no siempre fue así. Pero Anselmo era tan atento, solícito, servicial y reservado que todo el mundo lo apreciaba. Su conversación era amena, distinguida, placentera y cuando se lo pedían, incluso daba consejos en sentido amplio y, a veces, direcciones de amigos suyos que seguían trabajando en el colegio de abogados de Santa Cruz.

Después de unas semanas, su presencia les era familiar a todos e incluso los niños lo apreciaban mucho como si fuera el abuelo del castillo. Esa frase tan insignificante e inocente en boca de uno de los nietos nunca más la volvió a repetir el pobre crío ni uno de sus hermanos o primos. La señora de Alarcón lo llamó aparte y mirándolo con unos ojos helados que hubieran traspasado el corazón de cualquier niño, le dijo que su único abuelo era el señor cuyo retrato ornaba la pared del salón de recepción. Ella lo mandó a ver detenidamente a su abuelo. Sudado y oprimido, volvió el niño y le dijo: "por cierto no se parecen, abuela. Yo solo tengo un abuelo y solo uno: él del retrato gigante".

## XVIII

El parque iba llenándose de coches. El mayordomo, vestido de frac, recibía a los convidados en la entrada del castillo orneada de dos cipreses mientras los dos jardineros, de terno vestidos, llevaban las maletas o los regalos de los invitados. Para evitar cualquier equivocación que pudiera desencadenar displicentes e insufribles malentendidos, los jardineros miraban a don Ramón que les indicaba con una señal de la cabeza quienes eran los convidados y quienes eran los íntimos. Estos se quedaban por unos días mientras que aquéllos solo por la cena. En eso destacaba don Ramón sabiendo incluso corregir las torpezas o tropezones de los jardineros sin que ellos se dieran cuenta.

Desde afuera, toda la planta baja estaba iluminada como si fuera Navidad. Se miraba la sala de recepción en la que esplendían inmensas arañas reflejándose en el artesanado y las magníficas entabladuras. Salían de las ventanas muy breves melodías que dejaban suponer que los músicos estaban ensayando. Lázaro, también de terno vestido, se encargaba del vestuario y con mucha aplicación o diligencia, se esmeraba en guardar las pertenencias de los invitados utilizando réplicas refinadas para convidados escogidos tal como le había enseñado Mateo. Por su parte, éste tenía a cargo la sala de recepción. Abrir las botellas, pasar por entre los convidados ofreciendo copas y responder a las necesidades de los comensales. Más tarde llegaría Lázaro a echarle una mano.

En la cocina, cuyas ventanas abiertas daban a la parte trasera del castillo, casi todo estaba listo. Ya estaban aderezados los varios platos de la entrada y solo faltaba servirlos. Grandes ollas estaban calentándose bajo la mirada concentrada de doña Helena, la cocinera. Todo lo tenía preparado desde la víspera. Solo faltaba poner mucha atención en las salsas para que no se quemaran y de último, esperar la señal de Mauricia o Blanca para llevar el pastel a la sala de recepción.

A la señora de Alarcón siempre le gustaba el “estilo bufé” cuando organizaba ella recepciones. Lo encontraba más cómodo y festivo. No daba tantas preocupaciones, no había tanto formalismo, solemnidad ni tantos aspavientos. Además, era más alegre y entretenido. Uno podía charlar con una persona, hablar con otra, conversar con otra y otra y otra, ir picando, comiendo a su gusto sin necesidad de simular, ir bailando según su fantasía o salir a tomar el fresco o fumar un cigarrillo según su antojo. Al bufé solo le miraba ventajas, lejos del largo inmovilismo y aburrimiento de las grandes mesas. Estar sentada durante horas entre un general de infantería y un arzobispo solo lleva al camposanto solía decir la señora de Alarcón. Este cambio de costumbre lo impuso ella misma unos años después de muerto su esposo. Y todos sus hijos, al inicio un poco renuentes por romper su madre las tradiciones, le dieron su beneplácito al ver la alegría y el buen humor que emanaban del “estilo bufé”.

Ese día, la fiesta estuvo a la altura de las esperanzas de la Señora de Alarcón y el Señor Happford, invitado de honor, le estuvo muy agradecido a ella por la atención especial que brindó a su persona. En efecto, hasta las copas llevaban una banderita de la Unión Jack así como los floreros y las cómodas. Tras las palabras de bienvenida dadas por la señora de Alarcón de Alba y el entusiasta y vehemente discurso de Alejandro, anunciando la apertura próxima de una fábrica de tejidos en la comarca con fondos británicos gracias a la intermediación del señor Happford, invitado especial de la familia Alarcón, el ilustrísimo señor Happford, conde de Fleetwood y de Launceston tuvo que improvisar un discurso elogiando el caluroso recibimiento de la familia Alarcón y la consolidación de los vínculos entre Santa Cruz y Londres a través de proyectos tan prometedores como la Nueva Fábrica. La sala rompió en aplausos y se levantaron las copas para brindar por la amistad entre Santa Cruz y Londres según las palabras del Señor Happford con acento todo suyo. A falta de himnos y cañonazos, sonaron las trompetas de un cha—cha—cha que hizo vibrar la sala entera hasta los cristales y las arañas. Ya empezaba la noche iluminada por la luna llena.

## XIX

La recepción en el castillo marcó los anales de la casa de Alarcón como si al entrar en el castillo, cada invitado hubiera dejado sus rencores y contrariedades por una noche. Claro que las miradas de celo, reproche o condena nunca se pueden evitar, que sea por la indumentaria, el peinado, el maquillaje, la glotonería... en pocas palabras, cuestión de urbanidad. Pero al menos los cuchicheos, las murmuraciones, bisbiseos y secreteos que, a veces, provocan rencor, disgusto e incluso fuertes enemistades, no salieron de su cauce. La verdad es que la Señora de Alarcón estaba por todas partes, conversando con los unos y los otros para que cada quien se sintiera a gusto. E incluso cuando una de sus fieles amigas le hacía un comentario un tanto insinuante sobre un convidado, ella cambiaba de inmediato el tema o repetía esa frase de su propia composición: “mejor apurar la copa del contento que apurar la copa del dolor”.

Mateo y Lázaro estaban a sus anchas y también tenían tiempo de echarse sus copitas en la cocina bajo la mirada comprensiva de Doña Helena que se hacía la tonta porque sabía que nunca se pasaban. Y verlos alegres la contentaba. En cambio, a Blanca no le gustaba esa permisividad pero no se lo decía sino que le tiraba indirectas a Mateo y él se burlaba de ella.

—Eres demasiado estricta y escrupulosa, Blanca —le dijo Mateo. La gente se divierte y yo no tendría que recrearme. Mira a Mauricia, ella me entiende. No me hace ningún comentario displicente y áspero. Es como si tuvieras algo en contra de mí. Yo lo he notado. No me puedes engañar.

Mauricia se quedó silenciosa y entretenida, viéndolos de reojo como dos tórtolas en el caballete de un tejado mientras fregaba los platos.

—Yo no tengo nada en contra tuyo —contestó Blanca. Solo que te tomas tus propias libertades como si fuera uno de los amos de la casa.

No se sabe si fue la réplica de Blanca que le dio alas a Mateo pero éste no se pudo contener:

—Si yo fuera Señor de esta casa, le contestó Mateo—tú serías mi dama.

Intentó Blanca disimular pero el dardo que acababa de lanzarle Mateo provocó en ella cierta turbación que se notó en sus sonrosadas mejillas. Pero en seguida se repuso y le dijo:

—Atrevido eres —Mateo. Tus halagos no son más que hipocresía e insensatez. Piensas que yo me voy a dejar embaucar por un calavera pretencioso y arrogante como tú.

En eso llegó Lázaro pidiendo ayuda a Mateo y se interrumpió la plática. La verdad es que a Mateo le gustaba Blanca pero ella lo veía demasiado fatuo, creído y altanero. Desaparecieron Mateo Y Lázaro pero doña Helena, Mauricia y Blanca prosiguieron sus actividades platicando sobre el hombre perfecto, el hombre ideal que en ninguna manera, según Blanca, podía ser Mateo.

Dirigiéndose a la sala de recepción, Lázaro paró sorprendentemente a Mateo y le dijo que esperara. Intrigado, Mateo se ejecutó, acostumbrado a los desórdenes de su amigo.

—¿Qué te pasa, Lázaro? Le preguntó Mateo.

—Está bien. Podemos hablar un rato. No hay nadie en el pasillo.

—¡Pensaba que necesitabas ayuda! ¡Qué estabas saturado con el servicio!—le dijo Mateo.

—Claro que necesito ayuda.

—Pues ¡Vámonos! No quiero tener ningún reproche de parte de la Señora de Alarcón.

—Espera. Quiero hablar contigo.

—Te escucho, pero rápido. Tú mismo acabas de decirme que hay mucho trabajo que nos espera en la sala.

—Vos sos mi amigo ¿verdad?

—Claro que soy tu amigo

—Bueno, lo que te cuento, lo guardas para ti, para ti solo. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Lázaro estaba sudado, tartamudeaba y temblaba. No lograba desahogarse.

—¿Te sueltas o qué? — le dijo Mateo, impaciente y medio irritado. ¡Ya me voy!

—Bueno, guarda. Te digo que no son cosas fáciles de decir. Creo que... creo que... Creo que... estoy enamorado.

—¿Cómo!

—Creo que estoy e—na—mo—ra—do.

—¿Y de quién?—le preguntó Mateo, suspicaz.

—De una muchacha que ni sé cómo se llama. Ahí está ella, en la sala de recepción.

—¡En la sala de recepción! ¡Dios mío, Lázaro! ¡Te has vuelto loco o qué? Sabes que ahí solo hay peces gordos y no de esos pececitos de río que comemos fritos, por cierto ricos pero de río.

—No me entiendes. Es algo que no puedo refrenar. Ella es tan hermosa y tan fina. Y cuando me mira ella...

—¿Qué?

—Me derrito como un tempano de hielo.

—¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Amigo mío! Estás por las nubes. Pisa fuerte el suelo y no te dejes llevar por los etéreos soplos del amor.

—¿Y qué tiene? Ella es tan bella. Ella es tan delicada.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!—le dijo Mateo presintiendo un infeliz y doloroso desenlace. ¡Vámonos! y se lo llevó a la sala de recepción, tirándole de la manga del traje.

—Y sobre todo, no hagas ninguna simpleza o bobería —Le advirtió Mateo en tono seco. En primer lugar, pórtate natural y me vas a enseñar discretamente quién es esa muchacha ofreciéndole por ejemplo una copa.

—Pero si ella no toma.

—¡Bruto eres Lázaro! ¡Ofrécele una copa de jugo, de agua, de lo que sea!

—Mejor quisiera meterle un filtro de amor.

—¡No estás en un cuento de hadas y mucho menos en una novela de caballería. ¡Despiértate! ¡Sacúdete, dundito! Bien puedes proponerle cosas dulces como un relleno de manzanas y así sabré quién es ella.

—Has acertado, Mateo. Eres un genio. Yo la vi devorando rellenos de manzanas y cuando mueve sus carnosos labios... ella me miraba. No paraba de mirarme como si me hiciera ojitos.

Una vez en la sala de recepción, llenaron las copas y los platos de galletitas agris dulces y los metieron en bandejas y se fueron proponiéndolas entre los invitados. Cual fue el susto de Mateo cuando Lázaro le propuso una copa de jugo a la señora de Alastruz y cuando ambos se quedaron platicando como si fueran amigos. Estoy soñando —dijo en su fuero interno Mateo—Lázaro tiene trastornos visuales o qué. Esa vieja calabaza no puede ser su Dulcinea o bien lo han hechizado. Mateo servía con preocupación las copas viendo con detenimiento y disimulo a su amigo Lázaro que no paraba de conversar con la señora de Alastruz. Ella lo miraba a los ojos, se miraba el incesante movimiento de sus labios y la dulce inclinación de su cabeza como si estuviera ratificando cada palabra de Lázaro. De vez en cuando, sacudía su abanico y tomaba un sorbo de jugo. Era como si Lázaro se hubiera bebido de una sola vez todos los enseñamientos de su amigo Mateo.

De repente entraron Mauricio, Blanca y Doña Helena con un inmenso pastel que llevaban en un carrito. La Señora de Alarcón le hizo una señal a Don Ramón. Y de pronto, la sala quedó en la oscuridad, solo iluminada por los fuegos artificiales que centelleaban por encima del pastel de tres pisos. Los invitados rompieron en aplausos ante semejante obra maestra culinaria que sin lugar a dudas, representaba la futura Nueva fábrica. Fue el mismísimo señor Happford, Conde de Fleetwood y de Launceston quien se encargó de cortar el primer pedazo de pastel que regaló a la cocinera doña Helena bajo las felicitaciones y ovaciones de la sala entera.

La sobremesa fue aún más sorprendente. Mientras unos convidados estaban jugando naipes o billar, fumando puros y tomando aguardiente en el salón contiguo, la mayor parte de los invitados seguían bailando al compás de la orquesta. Y lo más sorprendente fue que el mismísimo arzobispo esbozó unos tímidos pasos de baile, levantando sotana y enseñando calcetines entre los aplausos de los invitados al igual que el general de infantería que dejó medallas y sable para bailar en camisa y enseñando tirantes un endiablado mambo. Incluso el señor Happford que se miraba un tanto tímido y torpe de modales, apartó escrúpulo y reserva y se plantó ante la señora de Alarcón para invitarla a bailar un bolero bajo la mirada encendida de Anselmo. Dicen que el brío y el arrojo no fue tan solo debido al milagro del estilo "bufé" o "buffet", según pronunciaban los convidados, sino a la excelencia y exquisitez del tinto riojano o blanco valenciano.

A todas luces, había operado la alquimia de la castellana.

## XX

Mediaba el día siguiente con una suave languidez e indolencia propia de los domingos. La fachada principal del castillo estaba ya iluminada por el sol de las primeras horas del día mientras seguían durmiendo los íntimos entre el sueño festivo de la víspera y el ensueño de un liviano paseo campestre por las propiedades arboladas de la Señora de Alarcón.

Ya estaba de pie ella, vestida con una elegante y ligera blusa blanca bordada que le cubría la mitad de una falda de tono verde pastel con finos volantes de blonda en los faldones. Su larga cabellera la tenía amarrada en un moño que dejaba escapar largos flequillos rizados que le daban un aire coquetón y gracioso pese a su edad. Ni se le miraba en la cara la menor marca de cansancio. Así era ella. Sabía cuidarse y vivir con naturalidad los desvelos y los avances de la vejez. Sabía entre sí que solo descansaría cuando todos los invitados se hubieran ido y que el día solo acababa de empezar y había que respirarlo plenamente.

Tras desayunar sola en la terraza umbrosa y fresca, la señora de Alarcón se dirigió a la cocina y se puso a hablar con doña Helena. Mauricia estaba preparando el desayuno para los invitados mientras Blanca secaba platos, cubiertos y fuentes y los guardaba en los armarios. La señora de Alarcón felicitó a doña Helena por el bufé de anoche, “todo un éxito” y no paró de elogiarla por el pastel, ponderando sus méritos y habilidades de cocinera y pastelera y agregó que sabría recompensarla. A ustedes también, dijo sonriendo, mirando a las dos criadas. Luego, refiriéndose al almuerzo, la señora de Alarcón le dijo a doña Helena que añadiera a la cesta campestre lonjas de jamón serrano, pepinillos así como crudités, y que cortara un pollo rostizado más o quizás dos, por si acaso toda la familia se decidiera a ir de picnic también. Con ellos, nunca se sabe —suspiró ella. Doña Helena le contestó que tenía toda la razón y que más valía prevenir que curar. Y sobre todo, encareció la Señora de Alarcón, que no se olvidara ella de decirle a Ramón que sacara unas cuantas botellas de vino blanco y que Ramón avisara a Mateo que a él le tocaba acompañar a los invitados al picnic dado que era día de asueto de Lázaro. Ella iba a dar una vueltecita a caballo por el parque y los senderos vecinales esperando que despertaran los invitados y bajaran a desayunar.

—¡Qué clase de mujer! —exclamó doña Helena. Siempre activa, vivaz y acuciosa. ¡A ella nunca se le olvida nada!

—¿Y piensas que es feliz? —le preguntó Mauricia a doña Helena.

—¿Y a qué viene eso? —Contestó Helena, sorprendida.

—No sé. A veces me pregunto si realmente lo es. Yo creo que en el fondo, le pesa la soledad aunque claro, siempre está rodeada de gente.

—¿Qué te pasa, Mauricia? —le preguntó a su vez Blanca. Yo creo que lees demasiadas novelas sentimentales a no ser que anoche tú también viste tu propia soledad en el espejo de la sala de recepción.

—Si no hay ningún espejo, necia. Está en la entrada.

—Es una imagen, Mauricia, una simple imagen. ¡No te enfades! Solo quiero decir que a veces una se pone en la piel de las demás personas como si fuera una misma. Yo pienso que sos demasiado romántica.

—¿Yo? ¡Qué va! Solamente te digo que esa señora, muy noble de corazón, debe sufrir por falta de amor. Nunca conocí a su marido pero pienso que si no se volvió a casar, no es que no quiera volver a esposarse sino que no ha encontrado el otro par de zapato.

—Puede ser. ¡Pero a mí qué me importa! La señora es buena. Nos trata bien. Nos paga bien y no nos paga para comentar su vida y mucho menos para imaginarla. Vos sos demasiado sensiblera.

Al oír a las dos mozas, doña Helena estaba sonriendo, cortando los pollos en la encimera.

—Puede ser —contestó Mauricia. Pero yo nunca me quedaré sola, con o sin dinero. ¿Piensas que algún día volverá a casarse la señora?

—Pero sos terca o qué Mauricia. Si acabo de decirte que la señora es dueña de su propia vida. Si quiere volver a matrimoniarse, ¡Qué lo haga!

—¿Y con quién? —preguntó Mauricia en tono desanimado y taciturno como si fuera ella la propia Señora de Alarcón extraviada en los laberintos del amor.

—¡Dios mío! Sos más testaruda que una mula. No soy ninguna adivina. ¿Qué sé yo? ¿Por qué no con don Anselmo o tal vez con el Lord inglés? Los dos son adinerados, no tan feos y además solteros que sepa yo. Claro que no tan jóvenes pero ella tampoco lo es.

—Tienes razón, Blanca. Yo me hago demasiadas preguntas. Pero sigo pensando que después de morir su esposo, la señora de Alarcón sufre de una ausencia vital de amor y, por cierto ¿Puede una amar dos veces con la misma fuerza desgarradora? —Preguntó ella como medio melancólica y con una languidez atrabiliaria.

—¡Qué alma más tortuosa y tormentosa! Por supuesto que sí, Mauricia. ¡Mira, no se casó tres veces doña Pepita! ¡Tres maridos distintos y tres amores felices con una retahíla de hijos! ¡No se volvió a esposar



también doña Cándida!

—Sí, tienes razón. Pero todo el mundo sabe que tiene amantes —le contestó Mauricia.

—¿Y qué? ¿No es feliz así? Y además, con un marido tan insulso como el suyo, yo haría lo mismo. ¡Ese hombre es un melón!

—Sos demasiado cruel y desalmada —le contestó Mauricia con una voz endeble.

—A veces tu inocencia e ingenuidad me aterran, Mauricia. ¿Qué te pasa, has visto algo raro anoche? ¿Te cruzaste con algún espanto en el castillo? ¿No será el amor que ha llamado a tu puerta? —dijo bruscamente Blanca, burlona.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Muchachas! —exclamó Helena. Siento interrumpir su apasionante conversación. Sólo les puedo decir que las cosas del amor si de eso se trata, siempre llevan su parte de secreto... como el pastel de anoche. ¡Medítenlo, muchachas! Pero por ahora, manos a la obra que nos sobra trabajo.

UDI-DEGT-UNAH

## XXI

La señora de Alarcón era muy buena amazona. Desde niña, Gilberto, el mozo de cuadra de la casa le enseñó la afición a los caballos. Durante años, casi a diario, iba ella a las caballerizas y se quedaba largos momentos viendo a Gilberto cuidarlos, cepillarlos, limpiarlos los cascos y darle de comer. Al inicio, su madre, doña Isabel, no quiso que ella le ayudara a Gilberto. El pretexto era el miedo a que le pasara algo a su hija o a que recibiera las coces de uno de los caballos. Pero en el fondo sabía Catarina que era cuestión de educación y de etiqueta. Una niña de su edad nada tenía que hacer en las caballerizas, un lugar lodoso, hediondo y sucio. Fue gracias a su propio empeño y a su propia obstinación como consiguió Catarina esa libertad. Pero antes que nada fue gracias a su padre, don Leonardo, un hombre bueno no tan a caballo en los principios educa—tivos tan estrictos y anticuados, como decía él mismo, de su esposa. No fue nada fácil pero lo logró tras homéricas conversaciones y discusiones en las que siempre parecía imponerse doña Isabel. Un buen día, harto hasta la saciedad de tanto palabreo y bla bla bla, regresó al castillo con unos pantalones y unas botas de cuero y le dijo a su esposa: “Así la niña nunca se ensuciará y pronto montará a caballo”. Y para rematar los nervios de su esposa, le enseñó una ensaladera de acero y le dijo: “Eso es para si a la Señora le da miedo que se caiga su hija y que se abra la cabeza”. Y añadió: “su quijotismo no tienen límites”. Avergonzada y mortificada por la osadía y el denuedo de su marido, doña Isabel se fue recto a su aposento ante las risas del servicio y no se inmiscuyó más ella en los asuntos de caballos. De toda forma, no le gustaban a ella pero sí a él.

Vestida con pantalones y botas, Catarina pudo de hoy en adelante frecuentar las caballerizas y ocuparse de los caballos. Pero los momentos más gratos eran cuando iban a sacarlos a pasear. Dos o tres veces a la semana los montaba Gilberto y daba vueltas por los prados vecinos. Nunca faltaba ella a ese espectáculo. Pero solo tenía el derecho de mirarlos y de asistir a Gilberto al llevarlos de regreso a las cuadras, la rienda en la mano. Cada uno con su montura. Esa sensación la contentaba muchísimo. Era como si regresara ella misma de montarlo tras horas de paseo. Ese momento tan deseado llegó poco después, el día de su cumpleaños cuando su padre, don Leonardo, le regaló un potro. Ese día, doña Isabel tuvo que contener su furia ante los invitados y juró por su madre, vengarse en secreto de su marido por lo que tomaba ella como una auténtica afrenta a su poderío.

Así que Catarina supo montar a caballo, trotar y galopar a riendas sueltas de temprana edad. Criada en ese ambiente, Catarina conocía los bosques, los senderos y las sendas de la propiedad y de las aéreas circundantes de memoria e incluso al cumplir los dieciséis años, su padre le dio el visto bueno para participar en Concursos hípicas. Para doña Isabel fue la gota que colmó el vaso y no tardó ella en cumplir su venganza de años.

Furibunda e iracunda, doña Isabel pasó varios días ensimismada, sin hablar con nadie, buscando una forma de desagraviarse. Y la encontró en la mesa de la sala. Ahí estaba, frente a ella: La voz del septentrión. Decidió escribir un largo artículo sobre los perjuicios y daños del hipismo en las mujeres, pensando que al leer el artículo, su hija desistiera de su proyecto de participar en concursos ecuestres. Se contactó doña Isabel con el director en jefe de la Voz del Septentrión, amigo de la familia, que le aseguró publicar su artículo en primera página con gruesos titulares. Lo único era que él quería un salvavidas por no enemistarse con don Leonardo. Así ambos concordaron en ponerle un seudónimo a ella. El artículo pues llevaría la firma del Licenciado Juan Pedro Aguilar. Durante una semana, doña Isabel, segura de su triunfo, pasó día y noche tomando apuntes, garrapateando y borroneando. Pensaba ella que escribir aunque sea un artículo era algo sencillo y evidente pero tuvo que darse cuenta de que el oficio no era tan fácil y fluido. Pensando que le cegaban la cólera y la indignación, dejó aparte sus folletos y se dio una semana más para terminar su labor. Le costaba ordenar las ideas y sobre todo no encontraba el estilo, la forma idónea que coincidiera con el fondo del artículo.

Sus ideas las tenía bien claras y las tenía apuntadas: el hipismo era un medio de degenerados, perversos y malsanos: tanto los que organizaban los concursos como los que participaban en ellos e incluso los que apostaban en las carreras de caballo. Para ella, la hípica no era más que una mafia organizada donde imperaba el amaño, la falsificación y el soborno con el beneplácito de los sucesivos gobiernos que se lucraban con dicha actividad. Pero lo más intolerable era que se aceptara a las mujeres no como espectadoras sino como concursantes. Eso lo miraba inadmisibles e inconcebibles ya que iba contra la naturaleza misma del orden de las cosas. Y las mujeres, por supuesto, no debían prestarse a esos juegos insanos, nocivos y perniciosos. En primer lugar, porque no era su sitio. En segundo lugar, porque era un sitio de vicios. En tercer lugar, porque se vestían como hombres. En cuarto lugar, porque se afeaba a las mujeres convirtiéndolas en vulgares vaqueros cornetos, de piernas arqueadas. Y, finalmente y éste era el argumento canónico de doña Isabel, porque los niños nacían deformes.

Impaciente y al borde de la exasperación a medida que pasaba el tiempo, doña Isabel decidió en un santiamén poner la forma en el fondo y el fondo en la forma y por fin mandó el largo artículo al redactor en jefe de la Voz del Septentrión. Solo le faltaría a éste poner los títulos y subtítulos.

Satisfecha y aliviada, doña Isabel volvió a sus actividades, volvió a hablarles a su marido y a su hija y volvió a sonreír, convencida de su inminente triunfo. Pero pasaron las semanas y nada de artículo del Licenciado Juan Pedro Aguilar. Exasperada, escribió varias cartas a su amigo director en jefe que, curiosamente, nunca le contestó. Hasta el famoso día en que apareció en primera plana el nombre y retrato de la señorita de Alarcón, vestida de amazona en el peldaño más alto del podio, una medalla de oro alrededor del cuello y un ramillete de flores en la mano. Catarina, que concurría por primera vez y única mujer de la competición, había ganado, a los dieciséis años, el concurso hípico de la comarca, venciendo a todos sus adversarios masculinos.

Al leer el artículo, se desmayó doña Isabel, el periódico en la mano, y con ella, cayeron todas sus ilusiones.

UDI-DEGT-UNAH

## XXII

Estaba la señora de Alarcón cabalgando en su montura por los caminos y las cañadas forestales. A ella le gustaba esa sensación de frescor en la lozanía húmeda de los sotobosques sobre todo a esa hora del día. Era como tomarse el tiempo de vivir mansa y lentamente viendo el paisaje, disfrutando de la calma, del sosiego y de la gracia de la naturaleza frondosa y tupida. Oír el cantar de los pájaros de colores vivos e intensos y, de vez en cuando, los aullidos de unos monos juguetones o el correr del río era todo un encanto. Eran fugaces momentos de paz y de soledad que aprovechaba y disfrutaba alejándose de las preocupaciones, aunque fútiles eran y lo sabía ella, y de la repetición diaria de la vida familiar. Se sentía una mujer colmada y satisfecha. Ya sus tres hijos eran grandes y preparados. Alejandro, el mayor, tenía una buena posición. Se sentía realizado en el mundo de los negocios y viajaba a menudo a Europa. Era ambicioso pero no jactancioso y si algún día rencor mostraba, al día siguiente se le disipaba. El segundón, Fernán era ingeniero agrónomo y trabajaba en la Coriña en una empresa de exportación agrícola. Era muy casero, poco salía y mucho tiempo les dedicaba a su esposa y a sus tres hijos. Siempre fue bonachón, y nunca le gustó discutir con nadie. Fernán regresaba cada noche al castillo a diferencia de Tulio, el menor, quien por motivos profesionales, repartía su tiempo entre Santa Cruz y el castillo. En efecto, Tulio era catedrático de humanidades de la Universidad de Santa Cruz y allí alquilaba un piso. Su hija y su esposa vivían en el castillo. Tulio era más prodigo, exuberante y demostrativo. Conservaba ese perfil de estudiante alegre, festivo pero trabajador. Había publicado dos ensayos sobre las revistas literarias de principios de siglo y estaba preparando otro sobre los escritores y la ciudad de Santa Cruz. El principal y tal vez el único defecto que le veía la señora de Alarcón era que era demasiado tempestuoso e impetuoso de tal forma que ese rasgo de su personalidad lo llevaba a veces a una terquedad ciega e inconsiderada que hacía que se enemistaba con mucha gente incluso con sus mejores amigos. Conociéndolo ellos, esperaban una o dos semanas y volvían a tratarse como si nada. Al contrario de Tulio, su esposa era de una calma y quietud a toda prueba pero sabía ella ponerlo en su lugar, diciéndole las cuatro verdades en su cara sin el menor temor para que rectificara y que dejara de portarse como “un niño mimado” como le solía decir ella. Lara, la esposa de Tulio, se llevaba muy bien con la señora de Alarcón. Era la única que la llamaba por su nombre y no pocas veces salían juntas a la Coriña o a Santa Cruz llevándose a la niña. Lara era una mujer estudiada y compartía con Catarina esa afición por la lectura. Se prestaban libros y los comentaban juntas.

Grosso modo, la señora de Alarcón sabía que había tenido una vida feliz y quería que siguiera así si bien sabía por otra parte que la vejez nunca deja en paz a nadie pero sí la senectud. Tal vez, pensó ella, que había llegado el tiempo de pensar más en sí misma y por qué no de viajar tal vez a Inglaterra. Por ese camino andaba ella cuando, de súbito, se topó con un jinete. Y cuál fue el susto suyo cuando al acercarse éste, se percató de que no era más que don Blas.

—¡Vaya sorpresa! —Dijo don Blas, alejando de la mano una rama que le dificultaba el paso.

—¡Usted por acá! ¡Nunca lo había visto por estos parajes! —Exclamó la Señora de Alarcón.

—Se me antojó seguir el curso del río Rocoso y quiso la fortuna que la encontrara.

A todas luces, la señora de Alarcón estaba turbada y a duras penas lograba disimular su azoramiento.

—¡Qué mañana más fresca y agradable! Fueron las únicas palabras que se le ocurrieron pronunciar.

—A mí me gusta pasear a caballo los domingos por la mañana. Son momentos breves e intensos.

La Señora de Alarcón, tan segura de sí misma, estaba como atolondrada. Le costaba decir algo que no fuese una estupidez y no quería que notara don Blas su leve desconcierto.

—¡Qué magnífico es su caballo! —Dijo don Blas.

—El suyo también — contestó ella, desesperada.

—No sabía que usted montaba a caballo.

—Desde niña.

—Me sorprende. Pocas son las mujeres que pasean a caballo.

—Por cierto —asintió la señora de Alarcón.

—Si gusta, podríamos pasear a caballo juntos hasta el ramal.

—Lo siento, don Blas, tengo que volver al castillo. Me esperan unos amigos.

—Como quiera, señora. Fue un placer encontrarla.

Apeóse Don Blas del caballo, apartóse del camino y esperó que pasara ella por lo angosto del sendero.

—Muchas gracias don Blas. Es usted muy amable.

—¡Qué pase un buen día! —Le dijo don Blas.

—¡Ah! Exclamó ella—se me olvidaba decirle que sus trufas eran exquisitas.

—Se lo agradezco.

Y volvió a subirse Blas a caballo en dirección opuesta antes de desaparecer por el bosque frondoso.

El caballo de la señora de Alarcón no se movió al igual que su dueña. Solo se oía el zumbido de los insectos y no muy lejos, el murmullo de las aguas atravesando el bosque. Estaba esperando el taconazo que no venía. Así quedaron los dos, inmóviles e inertes durante un largo rato como si viniese de producirse un encantamiento. Este se rompió al oír la señora de Alarcón los pasos de una señora, rebozada con capa negra y bastón en mano. Del susto, dio el famoso taconazo de regreso al castillo como si acabara de ver el vuelo de una lechuza blanca en la oscuridad.

UDI-DEGT-UNAH

## XXIII

Grandes manteles blancos cubrían las dos mesas de madera en las que Mauricio, Blanca y Mateo habían dispuesto los manjares del almuerzo campestre. Una choza con techo de paja venteada, fresca y con olores de guanábana les esperaba a todos. Blanca acababa de terminar de limpiar rápidamente con trapo seco los cubiertos y los platos y estaba poniéndolos en la mesa charlando con Mauricio. Mateo se había subido a una de las barcas para meter en agua el vino y los refrescantes y de inmediato se le había pagado una retahíla de niños. Ni se preocupaban los padres que se dejaban llevar por ese domingo luminoso y perezoso. Unos invitados estaban paseando alrededor del lago junto con la señora de Alarcón y varios miembros de la familia, otros estaban conversando sentados en playeras frente al lago de la propiedad y otros se dejaban mecer en hamacas por el leve viento que recorría los frondosos árboles. Los más valientes por desafiar al sol a esa hora del día estaban jugando bádminton o intentando atrapar mariposas.

—¡Qué parque más magnífico! — exclamó el señor Happford dirigiéndose a la señora de Alarcón. Usted tiene mucho gusto y criterio.

—Gracias, señor. Usted es muy amable. El diseño del parque no ha cambiado mucho a lo largo de los decenios. Mi padre aportó algunas modificaciones como la construcción del embarcadero, la choza de descanso donde vamos a almorzar y amplió el huerto. Conservó la parte dedicada a las hortalizas y creó otra sembrando muchos árboles frutales hasta el río. ¿Recuerdas, Alejandro?

—Claro, madre. ¡Cómo se me va a olvidar! Si yo mismo le ayudé a construir el embarcadero.

—Es cierto —contestó su madre, como si estuviera viéndolo con pantalones cortos al lado de su abuelo.

Estaban caminando a pasos lentos junto con Anselmo y se estaban acercando al huerto.

—Me impresiona la variedad de árboles frutales que se encuentran en este país —dijo el señor Happford—. Desde mi llegada no he parado de comer frutas, de las más variadas, carnosas y jugosas. En mi huerta, en Inglaterra, solo tengo manzanos y perales y también nogales, castaños y avellanos. Pero nada que ver con la abundancia y diversidad de su huerto.

—¿Y dónde ha aprendido usted a hablar español? Usted habla muy bien — le preguntó Anselmo.

—Gracias, gracias, señor. Usted es muy indulgente conmigo. Me gusta mucho el idioma pero pocas veces practico. Así que he perdido mucho.

—¿Cree usted? No pareciera —encareció la señora de Alarcón.

—Se lo aseguro. Muchas veces no me salen las palabras. De joven, tuve la suerte de recibir clases de español y francés a casa con profesores muy pacientes y excelentes pedagogos.

—¿Usted habla también francés? —dijo asombrada la señora de Alarcón.

—En effet, Madame. Je me débrouille. Pero que sea en el caso del francés o del español, lo que más me cuesta es la fonética.

—Pero usted pronuncia muy bien las palabras y tiene un acento encantador. Se lo aseguro —afirmó la señora de Alarcón.

Anselmo se puso un tanto nervioso y cambió de inmediato de tema. Dirigiéndose al señor Happford le preguntó:

—¿Y cuándo piensa usted levantar la fábrica?

—Son cuestiones de meses, señor. No se lo puedo decir con certeza. Tal vez un año.

—Lo más importante —añadió Alejandro—son las máquinas. Ya las compramos y estamos en lo del flete. ¿Así no es, socio?

—Así es, Alejandro. Sin las maquinas no se puede hacer nada.

—No van a empezar a hablar de negocio un día como éste, señores —exclamó afligida la señora de Alarcón. ¡Mejor vamos ya a almorzar! Pienso que ya todo está listo.

El señor de Happford le ofreció el brazo a la señora de Alarcón y ambos fueron caminando hacia la choza cogidos del brazo como dos viejos amigos. Disimulando su azoramiento e irritación, Anselmo siguió la plática con Alejandro intentando saber cuánto tiempo se quedaría el señor Happford en el país y por supuesto en el castillo.

## XXIV

Había anochecido desde hacía horas. Se habían ido los últimos invitados. El parque delantero estaba desierto. No quedaba ni una carroza como si nada hubiera pasado. Solo el carretón frente a la cocina que había servido para llevar el almuerzo campestre se había quedado afuera. A lo mejor, a Mateo se le había olvidado o no había tenido tiempo. Don Ramón, el mayordomo se había ido a su casa por una semana. Todas las luces estaban apagadas. Al fin había vuelto la tranquilidad en el castillo después de dos días intensos y sabrosos. Solo una luz tenue iluminaba el salón. La señora de Alarcón estaba acostada, descalza, en el sofá. Acababa de cerrar el libro que durante horas había leído. ¡Qué día! —pensó ella entre sí. Sin lugar a dudas, había sido un fin de semana agotador pero espléndido. En semejantes ocasiones, los domingos por la noche, la señora de Alarcón saboreaba esos momentos de reposo en la soledad de la lectura y poco a poco iban desapareciendo los brillos de la fiesta. Pronto volvería la repetición de los días. En el señor Happford había encontrado algo nuevo, una amistad naciente que le placía. Tal vez algún día, hiciera un viaje largo a Inglaterra y porqué no con él —pensaba en su foro interno. Ese Señor era muy educado, gentil, afable, tierno y cariñoso. Nada que ver con ese cada vez más grotesco y ridículo Anselmo que iba dándole más y más repulsión. Había entendido que algo sentía por ella y que los celos lo atontaban y le sorbían el seso. Su presencia empezaba a pesarle pero por educación no diría nada. Esperaría ella que se fuera por sí solo al entender que sus pretensiones eran vanas, pueriles e inanes. Pero desde la mañana, no había dejado de pensar en don Blas. El breve encuentro que tuvo con él la afligía. Se sentía ridícula y tonta como una calabaza. Y eso le preocupaba. Necesitaba volver a verlo para que no se quedara él con esa imagen de una mujer tal vez presumida y altanera que no era. A lo mejor ni lo pensaba él, ella se formaba una idea de algo que ni existía en la mente de él. Quizás esos pensamientos no eran más que una interpretación suya cuando a lo mejor él no tenía ni el menor sentimiento hacia ella. Pero después de ese segundo encuentro, tenía que hacer algo. Poco sabía de su vida y necesitaba saber más. Lo único que percibía de don Blas era que era una persona amena, un tanto tímida, trabajadora y con mucho encanto.

Estaba por acostarse cuando oyó un ruido en la cocina. Esperó un rato y oyó como pasos. Se puso los zapatos y esperó. A lo mejor —pensó ella—era el gato que perseguía insectos o ratones. Pero no, al rato, vio nítidamente una sombra que pasaba por el corredor. No podía equivocarse. Además, era luna llena y una claridad tenue invadía el castillo. Se levantó del diván, volvió a quitarse los zapatos y agarró la fusta que estaba en la entrada junto con los bastones, sombrías y paraguas. Avanzó con paso decidido y silencioso detrás de la silueta negra. Estaba ella por subir las escaleras. Y de repente, ella rompió el silencio. La silueta negra se paró de golpe.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó ella con voz firme.

Dio vuelta la silueta negra y cuál fue el susto de ella cuando reconoció a Anselmo.

—¡Vaya sorpresa! Catarina. Iba a descansar a mi aposento.

Ella estuvo a punto de preguntarle lo que estaba haciendo a esa hora tan noche y de donde venía pero prefirió callar. Lo había pillado por sorpresa.

—¡Qué descanse! Anselmo.

—Igualmente, Catarina. Y le reitero mis felicitaciones por esos días inolvidables y sublimes. A no ser que quiera usted que platiquemos un rato. Estamos solos los dos.

—Muchas gracias, Anselmo. Ya es muy noche. A esas horas, la lectura siempre ha sido mi única compañía.

—¡Qué pase una muy buena noche Catarina!

—¡Hay que consultar con la almohada, Anselmo!—le contestó ella secamente.

# **FILTRO DE AMOR, FILTRO DE DOLOR**

UDI-DEGT-UNAH



## XXV

Entró Anselmo en el aposento, encendió la luz y se puso cómodo. Al fin tenía el famoso frasco. Cerró la puerta con llave y se sentó frente al escritorio. Pasó un rato contemplando el frasco de color azulado. Y se puso a sonreír. Pensó que ya había solucionado lo que le parecía imposible alcanzar. Al fin, Catarina sería suya. Todo había pasado bien y tenía la embriaguez de la certeza de la felicidad. Una bolsa llena de monedas de oro bien lo valía. Sus planes se movían a maravillas. Se tendió en la cama, el frasco en las manos como si fuera dueño del mundo. No lo podía creer. Dentro de poco, Catarina sucumbiría a sus encantos y sería el hombre más feliz de la tierra. Se reía y se reía. Se imaginaba compartiendo cama y castillo con la señora de Alarcón, viviendo una vida apacible, retirada y cómoda el resto de su vida. La castellana era suya como lo había soñado y volvía a reanudarse el hilo de sus mocedades.

Lo único que le preocupaba pero no en demasía, era el encuentro casual que acababa de tener lugar. ¿Y qué? —pensó él—. Catarina se dio cuenta de que había salido a una hora tardía. ¿Y qué? No dijo nada. No me hizo ninguna pregunta. No pareció sorprendida. ¿Por qué preocuparse tanto? No hay motivo. Y volvió a pensar en su felicidad futura contemplando ese frasco cuyo líquido transparente le abriría la puerta del castillo y del corazón de Catarina.

Una vez asegurado el dominio de la castellana, el señor Happford no sería más que un pelele pasajero y en cuanto a ese don Blas, no sería más que un espantapájaros inofensivo barrido por los vientos y las lluvias. En cambio, lo que más le preocupaba a Anselmo eran los hijos de la Señora de Alarcón. Tenía que actuar con mucha cautela, mucha prudencia y mucho tacto, cultivando su amistad y manteniendo a la vez la distancia con ellos. Pero bueno, lo más importante lo había hecho: conseguir el famoso filtro de amor. No fue nada fácil. Tratar con esa bruja maldita era un auténtico calvario. Un día aceptaba, otro no. Y nunca llegaba el buen día. Mientras tanto, cada visita se pagaba. Era ducha en el arte de hacer esperar a la gente y quería conocer todos los pormenores de la persona que se tomara el filtro. Su carácter, sus vicios, sus virtudes, sus costumbres, su alimentación, su indumentaria, sus amigos, su entorno, su morada actual y pasada si fuese necesario. La adecuación entre el conjunto de dichas “partículas”, como decía ella, y la composición de la pócima tenía que ser perfecta. En el caso contrario, podía fallar el brebaje y el filtro de amor bien podía convertirse en filtro de dolor. Anselmo no creía en su palabreo pero sí en la virtud y eficiencia del filtro de amor. Había tenido que recoger todos los datos posibles para darle satisfacción a la bruja que dicho sea de paso, nada de bruja tenía. Era más bien una persona cualquiera pero sin edad definida. Vestía comúnmente, su casa la mantenía bien arreglada y nada tenía de pájaros, alimañas o animales raros disecados. Solo cuando salía del bosque donde moraba, tenía un aspecto lúgubre y mortífero, tal vez por los polvos que se echaba en el cutis. Pero eso sí que a veces, tenía unos arranques de locura o demencia como si no pudiera controlar su cuerpo. Eso sí que era impresionante. En este caso, lo mejor era salir de la casa o esperar en silencio, sin moverse para nada esperando que se le pasara esos trances demoniacos. Anselmo había sido testigo de ellos. Muchas leyendas corrían acerca de esa mujer e incluso se decía que cuando se le entraba el poseso, era capaz de levantar un caballo, una vaca o un buey con una sola mano o que podía derrumbar una casa solo al poner la mano en la pared. Tenía facultades y habilidades que nadie se hubiera atrevido a negarle en presencia de ella. La osadía de un mozo intrépido y valiente que quiso hacer el bravucón ante sus amigos, provocándola en el camino, le costó carísimo. Terminó colgado del campanario sin que nadie pudiera dar explicación alguna. Varios días se necesitaron para desengancharlos.

Todas las plantas, vegetales, ramitas de arbustos, semillas, granos etc. los tenía bien arreglados en botes y potes dispuestos en vitrinas y estantes en medio de morteros y frascos de diferentes tamaños y colores. Después de haber recopilado todos los datos sobre la señora de Alarcón ya empezó ella su labor. Pero quiso también ella cerciorarse de las intenciones de Anselmo. Esa última etapa la ignoraba él y al inicio se negó rotundamente. A palabras sueltas, oídos sordos —pensó entre sí. Anselmo pasó varias semanas sin volver a verla y finalmente, asintió a sabiendas de que en esa morondanga de mentiras y verdades, él podía tanto decir falsedades a medias como franquezas a medias. Tranquilizado, aceptó ese último paso que no fue más que una formalidad pero que le costó un dineral. Al cabo de varios días, estaba lista la pócima. Esa noche de luna llena, la fue a buscar y ahora estaba ante sus ojos, azulísima, en el escritorio del aposento. Podía dormir a pierna suelta.

## XXVI

Se levantó Anselmo con una moral a toda prueba. Estaba radiante y campante con unas ganas de emprender ya esa aventura de conquista de la familia. Suficiente tiempo había esperado. Mucho tacto para con los hijos y unas gotas de pócima para Catarina —se repetía a sí mismo, frotándose las manos. Tras afeitarse y echarse bálsamo para refrescarse el semblante, se vistió elegante como siempre y estaba por salir cuando de repente, sintió como un escalofrío que medio lo paralizó. En algo no había reflexionado lo suficiente. ¿Quién administraría la pócima a la señora de Alarcón? Por supuesto que había pensado en alguien del servicio, pero ¿cuál de ellos? Sabía que sería una mujer por cuestión de facilidad y también porque pensaba que con un hombre las cosas podrían complicarse más. Y de inmediato, vio desfilar en su mente a Helena, Mauricia, Blanca y Cecilia. Volvió a sentarse y contempló el frasco.

Esta fase en la que no había reflexionado podía llevarle a la ruina y al fracaso completo en caso de que la criada se opusiera o abriera la boca y le contara todo a la señora de Alarcón por arrepentimiento. Eso podría llevarlo incluso al calabozo. Se descompuso y tuvo un espasmo convulsivo que lo arrastró hacia la cama para descansar. Apenas respiraba. Ya se miraba en una celda pequeña, encerrado detrás de gruesos barrotes, cuyas paredes rezumaban humedad y putrefacción en medio de insoportables gritos y aullidos. Se imaginaba los titulares de los periódicos: “Envenenan los celos: el célebre abogado Anselmo Valdivieso quiso matar a la señora de Alarcón”. “El crimen casi perfecto”. Se quedó así Anselmo tendido, moribundo, delirando una buena parte de la mañana hasta que alguien llamó a la puerta.

—Don Anselmo, don Anselmo, ¿Pasa algo? Ya van a ser las doce y media.

Anselmo salió de su estado anímico y dijo maquinalmente con voz endeble:

—No se preocupe. Ya bajo. Estaba estudiando un caso y se me fue la hora.

—Está bien, don Anselmo. Se le voy a decir a la Señora de Alarcón. Al no verlo desayunar, ella estaba preocupada —contestó Blanca. Pero si me dice que todo va bien, se le voy a decir. Se sentirá más tranquila.

—Dígale que nos vemos en seguida. Solo necesito agregarle unos comentarios a un expediente. ¡Vale!

—¡Vale!

Anselmo se levantó aturdido y todavía con mareos. Tenía que calmarse a toda costa. De lo contrario, todos sus planes irían al traste. Se fue al baño y se echó agua helada en la cara y el pelo. Se sentía un poco mejor pero todavía sentía esa angustia que no había desaparecido del todo. Era la primera vez que le pasaba algo semejante. Y pensó de inmediato que tal vez era porque era la primera vez también que hacía cosas indebidas. Claro que en el trabajo había sido distinto. Sabía maquinar y mantenerse en el margen sin que se vieran nunca los eventuales traspiés. ¿En eso radicaba el oficio, no? ¿No actuaban sus colegas de la misma forma? Pero en este caso, él podía convertirse en delincuente o tal vez peor en asesino. La sola evocación de esa palabra le heló la sangre y lo hizo temblar. Todavía era tiempo de retroceder, de pararlo todo. Nada había pasado. Podía pretextar cualquier cosa e irse al día siguiente, dejar el castillo para siempre. Mejor no hubiera regresado —pensó meditabundo y debilitado por los efectos de la ansiedad y del nerviosismo. ¿Y por qué andar detrás de quimeras? Se preguntó a sí mismo un tanto desilusionado. Pero al cruzar su mirada el frasco azulísimo en primer término, y en el segundo, el amplio e infinito parque del castillo, recobró el aliento y pensó que quizá solo pasaba él por un mal momento, los achaques de la vejez tal vez, que le turbaban los sentidos y lo hacían dudar cuando él era poco para esas cosas. Ahuyentó ese sentimiento de culpabilidad infundado pero seguía recordando amargamente lo que le había dicho la bruja: “el filtro de amor bien podía convertirse en filtro de dolor”.

A lo mejor —pensó él, abatido—esa frase no se dirigía a la Señora de Alarcón sino a sí mismo. Y empezaba él a ser víctima del sortilegio del frasco azulísimo. No, no, no puede ser. Es imposible. Esa frase se dirigía a ella y no a mí. Ni siquiera se ha tomado Catarina la pócima. Estoy desvariando. Y de todas formas, ya he gastado una fortuna para conseguir ese filtro de amor. Ya no se puede retroceder. Tan solo necesito sacudirme y volver a mis planes de conquista. Escondió el frasco en el armario, cerró las puertas con llave y bajó las escaleras con paso firme y decidido.

## XXVII

Almorzó Anselmo con la señora de Alarcón, Alejandro y su esposa. Se había recuperado de su desvarío y se portaba como si nada. Siempre él mismo, educado, cortés, refinado, delicado, interesándose en la vida de la familia, muy atento con cada uno y esperando pacientemente que el hijo mayor le pidiera ayuda jurídica o algunos consejos acerca de La Nueva Fábrica. Y no tardó Alejandro en hacerlo al menos evocando el tema en términos generales. Anselmo se mostró muy agradecido y le respondió que estaba a su entera disposición, que formaba parte de su trabajo aunque ya casi no ejercía. La única dificultad podría surgir del idioma inglés pero bastaba con ponerse en contacto con el Sr Happford. La respuesta de Anselmo pareció convencer a Alejandro que le prometió mantenerlo al tanto en cuanto fuese necesario.

Mientras almorzaban, observaba Anselmo con mucha discreción las idas y venidas de Cecilia, sus gestos y ademanes al servir en la mesa. Escudriñaba la expresión de su cara, el menor rictus, mohín o mueca que pudiera traslucir algún rasgo de su carácter. Nada de nerviosismo. Ni se comía las uñas. Las tenía un poco largas, bien pintadas y bien cortadas. Apenas se maquillaba y lucía siempre un uniforme blanco y negro nítido y pulcro. Su largo pelo lo tenía enrollado en un moño y los alfileres casi no se veían. Sus movimientos eran amplios y precisos. Conocía muy bien su oficio. Era profesional en todo lo que hacía. Desde su llegada al castillo, Anselmo nunca la vio discutir con nadie ni con Blanca, Mauricia o Helena la cocinera. Se miraba que Catarina le tenía confianza y nunca la vio a ella hacerle el mínimo reproche o se los hacía aparte. Era muy servicial y no había ningún eco de su vida privada.

Tal vez una mujer demasiado perfecta — pensó en su fuero interno Anselmo. Pero no había de otra. Mauricia y Blanca no permanecían en la cocina. Se encargaban más bien de la limpieza de la casa. Y con Helena, ni modo. Demasiado cercana a Catarina. Eran amigazas. Anselmo se imaginó que la rectitud y la conducta irreprochable de Cecilia podían, tal vez, esconder algo y decidió buscar el momento más propicio para acercarse a ella y encontrar un punto flaco. Quizá un pariente enfermo o un hijo prestado. Siempre necesita uno dinero. Y lo que le propondría Anselmo era mucho dinero. Y además, su aparente formalidad y honestidad podía servirle. Sería tal vez la prenda de su silencio.

La oportunidad no tardó cuando a los dos días, estando él solo en la terraza, llegó Cecilia para ofrecerle un café. Ninguno de los hijos se encontraba y Catarina estaba en el parque platicando con Lara.

—¡Qué tiempo más maravilloso! —Exclamó Anselmo. Me gustan esos meses del año venteados y frescos.

—Es cierto, don Anselmo. En esa temporada, uno se siente más relajado y menos sofocado. Aquí está su café, don.

—Gracias, Cecilia. Usted es muy amable. ¿Trabaja en el castillo desde hace mucho tiempo?

—Unos años. Había un puesto vacante, me presenté y conseguí el puesto.

—¿Y le agrada?

—Por supuesto, don Anselmo. Tengo buenas condiciones de trabajo y la Señora es muy buena. Nos trata bien a todas.

—Me alegro por usted.

—¿Y a usted, don Anselmo, le gusta el castillo?

—Por supuesto, es un lugar muy ameno, apacible y un poco retirado. Es lo que yo aprecio, la tranquilidad en un lugar encantador como éste.

—Como yo — le contestó Cecilia. A mí me gusta el campo. Yo soy mujer del campo. La ciudad me aturde, me desquicia y me perturba. Tengo amigas que también ejercen de criadas pero en la ciudad. Es otra cosa. Otro ambiente. Aquí no falta el espacio, el sosiego, la calma y la buena comida.

—Tiene razón. Helena es una excelente cocinera. Pero me imagino que usted también la ayuda a guisar.

—Claro que sí. Yo aprendí a cocinar en casa de mi madre. No voy a decir que soy una excelente cocinera pero me las apaño. Doña Helena sí que es buena cocinera. Ella sabe improvisar. Yo no. ¿Usted vio el pastel que hizo cuando vino el Señor Happford?

—Lo vi y lo probé, Cecilia. ¡U—na de—li—cia! Exquisito, suave al paladar sin demasiada nata y muy untuoso.

—Yo por ejemplo — contestó Cecilia—sería incapaz de inventar platos.

—Es sencillamente porque usted no practica lo suficiente.

—¿Cree usted?

—Claro que sí. Así es en cualquier oficio. Yo por ejemplo, ejercí de abogado durante años y años y le puedo asegurar que en la vida, uno tiene que tener imaginación. Un día le contaré unos casos que me tocó defender y los gané con la imaginación, créame. Yo los pensaba perdidos. Todo estaba en contra mía. Pero no. Yo triunfé y ¡de qué manera! Incluso guardo unos artículos de prensa al respecto. Y le digo que pese a esos triunfos de renombre y fortuna, no perdí la calma. Seguí igual de recto y con imaginación.

Cecilia lo estaba observando con cada vez más interés y ternura. Nunca se hubiera imaginado que aquel hombre que estaba frente a ella había conocido la gloria.

—Pero ahora me estoy retirando al suave. La vejez, Cecilia. La—ve—jez. ¡Qué quiere usted! Uno no puede hacer nada. Uno tiene la edad de sus arterias.

—Usted no es nada viejo, don Anselmo. Lo que pasa tal vez es que se siente viejo.

—Gracias por el cumplido, Cecilia, usted es muy buena e inocente. Pero le aconsejo volver al trabajo —dijo sonriendo don Anselmo—la gente podría murmurar, usted sabe.

Cecilia se ruborizó y se fue un tanto intrigada en dirección a la cocina. Mucha faena le esperaba.

UDI-DEGT-UNAH

## XXVIII

A eso de las cuatro, Catarina avisó a don Ramón que iba a dar una vuelta a caballo y que llegaría tal vez tarde para la cena y que no la esperara. Pero en vez de irse por las alamedas cercanas, se fue en dirección al pueblo. Nunca había ido sola. Solo con la carroza. Al llegar al pueblo, se sintió como observada por la gente pero no le puso mente y siguió su camino. La verdad es que la gente no acostumbraba ver a mujeres a caballo y se paraba o hacía algún comentario. Otros que estaban en la acera de su casa o de las tiendas se quedaban pasmados y atónitos, glosando acerca de esa señora que vestía de pantalones negros con camisa blanca y chaqueta de cuero. No se le veía bien la cara por el sombrero de anchos bordes que llevaba. El rumor empezó a cundir a propósito de esa amazona que de la nada había surgido. Pero pronto, se supo que solo podía ser la Señora de Alarcón y aumentó aún más la expectación y la curiosidad por las calles pueblerinas e incluso unas mujeres mandaron a sus hijos a seguirla con discreción para saber si realmente era ella y a donde iba. Así era La castellana. Devoradora, indecorosa y sin piedad. Nadie escapaba a su indecente mirada y a la impudicia de sus ojos. No se inmutó la señora de Alarcón y siguió su camino cabalgando como si nada, el porte erguido, una mano en la rienda y la fusta en la otra.

Al llegar al portón de la finca de don Blas, se bajó del caballo y caminó hasta su casa. No había nadie en el patio. Amarró su montura y llamó a la puerta. La recibió Alfonsa un tanto extrañada por el atuendo de la señora.

—Buenas tardes, Señora. ¿Algo desea? ¿Qué puedo ofrecerle?

—Permítame presentarme, doña. Soy la Señora de Alarcón —dijo ella, quitándose el sombrero.

Alfonsa no se lo podía creer y dudó. ¿A qué venía la señora de Alarcón que nunca jamás en su vida pisó suelo pueblerino? ¿Y qué venía a hacer la castellana en la finca de don Blas? Pero lo que más le llamó la atención fue que llegó sola.

—¡Pase! ¡Pase, Señora! —dijo Alfonsa como si estuviera presenciando algo importante que todavía le escapaba. Póngase cómoda y siéntese si lo desea.

—Muchas gracias, doña. ¡Qué rico huele!

—Es que estoy preparando un guiso, señora. Un estofado de choncho del monte con tomillo y romero.

—Este manjar tiene un fumé muy peculiar que embriaga. Me imagino que además le echó tocino y que marinó al menos un día en vino tinto.

Alfonsa se quedó boquiabierta e impresionada.

—Usted me asombra, Señora. Tiene dotes culinarias.

—No, señora —dijo ella, riéndose— es que muy a menudo veo cocinar a Helena, mi cocinera, pero yo sería incapaz de guisar como ella lo hace.

—Es cuestión de experiencia. Una va acumulando recetas, cambia un poco las cosas, una pizca de fantasía y ya.

—Visto desde ese ángulo, en efecto es fácil.

—¿Le ofrezco algo?

—No la quiero molestar.

—Pero no me molesta. Y de todas formas ya está el guiso —contestó Alfonsa. ¿Le apetece un té, un café, un zumo de maracuyá?

—Un zumo, con mucho gusto.

—Se lo traigo enseguida, señora. A primera vista, Alfonsa encontró a la señora de Alarcón amable, educada, bastante simpática y sencilla. Muy lejos de lo que decía la gente.

—¡Tiene una cocina muy bonita! Rústica, práctica y arreglada con muy buen gusto.

—Don Blas la volvió a hacer él mismo siguiendo mis consejos. La verdad es que don Blas sabe hacer un poco de todo. Y sería, carpintería, plomería, reparación de máquinas sin hablar claro de sus actividades agropecuarias. En esa materia, es un hacha y le gusta mucho.

—Justamente vine a verlo por ese motivo.

—¿Usted quiere comprarle frutas, queso, leche, hortalizas, ganado, qué se yo?

—No, nada de eso, doña. Hace poco le compré rábanos negros y las famosas trufas.

—¿De verdad?

—Claro. Exquisitas.

—Solo él sabe dónde encontrarlas, en qué periodo del año y cómo extraerlas.

—Se ve que usted lo aprecia mucho.

—Es una excelente persona. No se lo repita, por favor pero yo lo considero como mi hijo. Trabajo en esta finca desde que la compró él y es como si fuera mi propia casa. Ni mis propios hijos me dan lo que él me da para que usted entienda.

Y de repente, Alfonsa se dio cuenta de que hablaba demasiado y que no tenía porqué hablar de cosas íntimas a una desconocida.

—¿Y usted lo conoce?

—Por las trufas. Solo por las trufas y claro por la reputación que tiene don Blas de vender productos de calidad.

—Pienso que no va a tardar. Un cuarto de hora tal vez. No tenga pena y tómese su fresquito tranquila.

La señora de Alarcón estaba viendo cada objeto de la cocina, como si quisiera saber más de su vida. Tal vez algún recuerdo de otra mujer. Una foto, una cosa femenina. Sin embargo, solo vio una chaqueta suya en la entrada de la cocina. Pero ella estaba segura de que otras mujeres habían pasado por esta casa. A lo mejor, tenía una novia. Ni lo había pensado. ¡Qué necia!—dijo entre sí—mortificada. ¡Cómo se le había podido escapar! Y de repente se sintió tonta, de sobra, inútil como si no tuviera nada que hacer en este lugar. Se sintió vanidosa, presumida, engreída y vacía.

—Se levantó y dirigiéndose a la cocinera le dijo, decidida:

—Me voy.

—¡Cómo que se va usted, Señora?

—Sí, me voy.

Pero viendo que la cocinera empezó a preocuparse por ese cambio repentino de actitud, intentó relajarse e inventó cualquier pretexto que le pasó por la mente.

—Tengo que irme. No puedo estar molestándole. Puede ser que el señor venga dentro de una hora o dos.

—No, no señora—le dijo Alfonsa. No se preocupe. El suele llegar a la misma hora. Es una persona bastante puntual. Aguarde un tiempito más y termine su fresco. Lo va a encontrar. Pienso que ya está llegando. Oí su paso por la caballeriza.

## XXIX

—¡Hola! ¿Cómo está Alfonso? — preguntó don Blas poniéndose maquinalmente el sombrero en la percha de la entrada. Y de inmediato se dio cuenta de que había otro sombrero colgado, uno que desconocía y que parecía de mujer. Dio la vuelta y cuál fue el susto suyo al ver que la Señora de Alarcón estaba sentada a la mesa de la cocina. Ella se levantó y él se acercó a saludarla y luego fue a darle un beso a Alfonso.

—¿Usted acá, señora de Alarcón? Me sorprende —Le dijo don Blas.

—No se sorprenda, don Blas. Solo vine a preguntarle algo.

—Pero siéntese, siéntese. Y dirigiéndose a Alfonso:

—¿Podrías traerme un vaso de fresco? por favor.

El estaba sudado. Tenía la camisa empapada y el pelo alborotado.

—Disculpe mi mal aspecto, señora Alarcón, pero nunca me hubiera imaginado que...

—La culpa es todo mía, don Blas. Le hubiera avisado. Lo siento. Pero así se me ocurrió y...

—Hizo muy bien.

—De todas formas pensaba irme. Se lo estaba diciendo a su cocinera. Y no quiero abusar de su tiempo.

—Ella se llama Alfonso. Pero siéntese, siéntese. Yo estoy para servirle. ¿Qué desea?

—Usted sabe que a mí me gustan los caballos.

—Sí, me di cuenta y también de que usted monta muy bien. Es poco frecuente por ahí. Tal vez en otra ocasión acepte usted mi propuesta.

Alfonso se hacía la tonta vigilando la cocción y estaba pensando en lo que le había dicho Ana María. Al inicio no la quiso creer pero era obvio que algo pasaba entre los dos. Ella no era ninguna neófita en la materia. Pero no quería adelantarse.

—¿Por qué no? —le contestó la señora de Alarcón.

—Pues bien —le dijo don Blas. Cuando le parezca.

—¿Este domingo? —Le preguntó la señora de Alarcón.

—Vale. Yo pasaré a buscarla como a eso de las siete y media, ¿le parece?

—Muy bien. A esa hora es un placer pasear por el campo y el sol no da tan fuerte —le contestó ella, entusiasta.

—Tome, señora, le traigo otro fresquito— le dijo Alfonso como enternecida por la plática entre don Blas y la señora de Alarcón.

—Muchísimas gracias, señora.

—Usted puede llamarme Alfonso.

—Pues gracias Alfonso. Y usted puede llamarme Catarina.

—Constato que se llevan muy bien. Espero, Alfonso, que no hayas hablado mal de mí en mi ausencia —le dijo don Blas en tono burlón y como regañándola de mentira.

—Yo, señor don Blas, sé apreciar a la gente buena y sincera —y lo quedó viendo con unos ojos desafiantes y pícaros como quien dice cuantas mujeres no ha traído usted a esta casa que no tenían ni un mínimo de educación y fineza.

—De eso nunca he dudado —contestó don Blas que entendió de inmediato a que se refería Alfonso—y por eso sigues fiel a esta casa, Alfonso. Y por eso también aprecio tus palabras tan sabrosas como tu cocina.

La señora de Alarcón se puso a sonreír. Se sentía bien, relajada, en confianza. Ya se le había pasado ese estúpido presentimiento cuando la razón de su llegada nada tenía que ver con don Blas y su vida sentimental.

—Señora Catarina de Alarcón, si me permite ¿por qué no se queda a cenar con nosotros? Así podrá usted probar el estofado de choncho del monte.

Don Blas la quedó viendo, atónito, pensando entre sí qué atrevida y arrojada es Alfonso pero disimuló, esperando la respuesta de la señora de Alarcón. Y se le vino a la mente que a lo mejor Alfonso y la señora de Alarcón se conocían.

—No, no gracias, Alfonso. Es usted muy amable. Yo solo venía para conversar con don Blas por...

—No me parece mala idea, señora de Alarcón. Alfonso es excelente cocinera y estoy seguro de que nunca ha probado semejante guiso.

—Solo quería... —balbuceó la señora de Alarcón.

—Dejemos de protocolo, señora de Alarcón. En esta casa, las cosas son sencillas. Si usted quiere, quiere si no quiere, no quiere. Y se lo aseguro que no lo va a lamentar.

Estaba vacilando la señora de Alarcón. Se sentía pillada por sorpresa. Por una parte, quería y por otra no quería. Quería porque se sentía a gusto y no quería por el qué dirán. Hubo un silencio que se prolongó lo suficiente para que Blas entendiera que él no se había convertido en sí.

—Cualquiera que sea el motivo de su visita, usted podrá exponérmelo en la mesa. Así tendremos tiempo de conversar.

—¡Excelente idea! —exclamó Alfonso. E incluso me da tiempo de preparar un pastel de mi creación, una golosina de chuparse los dedos. Usted me dirá si una sola vez en su vida ha probado algo tan rico. No es que me jacte, Señora Catarina de Alarcón, pero le puede preguntar a don Blas, ese pastel... Y Alfonso se puso a cerrar los ojos como si ya estuviera saliendo del horno el pastel, bombeado, dorado y crujiente.

—¡Una sabrosura, Señora de Alarcón! —contestó de inmediato don Blas.

—Gracias, ustedes son muy amables y gentiles pero no puedo regresar a caballo sola de noche.

—Las cosas son sencillas, señora de Alarcón. Tiene a su disposición una calesa y a un chofer. Basta con amarrar su caballo detrás del carruaje y ya...

Pujó otra vez la señora de Alarcón. No sabía qué hacer y finalmente, se lanzó:

—¡Al diablo la etiqueta! —soltó la señora de Alarcón, sorprendida por su propia osadía—Me quedo. Con mucho gusto, me quedo.

—¡Enhorabuena! —Prorrumpió Alfonso—Me pongo de inmediato a preparar el pastel.

—Ya ve, señora de Alarcón. Las cosas no son nada difíciles y tampoco inasequibles. Permítame ausentarme un momento. Necesito refrescarme —dijo Don Blas.

Se levantó la señora de Alarcón y se puso mano a la obra. Se quitó el chaleco. Se arremangó la camisa y Alfonso le puso un delantal. Empezó a amasar con recreo y deleite siguiendo los consejos de Alfonso mientras ella batía las claras de huevos a punto de nieve.

UDI-DEGT-UNAH



## XXX

Bajó de su aposento Anselmo un libro en la mano y se dirigió al salón, donde Alejandro, Fernán y su mujer estaban jugando al tresillo. Los niños se entretenían con arcos en el jardín mientras la esposa de Alejandro estaba platicando con Lara en el otro salón que daba a la terraza. Anselmo pasó por el primer salón, se detuvo un rato viéndolos jugar. Nadie hablaba. Todos estaban muy concentrados. Solo Fernán le hizo un gesto de la mano para saludarlo. Cada quien estaba muy atento a lo que hacía el otro jugador. Así eran los juegos de naipes en familia. Poco se reía y mucho se hablaba de táctica después de cada lance. Y a veces, se calentaban los ánimos por mal genio, o peor, cuando uno acusaba al otro de hacer trampas. En tales momentos, se hacía una pausa más o menos larga y por lo general, volvían a la mesa los tres contrincantes con la promesa secreta de vengarse de las malas jugadas del uno y del otro. El tresillo en el castillo era demasiado serio y aburrido para Anselmo que nunca se atrevió a participar en la mesa de juego familiar. Muy buen jugador, sabía él que podía enemistarse con cualquier miembro de la familia y por supuesto, no le convenía. Sabía que la acumulación de rencores en el juego podía llevarle en ciertos casos a la antipatía e incluso a la inquina que sea pasajera o duradera. La única persona con la que jugaba naipes era con Catarina que nunca se tomó el juego en serio. Pasó pues Anselmo por detrás de cada jugador como para mostrar su interés y se esfumó en silencio hacia la terraza.

Allí se sentó y contempló el parque. Estaba Lázaro terminando de limpiar el polvo que se iba acumulando a diario en las mesas y sillas. Se acercó a don Anselmo y le preguntó si quería tomar algo. Anselmo tomó el tiempo de la reflexión como respirando aire nuevo y le contestó con un sentimiento oculto de euforia y fruición como si ya fuera amo y dueño del castillo que le agradaría una cerveza helada con unas tapitas. Anselmo se sentía flotar por los aires embriagadores de esa oasis llena de promesas e ilusiones. Los sillares del castillo le hablaban así como las flores y los árboles del parque. Sentía esa posesión como suya como si siempre le hubiera pertenecido, como si el albur lo hubiera llamado tantos decenios después para alcanzar la gloria. Marqués de Valdivieso ¡Qué rico sonaba! se decía entre sí. Marqués de Valdivieso. ¡Qué contenta —miento! ¡Qué dicha! Marqués de Valdivieso. Se repetía a sí mismo ¡Qué complacencia! ¡Qué júbilo! Soñaba despierto Anselmo.

—Aquí tiene su cerveza, don Anselmo.

—Gracias Cecilia, ¡qué alegría verla!

—Igualmente —le contestó ella. Usted se ve en plena forma, desbordante de ánimo y entusiasmo.

—Así es la vida. El solo contemplar los muros del castillo y las hojas del parque me llenan de alegría.

—Usted habla como un poeta, don Anselmo. Encanta las cosas.

—¡Ah! Si supiera lo bien que me siento en estos momentos.

—¿Alguna buena noticia? —le preguntó Cecilia.

—¡Grandes cosas nos esperan, Cecilia! ¡Grandes cosas! Se lo digo.

—Ya le traigo las tapitas, don Anselmo —le dijo Cecilia, un tanto intrigada por el comportamiento de don Anselmo. Pero bueno —pensó ella enseguida —cada quien tiene el derecho de ser feliz y de expresar su alegría. A lo mejor, había ganado otro caso. Y de todas formas, ese señor ya no le podía traer mala suerte. De avanzada edad aunque bien cuidado, se miraba más adicto a las letras que a la malicia. Y además le caía bien. No era como la mayoría de esos hombres pedantes e imbuidos de orgullo que ni la determinaban ni la miraban. En cambio, Anselmo se miraba honrado, sincero y más bonachón que delicado o preten—cioso. Con él se sentía bien y confiada.

Regresó Cecilia con las tapitas en una bandeja y la puso en la mesa.

—¡Qué apetitosas se ven! —Dijo entusiasta Anselmo.

—Gracias, don Anselmo. Las preparé yo misma. Hoy es día de asueto de Helena.

—¡Qué bien! Cecilia. La felicito. Ya se lo dije. Machacando se aprende el oficio. Usted tiene muchas habilidades como me lo está mostrando ahora. Siga ese camino que es el más adecuado. Y usted verá que de la flor nace la fruta.

Por ser del campo, Cecilia era hábil y astuta en el trato y pese a la confianza que empezaba a tenerle a don Anselmo, ella se preguntaba si su forma poética de hablar no disimulaba cierta forma de coqueteo. Y de inmediato le contestó:

—¿Usted no ha visto a la señora de Alarcón? Me da la impresión de que salió del castillo a caballo. Pero no estoy segura. A lo mejor me equivoco.

Don Anselmo se puso serio y no supo que contestar al instante.

—¿Y a qué viene eso? —le preguntó en tono un poco seco.

—Se lo digo por el menú de esta noche. Siempre deja orientaciones la Señora y esta vez nada. A no ser que a doña Helena se le haya olvidado dármelas.

—Es su oportunidad, Cecilia. Tómelo como un signo. Y haga según su fantasía. Así se aprende. Se lo repito usted tiene muchas habilidades y mucho ingenio.

—De todas formas, no hay de otra. Dios dirá.

—Estoy convencido de que nos va a preparar una cena de maravillas.

—¿Acaso es adivino? —le replicó ella.

—Usted misma me dijo que tenía ciertas facultades poéticas. Se lo agradezco pero no las cultivo. Es algo innato.

—¿Y por qué tiene ese libro al lado suyo? — lo cuestionó ella entre ofensiva y atrevida.

Anselmo le dijo con aplomo:

—Es un libro de derecho. Nada apasionante. La rutina. Tengo que estar al tanto de las últimas leyes que rigen este país, ¿Entiende usted?

—Claro que entiendo. Yo de leyes, no sé nada y no me fijo más que en el sentido común de las cosas. Muchas veces, la gente instruida se jacta y mira a la gente del campo con desprecio sobre todo si no sabe ni leer ni escribir. A mí no me importa un bledo. Los bosques, las claras, los prados, las lomas, las hierbas buenas y malas, el color del cielo o el sentido del viento, la tierra, las piedras dicen más que un libro.

—¿Pues usted es un poco agorera, no?

Pensando que don Anselmo se burlaba de ella utilizando palabras cultas que no entendía ella, le contestó:

—De los muros del castillo salen demonios y de las hojas del parque se levantan espantos.

A don Anselmo le entró un escalofrío tremendo que le paralizó momentáneamente la mandíbula. No lo quiso mostrar y se frotó la barbilla con la mano. Se sentía confuso y repentinamente magnetizado por esa simple criada que pensaba haber domado. Pensó en sus planes que estaban derribándose y volvió a recobrar el aliento.

—Usted Cecilia es un poco supersticiosa ¿verdad?

—Piense lo que quiera, don Anselmo.

—Pero no es una crítica, Cecilia. No lo tome como un agravio. A mí me encantan las supersticiones. ¿Un poeta no se nutre de ellas?

—Tiene razón. En cierta forma, nos parecemos bastante.

—Usted entiende muy bien las cosas —Marcó una pausa Anselmo y añadió:

—Y además, es muy inteligente. Si quiere, en sus horas libres, le puedo enseñar a leer y a escribir. Le aseguro que le espera un futuro prodigioso.

—El único futuro y mi única esperanza es Luisa, mi adorada hija.

—¿Usted tiene una hija? ¡Qué sorpresa! ¿Cuántos años tiene Luisa?

—Tengo una hija pero desgraciadamente no se puede quedar conmigo en el castillo. Una tía me la cuida. Tiene tres años.

—¡Qué bonita debe ser! Un querubincito, un angelito igualito a su madre. Ya me la imagino en brazos suyos cuando regresa usted a casa. ¡Cuánta emoción! ¡Cuánta exaltación! ¡Cuántos mimos, cariños y caricias de parte de su mamá debe recibir ella!

—¡Ah! solo hablar de ella me parte el alma, don Anselmo. Me hace tanta falta. Usted no puede imaginarse. ¡Qué alivio siento hablar con alguien de ella! ¡Usted es un autentico poeta! ¡Una bendición!

—Puede tener plena confianza en mí, Cecilia. Por cualquier cosa, puede usted contar conmigo. Y sobre todo, no lo tome a mal Cecilia, usted sabe que vivo bien y le puedo brindar mi desinteresada ayuda tanto a su hija como a usted si lo necesita, por supuesto. Los niños son tan frágiles e inocentes.

—Gracias don Anselmo. Pero me las apañó sola.

—No dudaba de su respuesta, Cecilia. Yo sé que es usted una mujer fuerte y decidida. Pero que lo tenga en mente.

—¡Ah Dios mío! Se me olvidaba que tengo que preparar la cena... dijo ella un tanto cansada.

—¿No quiere que le ayude?

—Usted es demasiado bueno don Anselmo y la gente puede murmurar, ¿me entiende?

—Por supuesto. A veces soy torpe. Discúlpeme. Estoy seguro de que usted triunfará tanto en la cena, en la cocina como en la vida. ¡No se preocupe!

—Nos vemos, don Anselmo y gracias por todo.

—Por nada, Cecilia —contestó Anselmo, encantado.

Se fue Cecilia apurada y don Anselmo saboreó intensamente unos sorbos de cerveza así como las exquisitas tapitas de Cecilia frente al parque del castillo. Luego abrió el libro de poesía donde se encontraba el marca—páginas.

## XXXI

Alfonsa estaba platicando con doña Catarina, explicándole los últimos pormenores acerca de la cocción del pastel que ya habían horneado. En eso, entró don Blas, fresco y risueño.

—¡Qué rico huele! —dijo don Blas. ¿Le apetece un aperitivo, señora de Alarcón?

—No sé, lo que usted proponga — contestó la señora de Alarcón.

—Yo, como de costumbre —le dijo Alfonsa — una copita de oporto.

—Igual para mí, si no es mucha molestia.

Don Blas se fue al aparador, sacó las copas, las botellas, las galletitas saladas y las dispuso en la mesa.

—Bueno, señoras, todo está listo. Solo falta su presencia.

La señora de Alarcón se acercó a la mesa y don Blas jaló la silla para que se sentara ella. Don Blas sintió de inmediato la fragancia de su cutis perfumado. Su largo cabello suelto y rizado le cubría los hombros y le daba un aire natural y fresco que no había notado cuando estuvo donde ella. Además, no llevaba maquillaje lo que resaltaba la dulzura de su piel, el suave contorno de sus labios y la intensidad de sus ojos verdes. Los tres empezaron a conversar como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Todavía hacía mucho calor pero la brisa nocturna principiaba a refrescar la noche. A todas luces, la señora de Alarcón estaba a sus anchas y le agradaba estar en casa de don Blas donde se sentía bien, en confianza, sin necesidad de prestar atención a lo que decía o hacía. Incluso se le había borrado de la memoria el porqué de su visita hasta que oyó el relincho de un caballo.

—Una se siente tan bien acá que se le olvidan las cosas —dijo la señora de Alarcón—. Ni le he hablado todavía, don Blas, del objeto de mi visita.

—Es cierto —contestó él—los labios llenos de espuma de cerveza, pero no hay prisa.

—Quisiera comprar un potro a uno de mis nietos.

—Muy buena idea, señora. Varios potros alazanes tengo. Si gusta, después del aperitivo vamos a la caballeriza para que se los enseñe. Usted verá. Si uno es de su agrado, se lo puedo llevar a su casa hoy mismo si quiere.

—Muchísimas gracias, don Blas. Se va a poner muy contento Enrique. Hace tanto tiempo que se lo prometí.

—Pues brindemos por el potro de Enrique —dijo Alfonsa. ¡Qué potra tiene ese muchachito!

La señora de Alarcón se partió de risa pero don Blas miró a Alfonsa con asombro como quien dice suave con el oporto Alfonsa, sabes muy bien que te da efectos euforizantes.

Al notar la señora de Alarcón la mirada de reproche de don Blas se autorizó ese parlamento:

—Don Blas, si me permite, no va a mandar al potro a Alfonsa por desear potra a mi nieto que pronto tendrá potro suyo.

—¿O potra si quiere usted? Tengo una divina —contestó don Blas.

—¡Qué potrosa soy! —dijo, reidora, la señora de Alarcón y añadió:

—Pues veremos a renglón seguido si es potro o potra.

—Dios dirá—contestó Alfonsa viendo de hito en hito a su amo.

El aperitivo se prolongó en un ambiente ameno y explayado. Don Blas habló de su finca, de sus proyectos, de la vida del campo y le regaló a la señora de Alarcón dos quesos caseros. Ella se miraba muy interesada por las múltiples actividades de don Blas y se sentía que le tenía aprecio sin aún conocerlo. Alfonsa estaba sorprendida por la forma de ser de doña Catarina que pese a su rango, se miraba una mujer abierta, curiosa, sencilla y con humor. En la cena, la señora de Alarcón habló de su vida en el castillo, de su familia, de sus pasiones e incluso de su difunto marido. Ella se quedó impresionada por los conocimientos que tenía don Blas sobre la región, La castellana e incluso sobre el propio castillo donde vivía ella. Don Blas le prometió reproducir un ejemplar de *Mi Gloria* cuya existencia desconocía ella para regalárselo.

Ese encuentro improvisado fue tanto para don Blas como para la señora de Alarcón el inicio de algo. Y ambos lo presintieron. Se sentían bien juntos, se apreciaban, la comunicación era fluida, sin prejuicios, sin prevención ni desconfianza. Tras la cena, los dos se fueron a ver los caballos y la señora de Alarcón optó de inmediato por una potra alazana que encontraba magnífica. Tanto era su maravilla que decidió llevársela ya.

Se despidió Catarina de Alfonsa como buena amiga, la receta del famoso pastel y los dos quesos en mano. Don Blas acercó la carroza a la que estaban amarrados el caballo de la señora de Alarcón y la potra y le abrió la puerta a ella. Pero ella se negó a subirse.

—No le molesta si me siento al lado suyo— le preguntó a Don Blas.

—Para nada — le contestó él, entre asombrado y divertido. Y a propósito, antes de que nos vayamos a su casa, no se olvide de que el domingo tenemos una cita.

—Como quiere que se me olvide—contestó ella, con tono burlón y complacida.

Y ambos compartieron asiento en el banco del cochero. Alfonso que estaba en el umbral de la cocina pensó entre sí, definitivamente, esta señora es una señora aparte. Y al verlos alejarse, no pudo evitar de pensar en doña Francisca a quien tanto había querido. Así es la ley de la vida —dijo en su fuero interno, Alfonso. A lo mejor Catarina será la mujer de su vida. Veremos si don Blas tiene potra. Al menos la tiene atada—. Y se puso a reír sola Alfonso de su propia ocurrencia y donaire que, en este caso, no fueron ningunos, dado que la Señora de Alarcón regresó a menudo a casa de don Blas a raíz del paseo a caballo del fin de semana.

UDI-DEGT-UNAH

## XXXII

Bajó la señora de Alarcón los peldaños de la escalera de dos en dos. Se miraba llena de vida, energía y fortaleza. Al dirigirse a la cocina, se topó con su hijo menor quien se sorprendió de verla a esa hora.

—¡Hola madre! ¿Adónde va?—le preguntó Tulio todavía en pijama.

—A desayunar.

—¿Vestida de amazona?

—Después del desayuno, hijo, iré a pasear. ¿Me lo permites? —Dijo en tono irónico.

—¿Tan temprano?

—A quien madruga, dios le ayuda —le contestó ella. ¿Una pregunta más, hijo?

Y sin esperar la respuesta de su hijo, se fue a la mesa en la que estaba la cafetera caliente y las tostadas.

—¡Hola señora! ¿Cómo amaneció? —le preguntó Helena.

—Muy bien. Muy bien —le respondió la señora de Alarcón que se sirvió una taza de café en la que echó dos cucharadas de azúcar que luego movió con rapidez.

—¿Usted no se sienta?—objetó Helena, sorprendida.

—No tengo tiempo. Me están esperando.

—¡Qué guapa anda, señora! —comentó Blanca.

—¡Buenos días! Blanca, que no la había visto. Y dirigiéndose a ambas, les dijo:

—Regresaré a mediodía.

—¿Ni se va a comer una tostada?—Se inquietó Helena.

—No me da tiempo. Estoy muy apurada.

Y se salió apresurada la señora de Alarcón, el sombrero en la mano y la fusta en la otra.

—¿Algo raro le está pasando a la señora?—dijo Blanca.

—Tienes toda la razón —replicó Helena. Desde hace varios días, la veo muy cambiada. Se alinea de forma distinta. Su atuendo es más aéreo y sutil.

—¿Y has notado, doña Helena, que casi no se maquilla?

—Por supuesto que lo he notado. Incluso me he percatado que ya no usa esmalte de uñas —dijo Helena.

—Y se ve como despreocupada, serena, feliz....

—Como inmersa en un bienestar etéreo como si...

—Como si estuviera e—na—mo—ra—da —dijeron las dos al unísono.

—Yo pienso —dijo Blanca—que ese don Blas tiene algo que ver en la transformación de la señora. Me contó Mateo y, por favor no lo repitas a nadie, que la vio con él hace unos días cuando la señora le compró una potra para Enrique.

—¿Y qué? Todo el mundo lo sabe.

—Claro pero lo que me relató Mateo fue que él los vio llegar de noche.

—¿y?

—Doña Helena, por favor, ate cabos. Ella se fue sola y sin avisar a nadie. Hubiera podido ir en calesa con don Ramón, el mayordomo. No, sola se fue y regresó en la carroza de él.

—¡No me digas! —Exclamó Helena.

—Y además estaba sentada la señora a la par suya en el banco del cochero. ¿Por qué no viajó adentro?

—No lo sé, fíjate. Todo el mundo se dio cuenta pues. Es que la gente va a murmurar —dijo en voz baja Blanca por si acaso llegara Tulio que estaba desayunando en la sala.

—Pero era de noche. Nadie se dio cuenta —arguyó Helena como para tranquilizarse.

—Siempre hay ojos para el cuchicheo, doña Helena. A veces me sorprende. Sabe cómo es La castellana. Duerme con un ojo abierto y te come con ojos cerrados.

—¿Quién sabe por qué lo habrá hecho! —Contestó Helena como afligida por la actitud de su ama.

—No quiero meterme —dijo Blanca. Pero el amor te hace cometer cosas alocadas.

—No vayas tan lejos, Blanca. A lo mejor son ocurrencias nuestras. La Señora se sentía mal, necesitaba aire fresco y así decidió viajar a su lado.

—Puede ser —replicó Blanca. Pero no puede negarme que cenó donde él, sola, en su propia casa y de noche.

—¿Quién lo dice?

—Me lo comentó Ana María que vive en un piso frente a la casa de don Blas. ¿Ya se le ha olvidado lo que me había dicho ella?

—¡Ay Dios mío! ¡No me asustes Blanca! ¡Qué a veces una ve al Maligno donde no lo hay!

—Si el Maligno tiene cara de don Blas, no lo veo tan feo. Es bastante guapo el hombre.

—Cállate, hija mía, que te vuelves insolente y desvergonzada. Estás hablando de tu propia ama,

—Pero si ella lo ama y si él la ama.  
—La señora de Alarcón es la que te da trabajo, techo y comida. Le debes respeto. No lo olvides.  
—No es para tanto, doña Helena. No se ponga tan nerviosa. Son cosas de la vida. ¿Qué hacemos nosotras? Solo comentar lo que vemos. No es nada malo, ¿qué sepa yo?  
—Bueno, de cierta forma, tienes razón Blanca. A veces me paso. La verdad es que no pasa nada. La señora se fue sola hace un rato a dar un paseo a caballo. Nada más. A ella le gusta montar a caballo ¿y qué?  
—Ya ve —le contestó Blanca. A veces una se ahoga en un vaso de agua.  
—Sin razón. A lo mejor esos cambios que notamos en la señora tienen que ver con la edad. ¿No te parece? En ese momento entró Mateo con precipitación en la cocina y dijo:  
—¿Se dieron cuenta?  
—¿De qué? Preguntó Blanca.  
—No me lo puedo creer —contestó Mateo—Don Blas estaba esperando a la señora de Alarcón en el portón del castillo y se fueron los dos a caballo.  
—¡Dios mío! — exclamó con pánico Helena. Esta vez la cosa va en serio. Nunca había visto a la señora de Alarcón salir sola con un hombre después de muerto su esposo, que en paz descanse. Esta vez, la cosa va en serio —repitió ella, preocupada en demasía.  
—Lo que pasa — le dijo Blanca—es que se ha acostumbrado usted a verla como una mujer de duelo, una viuda que terminaría su vida sola en ese inmenso caserón. ¿Así no es?  
—Blanca tiene toda la razón —contestó Mateo.  
—¿Y a ti quien te facultó para comentar la vida privada de la señora? Le debes respeto —le contestó en tono seco Blanca.  
—Pero no te entiendo, Blanca querida, solo decía que...  
—¡Qué maneras son esas! ¡Yo no soy tu querida!  
—¡Ah! ¡No van a empezar los dos! Suficiente preocupación tengo yo con la señora de Alarcón.  
—Dispense, doña Helena —dijo Mateo. Tiene usted toda la razón.  
—¡Vaya falso! —soltó Blanca irritada.  
—Pero tienes el demonio en el cuerpo, Blanca. ¿Qué te he hecho yo para que te pongas hecha un demonio?  
—¡Basta ya! Estoy cansada ya de tantas niñerías y estupideces —exclamó encolerizada Helena. ¡Manos a la obra! ¡Quién trabaja, las penas olvida!

## XXXIII

Al enterarse por Cecilia de que la señora de Alarcón estuvo cenando sola en casa de don Blas, que le compró ella una potra y que ambos fueron a pasear a caballo el domingo temprano y que volvieron a verse a menudo después de ese día, Anselmo no pudo encontrar el sueño. Los celos lo quemaban. Pasó una noche en blanco, dando vueltas y vueltas en el aposento, haciéndose un montón de preguntas sin encontrar respuesta alguna. Los tormentos lo avasallaban, ese Blas estaba convirtiendo su vida en un infierno, un suplicio, una pesadilla. Tenía que eliminarlo, barrerlo de su existencia definitivamente. Sus aspiraciones estaban esfumándose por ese maldito, vulgar y mediocre campeche sin categoría. Pero ese cualquiera, ese rústico ramplón y chanflón no le cerraría el paso a él, no le desbarataría sus planes y no le arrebatría sus prendas. Estaba decidido a luchar por ella hasta la muerte. Pero ¿Cómo había podido ella caer tan bajo! Catarina, una mujer tan refinada, deliciosa, exquisita y encantadora. Esa pregunta lo quemaba vivo. Ardían sus sentimientos, se tensaban al extremo sus músculos y se le paralizaban los miembros. Estaba consumiéndose en cuerpo y alma por esa señora que a lo mejor ni valía la pena. Dudada de ella como nunca había dudado. Pensó morir. Pero no. Vencería a ese mequetrefe, a ese intrascendente fante de mala muerte. Se lo prometió a sí mismo y lo juró por ella, su única razón de ser. A lo mejor solo eran amigos y tan solo amigos y el cuchicheo de La castellana era como un cuchillo afilado que destrozaba a cualquiera en carne viva. No tenía que darle más importancia a ese asunto. Podía cundir el rumor como el veneno de una serpiente o de un alacrán pero él no se dejaría ni envenenar ni engañar. Sabía que había que esperar, que se desinflara el globo por sí solo. Así era La castellana: cruel, sin piedad y tragona. La única respuesta la tenía ante sus ojos, en el escritorio: el frasco azulado. Sin embargo todavía le tenía cierto temor debido a las palabras de la bruja que resonaban en su mente como tantos martillazos. Todavía no se había decidido a actuar. Le faltaba acercarse más a Cecilia y convencerla.

Pero el tiempo corrió en su contra y pudo más el cuchicheo. Esta vez, recibió Anselmo un cuchillazo letal que lo laceró y lo descuartizó al enterarse del beso fatal. Durante varios días, se encamó Anselmo, enfermo, ardiente, febril, incon—solable y moribundo, buscando a toda costa borrar de su memoria el relato que le hizo Cecilia de la despedida del domingo. Según ella y no solamente según ella, como pudo comprobar con facilidad con la servidumbre, al bajarse del caballo Catarina, Blas le ayudó y cayeron en brazos y ocurrió lo que debía ocurrir: se besaron larga y apasionadamente en el umbral del portón del castillo.

Catarina lo había abandonado. Catarina lo había engañado. Catarina lo había traicionado. Estaba como inconsciente, desmemoriado, desmayado, sumido en un letargo agónico, tendido en su cama sin poder levantarse. Apenas si podía mover los párpados. Cuando se le hacían preguntas del otro lado de la puerta, no contestaba. Gemía y mascullaba sin que nadie entendiera el sentido de sus balbuceos. Divagaba y deliraba como un poseso. La señora de Alarcón, alarmada, hizo venir al castillo un médico que diagnosticó una convulsión cerebral pasajera ocasionada por un choque violento. Reposo, calma y sosiego era lo único que se podía hacer. Cecilia le llevaba sopa de verdura, alguna que otra fruta para que recobrará ánimo. Sin quererlo y bien a pesar suyo, Anselmo se había convertido en el tema principal de la familia. Todos incluso la servidumbre estaban afligidos y preocupados por el estado de salud del enfermo. La Señora de Alarcón más que cualquiera. Pero lo que más le preocupaba a ella era que no conocía a nadie de la familia de Anselmo para darle la noticia. Empezó gestiones con el colegio de abogados pero tampoco sabían ellos de su vida. Solo que era soltero y no le conocían familiar alguno. Siempre había vivido así, solo como un solterón empedernido, le contestaron unos de sus más cercanos colegas.

Así que Anselmo se convirtió en la máxima preocupación del castillo durante una semana. No era tanto el estado de salud de Anselmo como el motivo de éste lo que preocupaba a todo el mundo. Nunca había fallado el médico en sus juicios. Se recuperaría con el tiempo sin ninguna secuela dado que no había perdido el conoci—miento, ni el pulso. Era cuestión de tiempo. Pero el motivo nadie lo conocía. ¿Qué podía ser ese choque violento? Nadie se atrevió a revisar sus cosas, papeles, indumentaria o a leer su corres—pondencia. Esperaban que él mismo lo dijera una vez sano de cuerpo y alma.

En cada pieza del castillo estaba presente Anselmo y sobre todo durante los almuerzos y cenas. Fernán, Alejandro y Tulio pensaban más bien en los achaques de la vejez, una senilidad temprana que cualquiera puede atrapar, como la gripe o el sarampión. Sus esposas, a todas luces más sentimentales, se inclinaban más por el gran peso de la soledad que puede volverle loco a uno. El médico había hablado de choque violento pero tal vez se trataba sencillamente, según Clara, de golpecitos regulares y violentos, como el paso de los años cuando uno ve que está más cerca de la vejez y que se van alejando los años de mocedades que además tienden a falsificar los recuerdos. Por su parte, la señora de Alarcón era casi la única en tener fe en la pronta recuperación de Anselmo aunque poco hablaba del caso, como si en su fuero interno

experimentara cierta molestia o desagrado tanto ante la desproporción de ese asunto del que se hablaba a cada rato como ante el verdadero estado de salud de Anselmo.

Incluso había ido Tulio a hablar con unos colegas de la facultad de medicina que barajaron muchas hipótesis sin descartar ninguna, habida cuenta de que no habían visto al enfermo y que no conocían sus antecedentes médicos. Solo podían comentar los síntomas y el diagnóstico de un colega que de ningún modo podían criticar abiertamente. Así que nació una especie de consenso en torno a lo que pasó a llamarse la senectud de Anselmo.

UDI-DEGT-UNAH



## XXXIV

La servidumbre sin nunca inmiscuirse en los asuntos de la casa también tenía sus propias opiniones, que no necesariamente concordaban con las de la familia. A raíz de la enfermedad de don Anselmo que puso patas para arriba el castillo y del misterio que rodeaba su estado y más precisamente los motivos de su curioso padecimiento, los criados se acostumbraron a charlar en la cocina, una vez en sus respectivos aposentos los miembros de la familia. En resumidas cuentas, si bien no rechazaban tajantemente esa “senectud de Anselmo”, en lengua llana, las traducciones diferían.

—El médico puede equivocarse, no es ningún Dios —decía Mateo. Si el diagnóstico no yerra en su fundamento, bien puede errar en su duración. Dicho de otro modo, no se puede descartar que el señor Anselmo despierte dentro de unas semanas, meses o años.

—Dios mío —solían decir doña Helena y Mauricia. ¡Pobrecito! ¡Qué vida más triste! Encerrado, solo, sin familia, sin poder levantarse ni hablar durante quién sabe cuánto tiempo. ¡Vaya desgracia! —Decía Mauricia. No puede ser. No tienes el derecho, Mateo, de hablar así. Eso nos va a traer mala suerte —contestábale doña Helena persignándose.

—Y quién sabe si por obra del Diablo, su enfermedad nos puede contagiar a nosotros —repetía Mateo.

—Vos sos un estúpido, Mateo —exclamaba Blanca. Nos quieres amedrentar. Se ve hombre bueno, quieto y sano.

—Sano, te pasas, querida. ¡Mira en qué estado está! Agonizando —Replicó Mateo. —Está más cerca de la sepultura que de la cuna. A lo mejor lo van a enterrar acá, en el parque del castillo.

—¡Ay! ¡Dios mío!, ¡Cállame esa boca que echa sapos y culebras! —replicó doña Helena aterrorizada. Y dejó de pelar papas.

—No veo por qué se amedrentan. ¿Lo conocen a ese señor? Se apareció un buen día y no sabemos nada de él aparte de sus buenos modales. A lo mejor está huyendo de algo, de alguien y encontró refugio en el castillo pensando alejarse del peligro. Pero a lo mejor el peligro va a llegar hacia nosotros. Tal vez es el primer signo. Sus enemigos lo han encontrado y lo sabe él. Y por eso está en ese estado de conmoción.

—Yo concuerdo plenamente con Mateo —decía Lázaro. No las quiero preocupar en exceso pero no sabemos nada de él. Nada de su pasado. Absolutamente nada. A lo mejor es algún asesino, ladrón, cortabolsas de alta alcurnia y como dice Mateo, su cuerpo ya no resiste al peso de tantos pecados. Tal vez le llegó el día del juicio final. Y volvió a pelar zanahorias.

Ni Mauricia, ni Blanca ni doña Helena se atrevían a decir ni pío. Doña Helena tomó un trago de agua en silencio. Estaban confundidas y aterradas por las consideraciones de Mateo y también de Lázaro quien, sin lugar a dudas, había aprendido de su maestro. El mayordomo don Ramón escuchaba sin escuchar, de pie, entre la cocina y la entrada del salón como quien dice mejor mantener la distancia entre la familia y la servidumbre.

Y de repente, dijo Blanca:

—De todas formas, sea quien sea don Anselmo, el motivo de su enfermedad, no lo sabemos. Se puso grave de la noche a la mañana. Lo que decimos nosotros no son más que suputaciones. Y a lo mejor ni sabe él mismo de qué enfermedad padece. Y a lo mejor, está fingiendo. Está fingiendo. A lo mejor nos está engañando a todos y a la señora de Alarcón también.

Esta vez, don Ramón prestó atención a la conversación, aparentando no oírla.

—Ya ves, paloma mía que nos parecemos — replicó burlón Mateo, dirigiéndose a Blanca.

—¡Qué locura es ésta! — dijo doña Helena, besando el crucifijo que tenía en la cadena alrededor del cuello. ¿Estás mal de la cabeza, Blanca?

—Puede ser que esté mal de la cabeza pero yo no creo estar tan lejos de la verdad. No se hagan los falsos e hipócritas. Sabemos que don Anselmo es amigo de la señora de Alarcón pero nada más y se siente que ella no lo aprecia tanto. Siempre impone ella una distancia con él.

—En eso sí tiene razón Blanca—dijo Mauricia y además con lo que está pasando...

—¡Ciérrame ese pico! —objetó doña Helena, nerviosa y temblorosa.

—¿Y por qué lo va a cerrar ella? Si todos sabemos que si es el caso, el señor Anselmo tiene un contrincante de alto vuelo en la persona de don Blas.

El nombre de don Blas resonó entre los muros del Castillo como un espanto de sábana blanca que creyó ver pasar Mauricia a tal punto que se puso pálida y tomó a su vez, y de un solo trago, un vaso de agua.

—¿Te pasa algo? —preguntó doña Helena inquieta.

—No, absolutamente nada. Pero a veces me da la impresión de que este castillo está habitado —contestó Mauricia.

—Claro, aquí estamos nosotros, los moradores del castillo, pelando verdura como cada día —contestó doña Helena como para tranquilizarla a ella y a sí misma.

—A eso no se refiere Mauricia —dijo Lázaro, seguro de sí mismo—A veces, caen las máscaras y el espanto es aún mayor.

—Ustedes están locos de remate—dijo doña Helena, quien esta vez se puso a rezar el rosario, de rodillas, en el centro de la cocina, implorando la protección del Todopoderoso. Nadie se conmovió y esperaron a que terminara doña Helena.

En eso llegó Cecilia en camisión blanco y gorro blanco con la sopera y las frutas intocadas del enfermo y una garrafa de agua medio vacía en una bandeja iluminada por un candil y exclamó:

—¿Me he perdido algo?

—El que ha perdido algo es el enfermo —contestó Mateo viendo la bandeja intacta.

Y encareció Lázaro:

—No solo ha perdido el apetito sino la memoria y la palabra. ¡Quién sabe si algún día...!

Al levantar la cabeza, Mauricia vio nuevamente el espanto de sábana blanca que esta vez se le estaba acercando y pegó un grito de los mil demonios. Nadie se inmutó ni doña Helena que seguía rezando. Esperaron a que pasara el camisión blanco en dirección al lavamanos.

UDI-DEGT-UNAH

## XXXV

Después de una semana sin cambio alguno, la señora de Alarcón acompañada de Tulio decidió revisar el cuarto de Anselmo en busca de algo que les ayudara a encontrar algún indicio capaz de explicar lo inexplicable. Una dirección, una carta, una receta médica, unos apuntes suyos... Entraron en su aposento sigilosamente. Cecilia solo quitó la bandeja intacta, miró a Anselmo dormido y se quedó un largo rato en el umbral de la puerta. La señora de Alarcón empezó a escudriñar entre los expedientes jurídicos, los papeles, las hojas sueltas en el escritorio mientras revisaba Tulio los estantes de la pequeña biblio—teca. Nada, nada, ni el mínimo inicio de algo que pudiera explicar la repentina conmoción de Anselmo. Se miraron el uno al otro, irresolutos y dubitativos y Tulio le hizo una señal a su madre indicándole que solo faltaba examinar la ropa en el respaldar del asiento y en el armario cerrado. Siguió la señora de Alarcón hojeando algunos libros mientras su hijo sacaba de los bolsillos de Anselmo papelitos y objetos personales insigni—ficantes. Le habló en voz baja a su madre para avisarle que acababa de encontrar la llave del armario. Ella puso el índice en la boca como para decirle a su hijo que no hiciera ruido y que no molestara a Anselmo.

Ambos se dirigieron de puntillas al armario. Introdujo Tulio la llave en el cerrojo y empezó a crujir la puerta de roble. De inmediato, empezó a pegar gritos Anselmo como si estuviera delirando, moviéndose sin cesar en la cama. La señora de Alarcón y Tulio se abalanzaron sobre ella para evitar que se cayera al suelo Anselmo. Lo sujetó Tulio mientras que su madre le pasaba un paño húmedo por la cara. Al abrir los ojos, Anselmo se incorporó, agarró con fuerza las manos de Catarina y le murmuró al oído: “no me abandones” y volvió a caer su cabeza en la almohada como si fuera su último suspiro.

A Tulio le dio un miedo tremendo y estaba por salir del cuarto para que avisaran al médico. Pero su madre lo detuvo y le dijo en tono seco y determinado:

—¡No, no te muevas de aquí! Anselmo acaba de hablar, está mejorando y no hay que fiarse de las apariencias.

Tulio pujaba, no sabía qué hacer. Escuchar y seguir su propia voluntad o quedarse obedeciendo a su madre.

—Lo que debemos hacer, Tulio, es sentarlo en la cama y sacudirlo —dijo ella con firmeza.

—¡Estás loca madre! —replicó Tulio asustado. ¡Lo vamos a matar!

—¡Ayúdame a levantarlo y haz lo que te digo en vez de quedarte como un tontito! Yo sé muy bien lo que hago.

Y el hijo se ejecutó sin rechistar. Apenas sentado en la cama Anselmo, ella le dio un par de bofetadas bien sonadas y despertó Anselmo sobresaltado.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo en la cama? —dijo Anselmo, intranquilo y alterado.

—Estás descansando, Anselmo. Nos diste mucho miedo —le dijo la señora de Alarcón en tono suave y tranquilizador.

—Y al oír la voz de Catarina, Anselmo empezó a calmarse y a sonreír.

—¡Qué felicidad verte Catarina! —le dijo los ojos llorosos.

—¡Qué alegría verle a usted despierto y hablando! —contestó Tulio. Toda la familia esta preocupadísima desde hace más de una semana. Pero veo que ya está mejor. Solo le faltan unos días de reposo.

—Lo que deberías hacer, Anselmo, es tomarte un buen baño. Eso te va a limpiar en cuerpo y alma.

—Gracias, gracias, amigos. Lo bueno que es contar con verdaderos amigos. Ya me siento mejor. Te voy a escuchar Catarina. Un buen baño y un buen almuerzo. Ya me están entrando las ganas.

—Me alegro, Anselmo —le dijo Catarina, acariciándole la frente. Te vamos a dejar y a comunicar la muy buena noticia a todos. Todo el mundo se va a poner contentísimo. Y le voy a encargar a Helena que te haga un buen pollo con patatas.

—¡Qué delicia! Se me está haciendo la boca agua, Catarina.

Salieron del aposento Tulio y su madre, aliviados y serenados, prometiéndole a Anselmo volver a visitarlo por la tarde.

Al oír los pasos de ellos en la escalera, Anselmo se precipitó hacia el armario para cerrar con llave la puerta. Y la guardó debajo del colchón. No le habían dado tiempo de ver el frasco azulado.

## XXXVI

Tras el lance de Anselmo y su pronta recuperación, volvió éste a tramar. Pero esta vez, le urgía actuar ante lo que consideraba él un extravío de Catarina y un agravio de Don Blas. Sacó ventaja Anselmo del accidente y guardó cama unos días más. A diario, lo venían a visitar todos los miembros de la familia, mimándolo como si fuera uno de los suyos, obsequiándole unos que otros regalitos: un plumín, una crema de afeitar, unas zapatillas bonitas etc. etc. Incluso los niños le hicieron algunos dibujos que colgó en la pared. El último día de lo que podría considerarse su convalecencia, aprovechó la visita de Cecilia para hablar largamente con ella y ganar su confianza.

—Veo que ya pronto estará con la familia en la mesa. Ha recuperado salud y hambre. No sabe cómo me alegro verlo así — le dijo Cecilia quitando la bandeja de la mesita de noche.

—Cecilia, necesito decirle algo muy importante. Pero antes, usted tiene que prometerme guardar el secreto y no hablar con nadie de lo que le voy a confesar.

Tras unos instantes de vacilación, ella aceptó escuchar sus confidencias y le prometió guardar silencio.

—Lo que le voy a decir, Cecilia, es muy grave. Necesito su máxima discreción. ¡Siéntese a orilla de la cama!

Y Anselmo le agarró la mano como muestra de confianza. Pero ella se la rechazó como si quisiera preservar la distancia.

—Voy a ir al grano, Cecilia. Usted sabe que la señora de Alarcón tiene un lío amoroso con don Blas desde hace poco. Y quien sabe si esa aventura va a ir más lejos. Si es el caso, puede ser que vaya hasta el matrimonio. Nosotros tenemos que impedirlo.

—¿Nosotros! —exclamó asustada, Cecilia.

—Sí, nosotros —replicó con firmeza y determinación Anselmo. Se lo voy a explicar. Paciencia. ¡No se asuste! Yo sé que don Blas es un impostor. Siendo buen mozo, quiere aprovecharse de Catarina y robarle sus bienes.

—¡Qué horror! —replicó Cecilia. ¿Cómo puede atreverse a decir cosas tan innobles y sucias?

—Si se las digo es que lo sé. Yo conozco a ese Blas. Es un ladrón, un truhán. Estuvo en el calabozo en repetidas ocasiones.

—¿En el calabozo! —exclamó amedrentada Cecilia.

—¡Chito, Cecilia! que nos van a oír.

—En el calabozo, se lo aseguro. Blas tiene antecedentes penales como se lo estoy diciendo. Su modus vivendi favorito consiste en introducirse en familias adineradas, ganar su confianza y cometer robos. Una variante suya estriba en seducir a viudas pudientes y despojarlas sin piedad.

—¡Qué salvajada! —Dijo Cecilia los ojos desorbitados. ¡Don Blas un ladrón, un truhán! ¡No me lo puedo imaginar!

—Así es, Cecilia. No le estoy mintiendo para nada. Tiene que creerme.

—¿Y por qué nunca se lo dijo a la señora de Alarcón?

—Sencillamente porque soy un hombre discreto, cauto, comedido, considerado y también juicioso y sensato. ¡Cómo me voy a permitir yo decírselo a doña Catarina que su amigo, de hoy en adelante su pretendiente, es un ladrón que además estuvo en la cárcel! Yo intenté guiarla por esa vía pero no me prestó atención. Y al contarme usted el amorío naciente con él...

—Ya. Ya. Entiendo. No me cuente más. Por eso tuvo una conmoción usted. ¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

Y le agarró la mano Cecilia acariciándola y le dijo con cariño:

—¡Usted es un santo! ¡Un auténtico santo! Como pudo usted aguantar tanto descaro guardando silencio. En lugar suyo, le hubiera contado todo a la señora de Alarcón. Y es lo que voy a hacer de inmediato.

Cecilia estaba por levantarse.

—No. No. Cecilia. ¡Aguarde! No caiga en esa trampa. Al hacerlo, usted se va a echar de enemiga a la señora de Alarcón y la puede mandar a casa. Se imagina usted, desempleada, con una hija... por solo contar la verdad.

—Es verdad—contestó Cecilia, asustada. Usted tiene toda la razón.

—Yo le voy a proponer algo más factible, discreto y eficiente y sobre todo algo que le pueda ayudar holgadamente en el futuro. ¡Silencio, Cecilia! Me parece que oigo algún ruido.

—No oigo nada.

—¡Chito! ¡Chito! Cecilia.

Los dos se quedaron en suspenso, inmóviles en la cama, esperando que cesara el ruido.

## XXXVII

Cecilia estaba boquiabierta, preocupada y atormentada por ese torbellino de revelaciones que trastornaba su vida sencilla de criada. Ya no se trataba de murmuraciones sino de hechos que podían suceder de verdad en esta propia casa, ante sus propios ojos y los de la familia. La señora de Alarcón se había enamorado de un ladrón que de un momento a otro bien podía robarle su fortuna o algo peor podía pasar. Ni pensarlo. Y le entró un miedo pánico que le hizo acercarse más a don Anselmo.

—Ya ves, hija mía, que no son mentiras. Ahora me entiendes. Esa relación entre Catarina y ese Blas me puso fatal, me conmocionó en lo más profundo, en lo más íntimo de mi ser. Casi estuvo a punto de morirme por ella y por culpa de ese criminal. Antes de que presenciemos los dos lo peor, debemos actuar. ¿Me entiendes?

—Le entiendo. Estoy con usted a ojos cerrados.

—Me puedes tutear, Cecilia, si quieres. Eres toda una dama. Tienes corazón, sentimientos, valentía y coraje.

—Tampoco es de exagerar —le contestó halagada ella. Yo no hago más que ayudarle a usted a desviar los planes de un estafador que quiere robarle a mi señora.

—A desviar no, Cecilia. A parar los planes e intenciones de ese asesino que pronto estará en el calabozo, el lugar de donde nunca hubiera tenido que salir. Pues, es el momento de actuar, Cecilia.

Y se levantó de la cama Anselmo dirigiéndose al armario. Lo abrió y sacó de él el frasco azul.

—¿Qué es eso? —Preguntó extrañada Cecilia. ¿Un perfume?

—Algo parecido, Cecilia. Te explico en seguida lo que contiene este frasco.

—Es un “filtro protector.”

—¡Un filtro protector! —exclamó ella, intrigada.

—Sí, un filtro protector cuyos efectos te voy a explicar en seguida.

—¡Usted me asusta, don Anselmo!

—Tranquilízate, Cecilia. Quien lo absorba, no corre ningún peligro. Es un filtro protector contra los excesos amorosos.

—¡Como en las novelas de caballería!

—Igual que en esas novelas, exactamente. Pero este brebaje es de verdad y no de mentira.

—¿Y cómo me lo puede asegurar usted?

—Solo creermme.

—Bueno, yo voy a probar unas gotas a renglón seguido a ver si es cierto. ¡Deme el frasco!

—¡Qué diablo eres tú! ¡No cometas semejante imprudencia! ¿Acaso estás enamorada?

—Puede ser, don Anselmo. Puede ser.

E insistió Cecilia.

—¡Deme una gota de esa redoma! Tan solo una gota. Quiero ver si es verdad lo que dice.

—Éstas perdiendo los sesos, Cecilia. De todas formas, no lo puedes absorber por la sencilla razón de que cada filtro se elabora minuciosamente según la persona que lo beba.

—¿Usted lo hizo?

—En parte, por ser franco contigo —le contestó Anselmo. Que a mí no me gusta engañar a la gente, sobre todo cuando se trata de personas tan decorosas como tú.

—Me da igual, don Anselmo, quiero probar ese brebaje.

—No es ningún juego, Cecilia. ¡Pareces niña! ¡No insistas y ten confianza en mí! Esa poción hará de ti una persona rica pero no de ese modo. Son cosas serias y comprobadas por...

—No me diga más. Yo adivino donde puede haber conseguido usted este frasco.

—Silencio. Silencio, hija mía. De eso no hay que hablar nunca. Son cosas que deben guardarse secretas y jamás mencionarlas sino puede ser que no opere el filtro. Este filtro es de alta alquimia y he pagado una fortuna para conseguirlo y mejorarlo.

—¿Mucho dinero?

—Mucho dinero, Cecilia. ¡Acércate! ¿Ves esa bolsa?

—¡Claro que la veo!

—Es tuya. ¡Agárrala!

—¡Cómo que la voy a agarrar, si no es mía!

—¿Estás conmigo o no?

—Por supuesto.

—Entonces, cógela. Te ayudará con la educación de tu hija y nunca más tendrás apuros en la vida. Además, no me parece manirrota. Te daré la otra mitad más tarde.

- Es mucho dinero. Muchísimo, señor Anselmo.
- Todo tuyo. Solo de oro.
- ¿Sabes lo que te espera?
- Por supuesto, no soy ninguna necia. Ahora somos buena yunta. Lo único que no sé, es la cantidad de líquido que tengo que verter en la comida de la señora de Alarcón.
- Dos gotas cada día, nada más.
- ¿Y me asegura que no hay ningún peligro para la señora de Alarcón?
- Ninguno, te lo prometo.
- Si le pasara algo a la señora de Alarcón por culpa suya o de ese maldito frasco, le pasaría la cuenta yo misma.
- Si no me tienes confianza, todavía es tiempo de renunciar. O si te antoja, llama a la policía y denuncia a Blas. El único problema es que todavía no ha actuado ese maldito.
- ¿Cuándo empiezo?
- Espera una semana después de volver yo a cenar en familia.
- Tomó Cecilia el frasco azul y la bolsa llena de monedas de oro que le tendió Anselmo.
- Gracias —dijo ella. Cumpliré con lo acordado.
- Gracias por tu máxima discreción y colaboración —dijo Anselmo en voz baja viendo de reojo por si pasara alguien por el corredor. Y añadió:
- Sabía que podía contar contigo que eres toda una señora con muchos encantos, juicio y discernimiento. Y cerró Anselmo la puerta de su aposento con mucha discreción.

UDI-DEGT-UNAH

## XXXVIII

Tras pensarlo bien, la Señora de Alarcón decidió aprovechar el almuerzo del domingo para hacer pública su relación con Blas. Sabía que nadie faltaría. Era el mejor momento y por qué esperar más. Ella no quería vivir una vida oculta de amante. Quería vivir una vida sentimental a plena luz. —Al hierro candente batir de repente— dijo ella entre sí. Y preparó el menú apropiado para dicho anuncio que sabía ella podía causar algunos recelos. Solo faltaba encontrar el momento adecuado durante el almuerzo sin escribir ningún borrador. Y así fue.

Ese domingo radiante toda la familia estaba reunida en la sombreada terraza y celebraba el regreso de don Anselmo, quien, por primera vez desde su supuesta senectud, bajó a almorzar con todos. Anselmo se sentía el convidado de oro al recibir las atenciones, los miramientos y los favores de cada quien. Gozaba él de esa dulce alegría que le infundía una satisfacción infinita. Ya le había perdonado a Catarina sus trastornos pasionales y sentía que pronto sería, de verdad, uno más de esa familia. Después de dos semanas encamado, respiraba ese voluptuoso perfume de buganvillas que inundaba el cenador de la terraza, saboreaba con minucia y delectación los trozos de bogavante cubiertos de salsa de mango picante guarnecido de arroz con sabor a jazmín. Brillaban sus ojos y se abrían sus papilas de par en par. Cada bocado era como volver a vivir. Y su mirada se perdía de vez en cuando por el extenso parque entre los gritos de los niños y las voces familiares. Se abismaba en esa dulce embriaguez próxima al éxtasis. Su triunfo estaba por llegar, solo faltaba esperar los efectos de su arma secreta.

Pero de repente, se oyó el tintineo de la punta de un cuchillo en una copa vacía que sintió en carne propia como el hierro candente de la traición. Acababa doña Catarina de anunciar a todos, en un discurso breve e improvisado, su relación con don Blas y el pronto noviazgo de ellos. Anselmo se recuperó de inmediato del choque sin el menor padecimiento y digirió enseguida ese trago amargo pensando en él que se tragaría pronto la Señora de Alarcón. Se lo pagaría Catarina y volvería a ser suya como Dios manda.

Costó que el silencio que sucedió al anuncio de Catarina se disipara. Cada quien estaba como aniquilado por la sorpresa. Unos se tomaban una copa de vino en silencio, otros fijaban su atención en el mantel o bien en el florero o bien en los pajarillos del cenador sin atreverse a mirar a Catarina. Fue Tulio quien tomó la decisión de romper el silencio y la parálisis familiar que se habían apoderado de cada quien. Se levantó de la mesa y a pasos firmes y entusiastas, se fue a abrazar a su madre, dándole besos de alegría y felicitación. Le siguió Lara y cada quien lo hizo a su manera o se sintió obligado de hacerlo incluso Anselmo quien fue el último de la procesión. Catarina lo había previsto y no se conmovió por la falta de entusiasmo de la mayor parte de la familia. Sabía que había que darle el tiempo necesario a cada quien para que cada uno se repusiera de la sorpresa y de la emoción. Solo Tulio y su esposa parecieron los más felices y contentos por ella.

—¿Y cuándo nos presenta al prometido, madre? —preguntó Tulio animado.

—El próximo domingo vendrá a cenar don Blas con nosotros. Estoy convencida de que les darán la bienvenida que se merece. El mismo hará público nuestro compromiso.

Por último llegaron los nietos a darles besos de contento a la abuela y luego vino el alud de preguntas que resbalaron en la mente de Catarina con un frescor salvador. ¿Verdad que te vas a casar abuela? ¿Verdad que vamos a tener un abuelo? ¿Cómo se llama el abuelo? ¿Es guapo el abuelo? ¿A él le gustan los niños? ¿Podré ser yo tu dama de honor? ¿Y yo también? ¿Cuándo se casan? Ese día voy a vestirme de princesa, quiero tener una corona. ¿Qué te parece abuela? Y yo me vestiré de hada. ¿Estás de acuerdo, abuela? ¿Le gusta jugar al abuelo? ¿Cuántos años tiene el abuelo? ¿Es rico el abuelo? ¿Dónde se conocieron? ¿Qué te gusta de él? ¿Te dio un beso, dos? ¿Besitos en la boca? ¿Lo amas de verdad? ¿Qué es amar?

## XXXIX

Tras el anuncio del pronto compromiso de la Señora de Alarcón, se alborotó el castillo como nunca. Pero manteniéndose intactas las apariencias. Nadie quería opinar abiertamente pero cada quien tenía su criterio bien definido. Las luces de los aposentos se apagaban muy noche así como las de la cocina. Y se miraba en el semblante de cada quien marcas cada vez más profundas de desvelo e insomnio. Habían desaparecido los almuerzos en familia. Alejandro no volvía a casa a mediodía por la pronta construcción de la fábrica y a su esposa, Silvia, le entró un frenesí de compras al igual que a María Dolores, la esposa de Fernán. Lara era la única en quedarse con Catarina pero nunca se abordaba directamente el asunto del compromiso. Ellas dos fueron las que se encargaron de todos los preparativos. Es poco decir que estaban ocupadas pero no en exceso porque la señora de Alarcón no quería que el compromiso fuese algo rimbombante. Nada de fasto. Nada de lujo. Nada de protocolo. No sería ninguna ceremonia o recepción. Tan solo algo sencillo sin más invitados que la familia. Ella había pasado la edad de esos desatinos como se lo explicaba a Lara. Se sentía madura, realizada, consciente de lo que hacía y feliz de compartir la vida de alguien a quien quería por encima de todo.

El único momento común y del que difícilmente podía uno prescindir, era pues la cena. Solo faltaba Tulio por quedarse en Santa Cruz los días de semana. Huelga decir que se acortaron las cenas y que el ambiente en la mesa se parecía más a él de una sala de espera de un médico. Solo Lara y Catarina llevaban la conversación como que nada y los demás se sentían con la obligación de hacer un esfuerzo pero mínimo. También habían terminado las partidas de tresillo. Catarina se reía en sus adentros y paulatina—mente, no solo en sus adentros. Se miraba más divertida, apasionada, a veces exaltada y ensartaba propósitos hilarantes con una facilidad desconocida que solo le daba gracia a Lara. A veces las nueras sonreían más por cortesía que por ingenio. Sus hijos Fernán y Alejandro lo tomaban como una provocación pero quedaban callados por miedo a que se enojara la Señora de Alarcón y les dijera sus cuatro verdades. Solo Anselmo sonreía de forma mecánica a los donaires de Catarina. Prefería disimular y seguir la conversación de Alejandro y Fernán sobre la fábrica y las futuras ganancias. Bien sabía Anselmo que ya habían empezado los efectos del frasco azul. Estaba seguro de sí mismo y de los resultados. Prueba de ello —pensaba él—en ninguna de las cenas había hablado una sola vez Catarina de don Blas. Cada quien sabía que ese ambiente extraño hecho de desacuerdos, discordias y enemistades crecientes nunca deca—radas se prolongaría por mucho tiempo incluso después del compromiso pero nadie sabía por cuánto tiempo. Las opiniones solo se expresaban en el secreto de las alcobas.

—¿Yo no sé como tu madre puede volver a casarse? ¡Ya no es ninguna doncella!

—Lo sé Silvia. Ni yo mismo la entiendo. Todo fue tan repentino que me cuesta creerlo.

—¿Has pensado una sola vez en lo que dirán de nosotros en La castellana? ¿Y los amigos y allegados? ¿Qué pensarán de nuestra familia?

—Lo sé Silvia. Este asunto cae en el mal momento.

—No hay males momentos, Alejandro. Tu negocio puede esperar. Primero la familia.

—Así no es. Deberías de calmarte. Las cosas no son tan sencillas. ¡Razona por Dios, Silvia!

—¡Cómo quieres que razone con lo que nos cae encima y nos espera! ¿Acaso no lo has pensado? Después del compromiso. El noviazgo. Después del noviazgo, el casamiento y ¿con quién? ¿Dímelo?

—Con don Blas, por supuesto.

—¡Con un patán, un rústico! Tu madre, la Señora de Alarcón de Alba se casa con un palurdo —dijo encolerizada Silvia— ¡Se casa con un palurdo! ¿Quieres que te lo repita? —Dijo enfurecida— tu madre se casa con un cateto, un cateto me entiendes, que lo quieras o no.

—Silencio, Silvia. Te van a oír. Y no te excedas más. Nunca has sabido controlar tus nervios y a mí me los pones de punta. Suficiente preocupación tengo yo con la construcción de la fábrica. Te recuerdo que para mí es algo como el negocio del siglo. Nunca me había metido en algo tan gordo. Calma y serenidad es lo que necesito. Y no entiendo por qué le tiras tanto a Don Blas.

—¿Cómo que no entiendes? ¿Te haces el estúpido o qué?

—Por favor, Silvia. ¡No te pases! Conmigo no se juega. Te lo advierto por segunda vez. Don Blas tiene tierras, negocios y no es un cualquiera como tú pretendes.

—Ahora lo defiendes.

—No lo defiendo. Te ruego que te calmes.

—Pero habla con tu madre, por favor y dile que no se case. Inventa cualquier cosa.

—Poco respecto le tienes a mi madre y sin embargo disfrutas del castillo ¿no?

—Será tuyo, Alejandro. El castillo será tuyo. Por Dios, despiértate, Alejandro. Habla con tu madre. Dile que lo que está haciendo es una auténtica locura.



—Yo conozco muy bien a mi madre. No estoy de acuerdo con ese compromiso. Mejor se hubiera quedado sola. Que tenga un amante, poco me importa, pero un comprometido y, en el futuro, un esposo, me cuesta aceptarlo. Pienso que es una equivocación.

—Este Castillo es tuyo, Alejandro. Es tuyo —inquirió Silvia. Si se casa tu madre, lo perderás. Y Blas será el dueño del castillo. ¿Lo has pensado?

—Ah Dios mío, Silvia. Sabía que te gustaba el dinero lo cual no es pecado. Pero a ese punto. Me preocupas y me decepcionas. Lo tuyo no es el castillo. Lo tuyo es tu marido y tus hijos. Siempre has vivido y muy bien que sepa yo. Procura que así siga y no digas más ocurrencias.

—¿No vas a hablar con tu madre?

—Es asunto cerrado y no asunto tuyo. Son cosas de la familia.

—¿Y no soy de la familia? —Dijo ella excedida—¿Y los hijos que te di, no son de la familia?

—Claro que eres de la familia, cariño. Claro que sí. Pero yo soy el hijo de mi madre, el hijo de la Señora de Alarcón de Alba, el hijo mayor. ¿Me entiendes, cielo? Yo no estoy de acuerdo con el compromiso ni con un eventual casamiento pero nunca iré en contra de la voluntad de mi madre. Vuelvo a decirlo por última vez: este asunto es asunto cerrado y no asunto tuyo. Son cosas de la familia.

De tan enojada y excedida que se puso Silvia, se fue a encerrar en el baño dando un portazo de los mil demonios que pareció despertar al primer piso entero.

UDI-DEGT-UNAH

## XL

—¿Has oído el portazo, Fernán? —dijo María Dolores, preocupada, que estaba acostada en la cama, un libro en la mano.

—Claro que sí, María Dolores.

Eran las dos de la madrugada. Y tampoco dormían.

—¿Qué será?

—No lo sé. Ni la menor idea. El viento tal vez.

—O los malos espíritus como los que trajo tu madre.

—No seas grosera, María Dolores. Mi madre está contenta, feliz. Déjala en paz. Hace años que no la veía así. Claro que me sorprendió su decisión pero que quieres que haga.

—Entonces ¿Estás de acuerdo?

—¿Y tú?

—Yo, como mujer, te lo repito, pienso que es una desfachatez. Menos mal que ya no está en edad de procrear porque en este caso, hubieras tenido un bastardo como hermano.

—¡Cómo te atreves! María Dolores. ¡No te da pena! Seguro que ni piensas en lo que dices. Eso lo espero porque de lo contrario, me ofenderías.

—Claro que lo pienso. Lo que hace tu madre es una ocurrencia. Un auténtico absurdo. A su edad, volver a casarse y con un hombre más joven que ella.

—¡Díselo a ella pues!

—¿Cómo que le voy a decir! No puedo. A mí no me incumbe hacerlo. No tengo porqué decírselo. A ti te toca hacerlo.

—No entiendo. Bien lo podrías hacer tú. Yo no opino. Es cosa de mi madre. O acaso ¿le tienes miedo a mi madre?

—Te repito que no lo haré. En cuanto a tenerle miedo, estás equivocado. ¿Por qué le tendría miedo yo a la Señora de Alarcón, se puede saber?

—No a la señora de Alarcón, querida, sino a la reacción que pudiera tener ella.

—Habla claro que no te entiendo.

—Sabes como es mi madre. Muy buena, tranquila. Pero a los enemigos, los destripa crudos.

—Sigo sin entender.

—¿Sigues sin entender o finges?

—Te juro por mi madre que en paz descanse que no entiendo lo que quieres decirme.

—¿No recuerdas a tío Oscar?

—Claro que sí. ¡Vaya hipócrita y chupasangre!— Contestó María Dolores.

—Bueno, empiezas a entender, querida. Con mi madre, no hay que ser falso porque ella intuye las cosas. Puedes pensar lo que quieras de ella, no tenerle aprecio, no le importa, pero faltarle el respecto a su persona y traicionar su confianza, en palabras y peor con hechos, eso te puede llevar a la puerta del castillo. Así pasó con tío Oscar. Este le dio una puñalada por la espalda y ella lo destrozó sin piedad y el tío tuvo que quedarse en la calle, hecho un derrelicto.

María Dolores se quedó sin rechistar. La ilación de su marido la dejó indefensa y desamparada. No sabía que decir. No se le salía ni una sola palabra. Y volvió a coger el libro que había dejado en la mesita de noche. Fernán estaba a su lado, pensativo y de pronto le dijo:

—Sabes María Dolores, cuando venga don Blas al castillo, voy a ingeniármelas para tener una idea más o menos precisa de su edad. Pero te aseguro que no creo que tengan ellos tanta diferencia. A lo mejor, es más viejo que mi madre y mi madre es más joven que él. A veces las apariencias engañan, querida. No fuiste tú la que me dijiste que lo miraba buen mozo a ese don Blas cuando ahora solo le ves vicios. ¿No sería que estás celosa de mi madre?

María Dolores no se aguantó y soltó:

—El solo cría cerdos, Fernán ¡Y tú aceptas que tu madre se case con un criador de cerdos! ¡Qué vergüenza!

—El no cría cerdos, amor. Cría ganado y caballos. Y te recuerdo que tú misma te quedaste fascinada por la potra que le compró mi madre a tu propio hijo. Y si criara cerdos, mejor. Me gustaría que fuesen de los que comen solo bellotas. ¿A ti no te gusta el jamón serrano, querida?

## XLI

Al igual que en los aposentos, las noches en la cocina se iban alargando. El compromiso de la Señora de Alarcón era tal un río cuyas aguas alimentaban un molino de palabras. Y mientras más crecía el río, más encrespadas se ponían las conversaciones. Incluso a don Ramón le iba costando cada vez más prevenir los posibles desbordamientos.

—Otra vez te estás pasando, Blanca. La señora de Alarcón no tendría por qué comprometerse, te lo digo yo. Bien conocí a su difunto esposo, que en paz descansa y ese don Blas no le llega ni siquiera a la suela del zapato. Te imaginas, ¡qué abomi—nación! Ese señor llega dentro de unos días al castillo a sentarse en la silla de don Eduardo.

—En propio como en figurado —asintió Mauricia— ¡Eso es verdad!

—¿Y el retrato? —preguntó doña Helena. ¿Qué vamos a hacer del retrato?

—¿De qué retrato está hablando, doña Helena? —le preguntó Blanca.

—Del retrato de don Eduardo, por supuesto, necia, el retrato que preside, en la sala.

—¡Qué anticuada es usted, doña Helena! Usted piensa que eso importa. Don Blas ni sabe quién es ese señor de bigote.

—No estoy hablando de don Blas sino de la Señora —contestó doña Helena irritada. Yo, en lugar de la Señora, no podría estar sentada al lado de mi pretendiente viendo a mi difunto marido que me está observando.

—¡Qué tontería es ésta! —contestó Mateo. Ella no comparte cama con un retrato.

Lázaro y Mateo se pusieron a reír a carcajada mientras esbozó Don Ramón una sonrisa que difícilmente pudo disimular. Doña Helena los miró con despecho y desprecio buscando en Mauricia una aliada.

—¡Qué malhablado e irrespetuoso sos vos Mateo! —dijo de inmediato Mauricia.

—Mauricia tiene toda la razón. Abren la boca solo para decir vulgaridades —encareció doña Helena.

—Pero es verdad —inquirió Blanca. Las cosas hay que llamarlas por su nombre. Don Blas es buen mozo y la señora después de tanto tiempo de viudez tiene el derecho a ser feliz.

—¡De día como de noche! —agregó burlón Lázaro.

—¡De noche como de día! —repitió sarcástico Mateo.

—¿Y a ustedes que les pasa? —les dijo secamente doña Helena. Veo que Mateo te está llevando por mal camino Lázaro, si sigues así, encontrarás él de la perdición.

—Puede pensarlo, doña Helena. Pero las cosas de la vida son las cosas de la vida. Y nadie las puede cambiar, ni el mismísimo Todopoderoso.

—¡Hablas como Lucifer! ¡Que Dios te oiga! Respecto es lo que se necesita en esta casa. —Y empezó a persignarse ella—Respeto y concordia.

—Y amor —replicó Blanca. ¿Por qué se niega usted, doña Helena, a aceptar que la Señora pueda volver a enamorarse? ¿Qué pueda volver a amar?

—Porque las cosas son así, hija. Y Dios lo quiso así.

—Tiene razón doña Helena —dijo Mauricia—pero yo no le niego ese derecho al amor solo digo que pienso que es demasiado prematuro.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Cecilia que hasta el momento se mantenía más bien al margen de la conversación. Yo pienso que la Señora actúa con demasiada precipitación y urgencia.

—Por eso se comprometen antes de casarse para que se conozcan. Para eso sirve el noviazgo —contestó Blanca.

—Muy bien pensado Blanca —contestó Mauricia.

—Y tú de qué lado estás, falsa —dijo fuera de sí doña Helena a Mauricia, quien no rehusó.

—¡Cuántas máscaras no cubren rostros insinceros! —contestó Lázaro. Las apariencias en público y los deseos en el sosiego de las alcobas o de las granjas.

—¡Pero se va a callar ese sátiro! —Dijo doña Helena, sonrosada y ofuscada.

—Nada y nadie puede contra el amor —dijo Blanca. La Señora de Alarcón es dueña de sí misma. Y además es amor compartido.

—¡Como el nuestro! —contestó Mateo que devoraba con los ojos las sabias y dulces palabras de Blanca.

Pero esta vez no se enervó Blanca. Lo miró de buena manera sin contestarle y le sonrió levemente. Mateo guardó silencio y fue Lázaro quien dijo:

—Parece que no es un compromiso que se va a celebrar en el castillo sino dos.

Al final se suavizaron los ánimos y se ofreció Blanca para servirles a todos una verbena.

## XLII

El compromiso de don Blas no logró apaciguar los ánimos. Si bien el día fue sobrio, ameno y apacible, fue la noche la que trajo más irritaciones, rencores y disgustos. Tal como se había pensado, don Blas ocupó la silla de don Leonardo y el retrato de éste no incomodó para nada a la Señora de Alarcón que pasó un día radiante al lado de su prometido que también supo, a todas luces, seducir a la familia.

El reencuentro entre Blas y Anselmo fue inédito pero había de ocurrir. Anselmo se había preparado para ese momento dificultoso pero nunca pensó que fuera en semejante ocasión y de modo tan embarazoso. Lo único que alcanzó a decir Anselmo al felicitarle por el compromiso fue: “Está usted en el corazón de la castellana”. Blas sintió la maldad anegar su mirada y le contestó, viéndole de pies a cabeza: “En la vida, señor, todo da vuelta”. Y marcó Blas una pausa: “incluso la de sus pantalones que está descosida”. Anselmo guardó silencio, miró con discreción hacia abajo y de la vergüenza levantó su copa sin decir ni pío con una sonrisa maliciosa.

Pese a ese percance menor, el almuerzo fue exquisito y el punto culminante fue sin lugar a dudas el momento que precedió al postre. Se levantó don Blas y sacó del bolsillo de su traje negro un estuche. Lo abrió y se vio el centellar de piedras preciosas ciñendo poco a poco el cuello desnudo de Catarina. María Dolores, Silvia y Lara no pudieron retener su admiración así como Blanca y Mauricia que de inmediato llamaron a doña Helena para que no se perdiera nada de ese momento inolvidable. Tampoco los varones lograron dejar escapar su sorpresa pero reaccionaron con más mesura. Luego le pidió Blas a Catarina, resplandeciente en su vestido blanco de fino encaje en los faldones que se pusiera de pie. Le agarró la mano con suavidad y deslizó en el anular izquierdo un anillo incrustado de diamantes tan brillantes como los del collar. Tulio prorrumpió en aplausos y los demás hicieron lo mismo, a su manera, y todos levantaron su copa para brindar por la eterna felicidad de Catarina y Blas. En la cocina, todos hicieron igual e incluso doña Helena se atrevió a tomar media copa.

La tarde se prolongó con sencillez y simplicidad. Incluso se improvisó una partida de croquet en el césped recién cortado. Los niños estaban felices de la vida y no se despegaban del nuevo abuelo. Tan solo Anselmo se quedó en la terraza alegando que con él perderían su tiempo, que no sabía nada de ese juego insólito. Pero Anselmo contenía su rabia en silencio. Se le quemaban los celos y se puso a fumar con desesperación un puro y luego dos y pidió varios tragos de ron que le ayudaron a soportar su desgracia y el fracaso momentáneo de sus planes. Miraba que el frasco azul no daba los efectos deseados y empezó a recordar las palabras de la bruja que nuevamente resonaban en su mente como malos augurios: “el filtro de amor puede convertirse en filtro de dolor”. Quiso irse de la terraza pero no se atrevió como si presintiera que su ausencia pudiese ser interpretada como una sospecha, un día tan memorable.

La señora de Alarcón propuso jugar en equipo ya que ahora tenía pareja. Fue un atardecer lindo tal como un cuadro de pintura de colores cálidos del que se desprendían de la inmensidad verde, diminutas siluetas blancas con sombrías abiertas, siluetas negras con sombreros de pita y a lo lejos, el embarcadero, el lago, las barcas y la choza que les esperaba para el bufé del atardecer.

Ese difícil ejercicio que le incumbe al intruso al llegar en el seno de la familia y de manera tan repentina e inesperada, lo cumplió con naturalidad y maestría don Blas dialogando con todos, contestando a todas las inquietudes veladas y manteniendo siempre reserva y comedimiento al lado de su prometida que irradiaba en él felicidad y una paz interna que nunca había conocido. En ese momento, se había ganado la estima de la familia.

Pero tal una tormenta impetuosa que se abate en el trópico, todo se fue al suelo cuando la familia se percató de que el prometido también compartiría, ese mismo día, esa mismísima noche, el lecho de la prometida.

## XLIII

Tras el compromiso y al enterarse de que don Blas todavía estaba en el castillo por la mañana del día siguiente, se refugió Anselmo en su aposento del que no salió hasta el anochecer. Muy preocupada, llamó Cecilia varias veces a la puerta sin levantar sospechas pero en vano. Anselmo estaba como poseído por lo demonios del amor ultrajado y de la venganza ciega. Herido a muerte, decidió ir camino del bosque donde vivía la bruja.

Entró sin llamar a la puerta. Ella se lo reprochó diciéndole de inmediato que tenía que colgar de la percha su rencor de lo contrario, no podría ella atenderlo. Anselmo, enfurecido se acercó a ella y le apretó el brazo con fuerza.

—Usted me va a escuchar. ¡Maldita bruja!

—¡Suélteme enseguida! —Le contestó secamente ella y fijó su mirada en él con una intensidad de ascuas.

—No la voy a soltar antes de que me devuelva el dinero. Sus frascos no son más que aguas de pozo o aguas de lluvia. Usted es una mentirosa. Usted me engañó y me lo va a pagar.

—¡Quíteme esa mano de encima! —Le repitió ella, furiosa. Le había avisado la primera vez, don hipócrita. Usted no tiene un corazón sincero.

—Primero págume lo que me ha robado, ¡Bruja endemoniada! —replicó Anselmo cuyas venas se le salían de la frente. Me ha estafado. ¡Devuélvame el dinero o soy capaz de destruirla para siempre!

De repente Anselmo sintió como si su brazo se derritiera al contacto de la bruja. Intentó resistir pero sintió que algo le chupaba la sangre y que estaba vaciándose de toda energía. No solo el brazo flaqueaba sino el cuerpo entero. Apretó los dientes con rabia en un último arranque y vio las venas del semblante suyo a punto de estallar en la cara misma de la bruja. Anselmo le había soltado el brazo sin que él mismo se diera cuenta.

—¡Siga así, don hipócrita! y le llenó su próximo frasco de su propia sangre.

Anselmo estaba pálido, exangüe y recorrió la pieza encorvado, sujetándose el brazo molido y doloroso en busca de una silla. Y en el momento de sentarse, se cayó al suelo como si la silla se hubiera movido sola.

Se acercó la bruja y lo miró con desdén y desprecio:

—Si quiere, don hipócrita, ahora sí podemos hablar. De lo contrario se me va enseguida de esta casa. Y nunca se olvide de que antes de llegar a casa ajena, se llama a la puerta.

Anselmo se quedó tendido en el suelo, dolido en cuerpo y alma, silencioso. Al rato, se levantó lentamente sin quejarse, se agarró de la silla y se sentó con mucha dificultad como si hubiera peleado con el demonio mismo.

—Pues ¿qué hacemos, señor Anselmo?

—Un vaso de agua, por favor. Tengo sed.

—¿Quiere agua de pozo o agua de lluvia?

Anselmo no contestó y se fue la bruja a llenarle un vaso de la tinaja.

Hubo un largo silencio durante el cual la bruja siguió con sus quehaceres sin preocuparse por Anselmo. El la miraba en ese claro—oscuro de barro, tierra y humo mientras hervía ella plantas y granos en varias ollas. De vez en cuando, le echaba algunos polvos de diferentes colores que sacaba de varios potes, tarros y vasijas. Y a veces hablaba sola o más bien hablaba entre dientes. Anselmo no lograba saber si era costumbre de ella por vivir sola o si pronunciaba algunas palabras endemoniadas y obligadas que solía repetir para que el brebaje fuese de su gusto y del efecto deseado. En ese momento Anselmo se atrevió a preguntarle:

—¿Usted puede corregir una pócima?

—Parece que no entiende don Anselmo. Una pócima no se corrige. Es imposible. Una pócima es variable, evoluciona y se altera sola. Una vez hecha, yo no puedo hacer nada. Solo volver a elaborarla completamente pero en este caso, usted tiene que librarse de los rencores y tirrias que lo ciegan, lo confunden y lo ilusionan. Ya se lo había explicado don Anselmo, un filtro de amor puede convertirse en filtro de dolor.

Anselmo le tenía pánico a esa sentencia. Era como si tuviera el efecto de verse en un espejo que desvelara su verdadero rostro.

## XLIV

—¡Pruébeme ese brebaje, don Anselmo! Pienso que con eso usted me va a entender.

Anselmo miró el vaso de barro caliente, se lo acercó a la boca pero lo volvió a poner en la mesa.

—Definitivamente, usted no quiere entenderme. ¿Por qué lo envenenaría si usted me paga y me va a volver a pagar? Si no, no estaría acá exigiendo que yo le ayudara. ¡Pruébelo! Entenderá.

Anselmo volvió a agarrar el vaso y lo volvió a poner en la mesa.

—No quiero de ese brebaje y además, no necesito de su ayuda —le contestó con desaire y altivez Anselmo.

—Como quiera. Me da igual. ¿Usted vino a esta casa por algo, no? Pero si no necesita nada, está bien. Está bien... Y le indicó ella la puerta con el índice.

Se levantó Anselmo enojado y se fue hacia la salida. Y de repente se volvió hacia atrás y le dijo secamente:

—Esta vez, quiero un filtro infalible y estoy dispuesto a pagar el precio que quiera.

La bruja le dijo que volviera a sentarse con calma y que dejara una vez para siempre de ser insolente y desfachatado. Ella se sentó a su lado y le habló en esos términos:

—No es necesario que me dé más explicaciones. Yo podría engañarlo diciéndole que lo sé todo por bruja cuando toda la gente sabe que la señora de Alarcón ya se comprometió y con otro. Hablemos claro, don Anselmo. Y nada de engaños recí—procos. Lo que le puedo ofrecer no será muy diferente de la primera vez. Usted pudo constatar que el filtro da efectos pero los efectos los neutralizan el amor que experimenta la Señora de Alarcón por don Blas. Y en este caso es aún más peliagudo y sutil.

—¿Y por qué? —preguntó don Anselmo.

—Sencillamente porque es amor recíproco. Es amor compartido. Usted sabe muy bien que Don Blas también la ama. Si usted acepta el nuevo filtro de amor que le puedo elaborar, el éxito de dicho filtro depende tan solo de usted, de usted mismo, don Anselmo. De lo contrario, volverá a ser filtro de dolor. Y usted lo sabe muy bien. Y no diga después que fue culpa mía, que el filtro que le di nuevamente no opera.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Abrir su corazón. Ser puro y fiel a sí mismo. Yo puedo intuir las cosas pero no las puedo comprobar. Si usted miente, es cosa de usted y no es cosa mía y aún menos del filtro que le voy a vender. ¿Me entiende?

—Claro que la entiendo. Yo solo le pido que me haga algo infalible y que recupere a Catarina.

—Son doscientas monedas de oro más.

—Aquí las tiene. Y si no opera el filtro, usted se acordará de mí toda su vida —le dijo Anselmo en tono amenazante y vengativo.

—No necesito de su dinero — le contestó la bruja.

—¿Cómo que no necesita de él? ¿Usted no quiere hacer trato conmigo?

—Mejor me pagará después y así verá que yo, por mi parte, soy buena y honrada.

Se fue de la mesa la bruja a buscar un frasco en el que vertió un líquido todavía caliente.

—Aquí está. ¡Ojo que se puede quemar! Le deseo muy buena suerte. ¡Adiós, don Anselmo!

Se levantó don Anselmo, satisfecho de no haber pagado nada y con una nueva pócima en la mano. Ya tenía su revancha y la certeza, pese a lo recién acontecido, de tener de nuevo a Catarina a su lado. Regresó a socapa al castillo por donde había entrado pero tuvo la desagradable sensación de que alguien lo estaba observando.

## XLV

El inédito desposorio que se prolongó hasta la mañana del día siguiente fue causa de un gran alboroto en el castillo. Se exacerbaron nueva—mente las tensiones, volvió la cizaña, se acrecentaron las querellas y disensiones entre los miembros de la familia y la servidumbre hasta el punto de que, de día, nadie quería hablar de nada con nadie so pena de que reventaran las pasiones. Cada quien se inventaba obligaciones, compro—miso o citas con tal de no evocar públicamente y en casa el tema de la noche conyugal que se había inflado tal un globo tras, además, el voraz y goloso desayuno de las tórtolas. Huelga decir que los amores de la castellana habían rebasado los muros del castillo. Y la salida de don Blas no logró calmar los ánimos.

Por su parte, la señora de Alarcón estaba radiante, resplandeciente y devoraba su nueva vida sin que nada y nadie le importara. Hacía caso omiso de las miradas que decían más que las palabras o de las pullas e indirectas. Se sentía libre, independiente, emancipada, soberana y dispuesta a emprender una nueva vida con su prometido que sea en el castillo, en los Altos Bojes o en una casa nueva. De todas formas, tenían la vida por delante. ¡Qué importaba! Catarina de Alarcón estaba luminosa. Los esponsales habían sido todo un éxito y contemplaba el futuro que se abría ante ella con unas tremendas ganas de vivir, sumida en su novel felicidad. Había pasado el día en La Coriña y regresó con la calesa llena de paquetes, indumentaria nueva, perfumes, regalos para don Blas y un montón de cositas compradas al azar o según su fantasía: algunos utensilios de cocina, algunos adornos y detallitos para complacer a sus nietos. Pero por las casualidades de la vida, el detalle mayor fue que no regresó sola de La Coriña sino con una invitada especial.

Al entrar Ángela de Castro en el castillo, éste tomó otro rumbo, alejando por un tiempo las amenazas de ciclones y huracanes. En la familia, Ángela de Castro era una mujer de leyenda que ocupaba un lugar especial. Incluso había fotos de ella en el salón junto con Catarina, su difunto marido y los hijos. Tras irse del castillo en que moró unos años, había dejado en el corazón de cada quien un vacío inmenso del tamaño de un cráter. Durante su estancia, se había ocupado de dar clases a los hijos por ser maestra de formación y una de las primeras profesoras del país en el recién inaugurado Instituto departamental para mujeres. Su destino de docente no lo asumió muchos años tras renunciar a su puesto por motivos personales. Con el tiempo, se supo que fue también una de las primeras del país en encabezar la gran huelga de los docentes que duró casi medio año y que desbordó el marco estrictamente estatal de una recién instrucción pública en fase de expansión territorial que además chocaba de vez en cuando con la enseñanza religiosa en fase de retroceso espiritual. La protesta por aumentos salariales terminó con unos pocos avances pero también con el hábil despido de la mayor parte de los líderes del movimiento de protesta del que formaba parte Ángela de Castro con el apodo de “Dinamita”. Efectivamente, unos se quedaron en el Ministerio e incluso obtuvieron una promoción, otros obtuvieron su traslado sin mayor dificultad, otros entraron en la administración de la llamada “alta” y otros dejaron su juramento laico por refugiarse en las faldas de las sotanas. Por su parte, Ángela de Castro al igual que unos compañeros más, no tuvo otra alternativa que dimitir de verdad y fue en ese momento preciso cuando encontró trabajo donde Catarina de Alarcón como preceptora.

El reencuentro en La Coriña fue pura providencia. Andaba Catarina de compras en el mercado y caminando por la calle principal de éste, se dio de narices con ella. Tras la emoción de volver a verse, la invitó Catarina enseguida a casa. Justo le dio tiempo a ella de pasar por su propia casa y a Catarina de saludar a los padres de ella y se fueron juntas rumbo al castillo. Ángela de Castro era una mujer muy jovial, una bola de nervios siempre de buen humor que infundía alegría y entusiasmo alrededor suyo. En el camino, le contó a Catarina que ahora vivía en España, que allá se había casado y que tenía tres hijos que se habían quedado con su marido. Andaba ella de visita viendo a sus padres a quienes no había visto desde hacía años por motivos económicos. Si bien había vuelto a la docencia sin dolencia, le dijo con su sentido del humor propio, tampoco en España el estipendio para escuela alcanzaba él para misa. Y había agregado en torno de burla, como es sabido, Instrucción Pública nunca fue compendio de largueza y prodigalidad tampoco allá como acá. Muy rápidamente, la conversación versó sobre los años pasados en el castillo y Ángela no paró de hacerle preguntas a Catarina sobre los hijos y la vida de ella. Aunque mucho más joven que ella, Ángela siempre había tenido muy buenas relaciones con Catarina y existía entre ellas una proximidad de ideas y una gran complicidad. Y por ello, esa amistad profunda que había nacido de su estancia en el castillo y que se había perdido por los azares de las circunstancias. Ni se asustó Ángela cuando le dijo Catarina que acababa de esposarse y le dijo que eso se lo había imaginado, que era evidente que una mujer tan generosa, noble, liberal y desprendida como ella volvería a encontrar un nuevo amor. Le dijo que estaba ansiosa por encontrar al elegido y que sabía de antemano que era una excelente persona, digna de amarla.

Al entrar Ángela en el castillo, volvió a reanudarse de inmediato el hilo del pasado y de los años felices. Fernando y Alejandro estaban muy conmovidos por el reencuentro con Ángela a quien abrazaron y besaron tiernamente como si ella no se hubiera ido nunca. Como de costumbre en presencia de un desconocido, Silvia y María Dolores se mostraron distantes con Ángela y hasta se miraba en sus semblantes unos rictus de nerviosismo e irritación por la proximidad existente entre ellos y que el paso de los años no había disuelto para nada. A la mañana siguiente, regresó Tulio de la capital pretextando alguna emergencia familiar solo por verla.

Tan solo fueron dos días pero dos días intensos, cargados de recuerdos, anécdotas y risas que hicieron olvidar por un tiempo las zozobras latentes e implícitas como una tregua inesperada.

UDI-DEGT-UNAH



## XLVI

—Señor Anselmo, yo no entiendo —dijo Cecilia en voz baja y algo preocupada. Eso significa que usted volvió a verla.

—Eso que importa, querida Cecilia. Ella cometió un error de dosificación y lo reconoció. Con este nuevo frasco, no habrá paso atrás. Puedes deshacerte del antiguo y si te da miedo, devuélvemelo. Yo sabré qué hacer con él.

—Yo tengo entendido de que las sagas nunca se equivocan, don Anselmo.

—Eso es puro cuento, Cecilia.

—¡Cómo que es puro cuento! Usted está equivocado y muy equivocado, don Anselmo. Yo sé a ciencia cierta que las sibilas son mujeres sabias y sabidas a quienes se les atribuyen espíritu y aura proféticos desde los tiempos más remotos.

—Hablas como un demonio Cecilia y va por camino tortuoso y errado. Esa lechuza no es más que una vulgar cocinera recluida en su guarida por voluntad suya y no de los espíritus. ¡Bien podría ejercer en un circo! ¡Este sería su lugar: un circo!

—¡Cállese don Anselmo! ¡Que nos van a oír! Yo no entiendo su actitud. Si usted no cree en la sibila y en sus poderes, ¿Por qué necesita de ella?

La redoma de vidrio estaba en el escritorio frente a la ventana. Tenía el brebaje un color muy distinto al del primer frasco. Un color inquietante, entre bruno y amarillento cuyo espesor visible parecía espesura muerta. Nada tenía que ver con el azul intenso del cielo de esa mañana.

—Te lo repito dunda. Solo tiene esa lechuza algunos conocimientos de plantas y aromas. Nada de sabiduría, erudición y mucho menos de profecía como parece pensar, querida Cecilia. Y no tengo por qué darte explicaciones acerca de lo que hago. Muy bien te pago por lo que haces. Y ahora te pones indócil. Reniegas ¿Qué te pasa?

—Mire el frasco —dijo de repente Cecilia, asustada—está cambiando de color.

—La que está cambiando de color eres tú, Cecilia. Tus pómulos parecen dos tomates hinchados por el sol. Y eso no me gusta. La duda te avasalla o ¿será el miedo?

—¿Miedo? —Exclamó ella en tono burlón. ¿Miedo a qué?

—Piensa mejor en tu hija. ¿Quién será ella y qué será de ella dentro de unos años? Te reprochará haberla abandonado cuando más necesitaba de ti. ¿Lo has pensado?

—Pasa algo con el frasco, don Anselmo. Se lo juro por mi madre que está cambiando de color y no son los reflejos del sol. ¡Mire! ¡Mire! ¡Por dios!

En efecto, la redoma estaba cambiando paulatí—namente de color tirando a rojizo.

—Usted ve, don Anselmo que no estoy mintiendo. Y usted quiere que le dé de esa crema de molusco a la señora de Alarcón.

Don Anselmo estaba pálido y lívido. No contestó. Tuvo que sentarse. Estaba confundido. Era ciertísimo: el brebaje estaba cambiando de color. Pensó sin creerlo verdaderamente que tal vez esa alquimia repentina se debía a las palabras desconsideradas e irrespetuosas que le había dirigido a la bruja. Pero no podía ser. Y recordó la oración de la lechuza “siga así, don hipócrita y le llenó su próximo frasco de su propia sangre”. Tenía el cuerpo helado, los miembros paralizados, sudaba a chorros como si estuviera esperando el castigo final.

—Don Anselmo, don Anselmo. ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

Y Cecilia fue a buscarle un vaso de agua.

—¡Tome! ¡Tome, don Anselmo! — le dijo Cecilia, preocupada, pensando en el padecimiento que había tenido poco ha.

Don Anselmo no contestaba. Estaba sentado frente al escritorio, el semblante demacrado, macilento como sugestionado por las palabras de la lechuza e hipnotizado por el cambiante brebaje. Cecilia empezaba a ponerse muy nerviosa y tensa y le vino a la mente que tal vez era él el delincuente, el ladrón, el truhán y no don Blas. Pensó huir, dejarlo todo de inmediato, huir del aposento, huir del castillo y de La Castellana para siempre. La Castellana era una maldición. Su hija la necesitaba más que nunca. Sus ideas se enredaban. Y mirando a don Anselmo inerte pensó que a lo mejor estaba por morirse. Estaba sola, desamparada frente a un cadáver. ¿Qué haría ella? La acusarían a ella de haberlo matado, de ser su cómplice en el envenenamiento de la señora de Alarcón. Tenía que pararlo todo ya. La angustia entorpecía cada uno de sus pensamientos, ademanes y sentidos hasta inmovi—lizarlos. De repente, su mirada se fijó en la redoma.

—Ya. Ya. Voy a botar ese maldito líquido en el lavamanos —murmuró ella, decidida a terminar para siempre con su desgracia y el maleficio que la rodeaba.

Acababa de asir la redoma cuando de golpe se levantó Anselmo y furioso le gritó:

—¡No lo hagas, Cecilia! ¡No lo hagas! Te ruego que no lo hagas.

—¡Ya basta, don Anselmo! ¿Qué pretende usted? Me prometió un futuro mejor y veo que solo está cercado de insidia y desdicha. ¡Mire en qué estado está!

—No es para tanto, Cecilia querida —dijo bajando la voz como si temiera que alguien pasara por el pasillo. Son los achaques de la vejez, Cecilia. Nada de lo que tú piensas o crees. Fíjate, la redoma no ha cambiado de color.

—¿Se burla de mí o qué? Bien ve usted que ha vuelto a tomar su color inicial. Y no me puede negar ese cambio repentino de espectro. ¡Niéguelo, a ver! —dijo ella en tono desafiante.

—Las cosas no son tan sencillas, Cecilia. Me estoy poniendo viejo. Y veo que en mi búsqueda por alcanzar el cáliz de la felicidad usted me está abandonando. Me está dejando y hondamente triste me siento.

Intentó agarrar Anselmo la mano de Cecilia como un anciano agarra su bastón de vejez pero ella retrocedió.

—Se le olvida lo que hago por ella, por su Señora, para librarla de ese ruin y maldito Blas. Y nunca dejaré que le robe su fortuna y felicidad. Yo la amo, él no. ¿Puedo contar contigo, Cecilia? Por favor, no me abandones, Cecilia. Te aprecio mucho. He aprendido a estimarte, a quererte por lo que eres. Una persona buena, sencilla y llena de ideales. Ahora, la dicha tuya está en tus manos, en tus propias manos. Tranquilízate, si me quieres abandonar a mi suerte, te entiendo y te comprendo desde lo más profundo de mi ser. La decisión es tuya. Y no tomaré ninguna represalia en contra tuya. Mal me conoces si tal es el concepto que te has ido forjando de mí. Ni te pediré que me regreses lo que te di. Pero si quieres, aquí está una bolsa con cien monedas de oro. ¡Tómala! Es tuya. Cien monedas de oro por dos gotas a diario y verás que ambos seremos felices. Tú con tu hija y yo con mi prometida, tu señora. ¡Y al diablo don Blas!

Cecilia lo miró fríamente a los ojos y con un gesto instintivo y veloz, agarró la bolsa que metió de inmediato en la faltriquera del vestido que cubría un delantal.

—Cumpliré. Y después me iré para siempre.

Salió Cecilia con discreción del aposento de don Anselmo, la redoma en el balde con la escobilla adentro y encima los trapos de limpiar. Don Anselmo sintió que esta vez se había librado de una buena. Estaba más cerca que nunca del triunfo pero también sabía que era su postrera esperanza.

## XLVII

A la semana, cayó enferma Catarina tan pronto como llegan las primeras lluvias de mayo llevándose el resplandor y la luz de ese muy breve estío conyugal. Estaba la señora de Alarcón tendida en la cama tal un tronco fulminado por los rayos invernales de los más crueles y brutales. Tenía una negra mirada cóncava y excavada así como las mejillas ahuecadas, el pelo lacio y las manos inertes cuyas venas se habían inflado desmesuradamente al igual que sus labios. Su complexión no presagiaba nada bueno como si la maldición hubiera alcanzado nuevamente a La Castellana. Los primeros síntomas tal como se lo repetía la desesperada familia a los médicos se presentaron al mismo tiempo y en tal solo unos días: pérdida de equilibrio, incesantes mareos, mirada vidriosa e ida, bajísima tensión sin ninguna calentura e inapetencia a la vida hasta que no pudo caminar más. Solo quería permanecer ella en la oscuridad y la calma completa de su aposento como si presintiera ella misma una muerte súbita, fiera y atroz que fuese preferible esconder para que los demás solo guardaran de ella la verdadera imagen de la castellana recién espasada. Ni los varios médicos, incluso de los más ilustres que vinieron del hospital de Santa Cruz encontraron el origen de su mal y de sus sufrimientos pese a los numerosos exámenes que le hicieron. Solo le recetaron paliativos y curativos para contrarrestar su estado anémico, que según ellos, bien podía tener causas anímicas.

Varias veces pidió Catarina ver a Blas pero la familia se lo negó tajantemente a pesar de las suplicas de Lara y Tulio que exigían que al menos lo avisaran. Pero no, el pánico y la furia de la familia pudieron más y por primera vez, Anselmo salió de su habitual discreción y apoyó abiertamente la decisión familiar que hacía de Blas el único responsable de la perdición de Catarina. Para ellos, era como una venganza de Dios por haber irrespetado Catarina los mandamientos del Todopoderoso. Los poderes celestiales y las fuerzas sobrenaturales que habitaban La Castellana la habían condenado. Ese combate a muerte era una prueba más en su camino y solo ella tenía que librarse del mal para que triunfara el bien. La fidelidad absoluta a Dios que había pervertido ella por enamorarse de un patán sin alcurnia y haber pecado no tenía salvación alguna. Solo la redención que Dios le concediera podría salvarla.

Varias veces pidió la familia auxilio al cura de la parroquia pero Catarina le negó la entrada. Mientras no vea a Blas —decía ella con voz casi apagada— no entrará ningún intruso en el aposento mío. El cura, más bien bonachón, no ponía mucha mente a lo que consideraba él un simple extravío de una noble persona. De todas formas, explicaba con calma el cura a la familia reunida como cada atardecer en el salón, la señora de Alarcón no se ha casado todavía y no ha cometido el pecado mayor. Todos callaban de la vergüenza y nadie se atrevió a desvelarle lo que pasó a ser el secreto de la noche de los desposorios. Las visitas del cura se espaciaron y solo vino una vez más cuando la familia pensó que esta vez, Catarina estaba desahuciada y había que darle la extremaunción. Esta vez se armó un escándalo de los mil demonios. Tulio le rehusó al cura la entrada del aposento de su madre alegando que había que respetar la voluntad de ella. Se puso frente a la puerta que acababa de enlavar y dijo que no se movería de su lugar hasta que se fuera el cura y que viniera en su lugar don Blas. Alejandro no se pudo contener e intentó darle un puñetazo en la cara a su propio hermano que terminó en la puerta por la agilidad de Tulio que supo desviarlo a tiempo en medio de gritos histéricos e improperios dignos de una tragicomedia. La servidumbre estaba al pie de la escalera esperando ansiosa el desenlace al igual que don Ramón, el mayordomo, que a duras penas contenía su rabia. Y, de súbito, éste se subió, furibundo y excedido, como decidido a volver a dar lustre al castillo en plena decadencia. Y delante de todos, se puso a vociferar a gritos partidos como si fuera el verdadero dueño de la casa: ¡Dejen en paz a la señora de Alarcón! ¡Solo ella rige y regirá los destinos del castillo! ¡Y que venga don Blas, por Dios!

Ante el inesperado atrevimiento del mayordomo, volvió repentinamente la calma y más luego la razón. Viendo que no tenía nada más que hacer en el castillo, el santísimo cura llamó a la paz y a la concordia familiar y aprobó implícitamente las juiciosas palabras de don Ramón y prefirió retirarse. Fernán le dio su pago por la visita y los indigentes de la parroquia. Todos bajaron las escaleras como en una procesión, apenados y apesadumbrados por sus inadecuadas actitudes. Tulio bajó de último y les dijo a todos con una voluntad inquebrantable que iba en seguida a buscar a don Blas y que nadie se opusiera a él y que don Blas era de la familia que lo quisieran o no. Y se fue Tulio dando un portazo que hizo vibrar las ventanas del castillo como si alejara al mismo tiempo los fúnebres agüeros que habían invadido por un tiempo el castillo. Pero las esperanzas de mejoría se esfumaron esa misma noche, una noche de espantos.

## XLVIII

La IV marquesa de los Altos Bojes abrió la puerta enllavada de su aposento, armada de una daga y de un látigo. Saludó a los dos guardias con espada y bajó la escalera con la firme e irrevocable disposición de acabar para siempre con las rebeliones indígenas. En el salón, le esperaba su guardia de legionarios que se pusieron en posición de firmes al paso de ella. Y rodeada de sus fieles, pronunció ese incendiario juramento llamando a la guerra contra los bárbaros:

Yo, Marquesa de los Altos Bojes, esposa del fallecido bisnieto del primer marqués, Encomen—dadora de por vida de este señorío, juro defenderlo hasta mi última gota de sangre, derramando la de esos salvajes caníbales que se atrevieron a rechazar el tributo personal a su Marquesa cuando yo les brindo protección y educación cristiana. Y colmo de los colmos, no vacilaron esas bestias a saquear parte de mis propiedades. Juro aniquilarlos hasta el último. No habrá ninguna tregua.

Sus devotos partidarios levantaron su espada hacia el cielo en un estrépito de acero como una demostración de fuerza y fidelidad absoluta a su Marquesa. Y en coro repitieron: “Juramos aniquilarlos hasta el último. No habrá ninguna tregua”.

Y la cuarta Marquesa de los Altos Bojes salió del castillo seguida de su escolta embravecida en dirección a las caballerizas. Menos mal que ahí se encontraban Mateo y Blanca en un lecho de paja, quienes, al ver a la señora de Alarcón en camisón a medianoche, hablando sola a voces como si se dirigiera a un ejército entero, se precipitaron a su encuentro.

—Alto — les dijo la cuarta Marquesa de los Altos Bojes en tono de reproche al ver que los mozos de cuadra se las pasaba de holgazanes. Y diri—giéndose a ellos les dijo tajantemente:

—Ustedes que se creen, que en mi ejército se les paga por andar dormidos. Espero que los caballos estén enjaezados, de lo contrario, recto al calabozo se van. Y allí se quedarán hasta que entiendan quién manda aquí.

Viendo Mateo y Blanca que había perdido el juicio la señora de Alarcón, le contestó Mateo:

—Por supuesto, su Señoría, que las monturas están preparadas. Pero antes, me permito acompañarla no al campo de batalla sino al castillo que creo se le ha olvidado algo imprescindible.

—¿Como qué? —contestó ella dispuesta a castigarlo por su posible irreverencia.

—Veo que no enarbola su talismán alrededor del cuello.

—¡Dios mío! Tiene razón. Lo dejé en mi aposento. ¿Cómo te llamas, joven?

—Mateo, su Señoría. Para servirla.

—¡Ah! Avisado palafrenero, veo que mucho te preocupas por tu Marquesa y me agrada tu muestra de consideración. Sabré recompensarte. Puede ser que a tu propia Marquesa le hayas salvado la vida.

—¡Guardia! ¡Aguarde un momento! Regreso en seguida.

La IV Marquesa de los Altos Bojes se fue en dirección al castillo acompañada de Blanca.

Una vez en el aposento, la Marquesa entró en una cólera sin límite, exigiendo castigo para su doncella por irrespetarla al tener amoríos con un palafrenero. Pero Blanca supo desviar la saeta esperando que se calmara su Señora y que llegara alguien de la familia para sacarla de ese mal trance. Sabía Blanca que la Marquesa desvariaba despierta y no quería causarle el mínimo golpe.

—Dispéñeme si le he faltado el respeto, su Señoría. Lo reconozco. He fallado. Solo espero su sano veredicto y clemencia. Me he corrompido, enviciado, deslumbrada por la belleza de un mozo de cuadra y me arrepiento. Y se arrodilló a sus pies, llorando y pidiendo misericordia e indul—gencia por sus pecados.

—¡Levántate, desgraciada! Esta vez y solo esta vez te perdono. Te salvas por la lealtad, el discernimiento y la clarividencia de ese tal Mateo que debe ser hombre de bien. ¡Abróchame el talismán! Que voy a la guerra. Y ¡deséame el mayor de los triunfos!

Nuevamente, se inclinó Blanca ante su Señoría y en ese preciso momento entraron Alejandro, Clara, Tulio y Fernán, dispuestos a todos los sacrificios para salvar a Catarina de Alarcón de las garras de la hidra que amenazaba con convertirla en salvaje demente.

—Madre, mejor debería quedarse encamada —le dijo Tulio, firme, recto y risueño. Tengo muy buenas noticias. Regreso de los frentes de guerra y vencimos. Aplastamos a los bárbaros. ¡La victoria es total!

Se acercó a ella, le dio un beso, le quitó el talismán y se la llevó de la mano a la cama.

—Gracias, hijo mío, por esas fabulosas noticias de gloria. Yo sabía que podía contar con mi sangre. Ahora puedo descansar en paz. Diles a mis fieles que envainen sus espadas y que festejen esa gran victoria en el nombre mío. ¡Redimimos el honor de Los Altos Bojes!

## XLIX

La desesperación entre los hijos, amigos, allegados y la servidumbre era completa. En el pueblo, la suspicacia, general. Se decía que había vuelto la maldita demencia de los antiguos tiempos y la gente volvía a casa lo más pronto posible para no tener que afrontar la oscuridad. Igual pasaba con las tiendas que cerraban postigos y puertas antes de que anocheciera. Tulio había regresado de la finca de don Blas sin haberlo encontrado y a poco de regresar a casa, se había encontrado con el fantasma de su madre guerrera. Pero bueno, había logrado apaciguarla y avisar a la cocinera de don Blas, quien se había ido a supervisar los preparativos de la feria de Pueblo nuevo. Solo había podido Tulio dejarle un recado de emergencia. Ella se encargaría de comunicarse con Pueblo Nuevo al día siguiente.

Mientras tanto, el sentimiento de impotencia ante la peregrina e insólita enfermedad de la Señora de Alarcón seguía poniendo a prueba los nervios de cada quien. El estrafalario episodio de la IV Marquesa de los Altos Bojes había rematado cualquier esperanza de pronta o lejana salvación. Nadie se atrevía a hacer el mínimo pronóstico acerca del estado de salud de Catarina que apenas se alimentaba. Había enflaquecido y parecía moribunda pese a sus repentinos arranques de locura que le proporcionaba como un sobresalto de energía al igual que cuando se le tira a uno un cubo de agua helada para despertarlo. En sus ensueños, solo hablaba de don Blas como si el tenue hilo de vida que le quedara se lo debiera tan solo a él. La familia había decidido encerrarla para que no se repitiera nuevamente la ocurrencia de la IV Marquesa y cada quien se hacía la pregunta acerca de cómo había podido salir ella de su aposento a medianoche teniendo Tulio la llave. Habían buscado otra llave del cuarto de dormir pero no la habían encontrado. Para evitar que se produjeran nuevamente incidentes tan alarmantes como ridículos y vergonzosos, se había decidido que cada miembro de la familia incluyendo a la servidumbre realizara turnos de vigilancia por el aposento de Catarina. Incluso se habían pro—puesto los nietos pero tuvieron que desistir ante la rotunda negativa de los padres que a duras penas lograban contener las mentiras que habían inventado acerca del mal extraño de la abuela.

Sin decirlo abiertamente so pena de provocar nuevas e interminables disputas, la mayor parte de la familia le echaba la culpa a don Blas de la desgracia que estaba sepultando a Catarina de Alarcón. Como si su relación con él fuera desde el inicio objeto de pecado mortal. La verdad es que el acontecimiento nocturno de Catarina la Guerrera había sumido el castillo en un profundo abismo sin par. Nadie se atrevía a evocar la posibilidad de un traslado a un asilo de locos pero no pocos lo pensaban, no tanto por los profundos padecimientos y trastornos de Catarina sino por las repercusiones de esa decisión. Dicho de otro modo, la familia corría el riesgo de empañar y manchar para siempre el escudo familiar con una sentencia a muerte.

Presa de un sentimiento de culpabilidad que empezaba ya a causarle insomnios, Cecilia había tomado la decisión de no echarle más gotas. De todas formas, ya no tenía apetito Catarina. Hubiera podido verterle en los jugos que le preparaba a diario pero ya no podía más. Se corazón se lo impedía. Además, empezaba a sentirse vigilada por Lázaro que tenía hacia ella una actitud sospechosa. Sabía Cecilia que tarde o temprano tendría que enfrentarse con don Anselmo y lo que más le dolía en lo más profundo de su ser era que no podría vivir el resto de su vida en paz siendo responsable de la muerte de su ama. Ese pensamiento horroroso la destrozaba a fuego lento de noche y de día. Pero tenía que fingir en espera de un desenlace que había provocado sin quererlo. Ya estaba convencida de que don Anselmo le había mentido. El brebaje era tan fuerte que un frasco entero hubiese ani—quilado a un elefante en el momento. Estaba convencida de ello.

Don Anselmo se había dado cuenta de algún cambio repentino en el comportamiento de Cecilia pero no tenía tiempo de ahondar más en el asunto. Suputaba que Cecilia lo había parado todo. Tenía que actuar ya. Aprovechó su turno nocturno para entrar en el aposento de Catarina a sabiendas de que tampoco el nuevo brebaje había operado como él hubiera querido. Solo le quedaba una alternativa: desacreditar por completo a don Blas y presentarse él mismo ante los ojos de Catarina como su salvador, esperando la lenta mejoría de Catarina si tal fuese el caso. El mismo se había quedado estupefacto ante el delirio descomunal de Catarina la Guerrera. Y si no fuese el caso, tendría que irse para siempre del castillo antes de que se descubriera la verdad y que lo acusaran de asesino. Estaba acorralado y dispuesto a jugar el todo por el todo. Solo bastaba que Catarina, todavía enferma y debilitada, creyera en él y en sus palabras.

Desgraciadamente, no fue el caso. El amor pudo más que el vituperio. Por mucho que insistiera Anselmo en convencer a Catarina de que Blas era un ruin amante cuyo único propósito era su hacienda, Catarina no le hizo caso. Y en un momento de desesperación, ante las embestidas de Anselmo que sentía en carne propia como tantos golpes a su fe, tuvo la fuerza suficiente para echarlo del aposento a gritos partidos antes de desmayar, agonizante, en la oscuridad que solo alumbrada la vacilante y tenue llama de una vela.

De inmediato, se precipitaron los hijos en pijama y encontraron a Anselmo a los pies de la cama, desesperado, impotente y lívido como si estuviera rezando. Le hacían preguntas y no contestaba Anselmo hasta que pronunció con voz desarticulada unas oraciones poco oíbles. Fernán y María Dolores lo acompañaron a paso lento hasta su aposento sin decir ni pío. Solo se miraban a los ojos pensando en la maldición de La Castellana que había vuelto a alcanzar el castillo afligiendo los ánimos en una inmensa cuita que parecía sin fin. Tulio, Lara y Alejandro se relevaron toda la noche a la cabecera de su madre cuya muy precaria salud amenazaba con deteriorarse aún más.

UDI-DEGT-UNAH

## L

Llegó Blas principiando la tarde, agotado, intranquilo y muy turbado. La verdad es que tenía con que estarlo tras el largo relato que oyó de boca de Tulio y Fernán. Sin más tardar, se subió al aposento de Catarina junto con los dos hijos de ella y se quedó a la cabecera de la enferma, pidiendo permanecer solo con su prometida. Al salir Tulio y Fernán, se toparon con Alejandro que a duras penas podía contener su rabia. Tulio le aconsejó en tono seco y amenazador que dejara en paz a su madre y a don Blas. Alejandro, furioso y refunfuñando entre dientes entró a su cuarto donde lo esperaba Silvia, preocupadísima por el regreso de don Blas que según ella, traería una sarta de espinas.

Estaba encamada Catarina, pálida y exangüe, sumida en un sueño ligero entrecortado de hálitos y respiros breves como si estuviera hablando sola. Era como si ese mal extraño no la dejara en paz, torciéndole continuamente el cuerpo y el alma. Blas la quedó observando y agarró su mano acariciándola tiernamente. Ella no reaccionaba. Estaba como poseída por fuerzas sobrenaturales que la alejaban cada vez más de la vida. Blas se sentía impotente y recordaba, sentado frente a ella, lo que le habían contado sus hijos, la incapacidad de los médicos, los extraños síntomas que tenía y la delirante escena nocturna de la IV marquesa de los Altos Bojes. Y se acordó de Mi Gloria y de la reproducción del emblema en la gárgola de la entrada del castillo. Pero estaba tan cansado que a duras penas lograba reflexionar. Además, el encierro y la oscuridad de la alcoba lo molestaban. Se levantó, corrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par. Un dulce aire penetró en el aposento y los rayos de sol del atardecer empezaron a iluminar la silueta de Catarina cuyos contornos se desdibujaban en la pared. Ella se volteó y abrió los ojos. Tenía ojeras profundas e inquietantes. Su mirada vidriosa se fijó en una sombra que no consiguió identificar como si un filtro le turbara la vista.

Blas se acercó a ella a pasos lentos y le dio un beso, acariciándole la frente sudada. Fue como si ella hubiese reconocido su epidermis y volvió a cerrar los párpados, como apaciguada, amansada y serenada. Incluso Blas creyó discernir en su semblante el esbozo de una sonrisa en las comisuras de los labios. Empezó Blas a susurrarle algunas palabras pero no reaccionaba. Vio que era demasiado temprano. Pero algo había pasado y Blas se sentía un tanto aliviado. Catarina volvió a dormirse y se veía que respiraba mejor. Era como si la claridad y el aire fresco fuesen el detonante de un pronto despertar. Y Fue en ese momento cuando Blas tuvo la idea de llevársela lejos, muy lejos del castillo, al menos por un tiempo, el tiempo necesario para que se recuperara definitivamente. Solo faltaba hablar con Tulio y Fernán a sabiendas de que Alejandro se opondría tajantemente a su decisión. De todas formas, con o sin el consentimiento de ellos, estaba decidido a llevársela. En el castillo, peligraba. Estaba seguro de ello. No eran momentos de cavilaciones sino de acción. Y cuanto más temprano mejor.

Y así fue. Fernán y Tulio aceptaron con tal de que la ausencia de su madre no sobrepasara un par de semanas. Temiendo fatales desenlaces, Silvia logró convencer a su marido para que, a su vez, diera el visto el bueno a la partida de su madre. Y añadió ella, pérfida: “que sea con un patán o un duque, ¿qué nos importa? Y si puede ese Blas hacer algo por ella, que lo haga. Ni la medicina pudo con ella”. El lugar de reposo, lo había decidido Blas de antemano: la cómoda casita de la que era dueño y que colindaba las lomas de Cahuaca.

Al día siguiente, temprano por la mañana, regresó Blas y se llevó a Catarina en brazos, envuelta en una manta, y la instaló cómodamente en la calesa junta a él. Dio la orden de partida y arrancó el cochero rumbo a las lomas de Cahuaca, amarrado de la calesa, Jerez, el caballo de don Blas.

## LI

Anselmo había jugado el todo por el todo y lo había perdido todo. Dinero y amor. O más bien dinero por amor. Solo le quedaba preparar su huida lo antes posible antes de que regresaran Catarina y Blas. Pero lo que más le atormentaba era la actitud de Cecilia. Intuía que había dejado ella de echarle el filtro a su ama ante el estado desesperado de ella. Y ahora, la sentía capaz de traicionarlo. La disyuntiva era huir de inmediato y nunca más volver pretextando cualquier emergencia del Colegio de abogados o irse a los pocos días para asegurarse el mutismo de Cecilia. Incluso dándole otra bolsa de monedas de oro a cambio de su silencio. Y como también quería vengarse de la bruja, maquinó Anselmo matar un pájaro de un solo tiro. Esperó el anochecer y se fue a casa de la bruja. Esta vez llamó a la puerta.

—Pase, don Anselmo —le dijo sin mirarlo la bruja afanada en la preparación de humeantes mixturas. Le tengo listos dos frascos más.

—No será necesario — contestó Anselmo.

—Al fin, dio en el corazón de su prometida. Me alegra saberlo. ¡Enhorabuena, don Anselmo! Pero no lo veo tan animado, ¿Me equivooco?

Mientras seguía hablándole la bruja, asió ella con firmeza el tizón del fogón.

—Está errada, bruja, todo funcionó de maravillas. Y ese rústico de don Blas se fue para siempre.

—Pero se fue con ella, Anselmo, se fue con ella.

—Está confundida, Bruja —le gritó Anselmo acercándose a ella con el sigilo de una serpiente. Mal le informaron, Lechuza ¿o será que sus poderes están llegando a su fin?

Dio la vuelta la bruja y lo miró a los ojos fríamente con una inalcanzable insensibilidad espectral.

Anselmo retrocedió pero guardó la calma. Sabía que le era prohibido provocar a la sibila si quería vencerla. Y por ley tenía que controlarse.

—Así que me da usted una simple visita de cortesía —le dijo con desafiante ironía la bruja.

—¡Tómelo como quiera, bruja!

La sequedad de su réplica traicionó sus intenciones y Anselmo tuvo que agachar los ojos que empezaban a arderle.

—Le cuesta ser natural, don Anselmo. Es una lástima. Me imagino que en otros tiempos, usted fue buena persona.

—No voy a andar con rodeos con una hechicera. Usted fracasó. Y me debe dinero.

—Le recuerdo que le cobré una sola vez y que me negué a aceptar el segundo cobro.

—¡Qué me importa! Usted arruinó mi felicidad y mi hacienda. ¡Desgraciada! Y se acercó Anselmo nuevamente como si quisiera destriparla.

—Usted mismo se arruinó por su naturaleza de la que me niego a ponerle epíteto, don Anselmo. Se lo había advertido. Solo le entregué frascos de probada eficiencia. Si no operaron, se lo vuelvo a repetir, fue toda culpa suya. Y que no le entre el demonio que yo, se lo voy a meter de verdad y lo acompañaré hasta su muerte como un fiero suplicio diario.

Y la bruja lo miró otra vez a los ojos que empezaban a volverse de una palidez albina. Anselmo no pudo contener su pánico y excedido, se abalanzó sobre la bruja y le atravesó el vientre con la furia incontenible de un puñal. Ella no se inmutó. No se movió. Ningún grito salió de su boca. Estaba como en suspenso y, de repente, con una velocidad fulgurante, le hincó el tizón ardiente en la pierna antes de caerse al suelo.

Anselmo lanzó unos gritos desgarradores y fue a meterse la cabeza en un cubo de agua. Estaba temblando viendo correr la sangre a chorros. Buscó parar la hemorragia y lo consiguió mal que bien. Se sentó un largo rato para recuperar el aliento y calmar sus dolores. La bruja no se movía. Yacía en el piso. La había vencido. Solo le faltaba recuperar el dinero. Pasó así como una hora buscando por todas partes, poniendo la casa patas para arriba y al fin, por pura casualidad, queriendo refrescarse y lavar su vendaje lleno de sangre, encontró la bolsa llena de monedas de oro en un hueco del pozo que se encontraba al lado de la puerta de entrada.

Había recuperado el dinero. La bruja ya no era un peligro. La había matado. Solo le faltaba regresar al castillo, inventar cualquier socapa acerca de la herida suya y silenciar a Cecilia. Bien sabía que otra bolsa de monedas de oro lo podría conseguir. Poderoso es don dinero.



# **LA PROMESA DE PUEBLO NUEVO**

UDI-DEGT-UNAH

## LII

Despertó Catarina a los pocos días, asustada al no reconocer el lugar en que se hallaba. Pensaba que seguía soñando o divagando. Miraba las paredes de madera sencillamente adornadas, los cuadros campestres, la clara luz del día por la ventana medio abierta de donde se oía el piar de los pájaros en los frondosos mangos, el ramillete de flores en la mesita de noche junto a ella. Se inclinó hacia el florero y sintió una fragancia insólita, fresca, airosa que la contentó de inmediato. Se dejó llevar por el encanto del lugar y se sentó en la cama, acomodando la mullida almohada a guisa de espaldar. Se quedó así un largo rato, entre sueños, fantaseando en ese lugar desconocido y a la vez acogedor. Solo podía ser un ensueño. Pero esta vez, no experimentaba ninguna aprensión, ningún tipo de miedo, no alucinaba con paisajes desolados y extraños o pulsiones de muerte que la iba asfixiando de vez en cuando. Los objetos no se movían. Se que—daban en su lugar, estáticos, inmóviles y fijos. Sentía el viento rozarle el cuerpo. Era como si estuviera viva de verdad, como si estuviera saliendo paulatinamente de ese estado a la vez convulsivo y letárgico que amenazaba con destruirla a fuego lento. Intentó levantarse y lo pudo aunque fuese con dificultad. Sentía que todavía sus músculos estaban entumecidos y no respondían a su voluntad. A pasos lentos y vaci—lantes, se dirigió hacia el espejo que estaba encima de la cómoda y esta vez, entendió sin ninguna duda posible que estaba viva. Se asustó al constatar los estragos de la enfermedad en su semblante. Sus dedos todavía temblorosos seguían las profundas arrugas que tenía en las mejillas y el cuello y empezaron a dibujar el hondo contorno cóncavo de sus ojos ojerosos y tristes. Se quedó así un instante, impotente, y fatigada. Ni le dio la fuerza de salir del cuarto. Solo se asomó a la ventana y vio grandes extensiones de tierras cultivadas que llegaban hasta los pies de medianas lomas boscosas. Aunque desconocía ese lugar y la casa en que estaba, no le importaba: sabía que estaba viva y que estaba saliendo de ese repentino infierno de dolores y alucinaciones. Abrió la ventana de par en par y volvió a acostarse mucho más serena pero con muestras evidentes de agotamiento. Se dejó mecer por el viento que llegaba hacia ella refrescando su memoria y su lánguido cuerpo. Y volvió a dormirse Catarina.

Había edificado Blas ese apeadero, esa modesta vivienda de paso hacia años para evitarse largos viajes inoportunos de noche y para que sus hombres también pudiesen disfrutar de ella tras varios días de labor en esa zona alejada. A Blas le gustaba quedarse allí algunos días al mes. En esos apacibles parajes apartados en que solo le visitaban tigrillos, venados, ciervas, serpientes, tapires, chanchos del monte o iguanas, Blas se sentía bien. Era como un refugio después de largos y agotadores periodos de faena. Allí le gustaba quedarse, la mayoría de las veces solo, en el silencio y el frescor del monte. Se levantaba a las tantas. Se preparaba un café bien fuerte y desayunaba con tortillas con queso. Luego se quedaba en la hamaca que había dispuesto de tal forma que pudiera contemplar a gusto las frondosas lomas arboladas y al anochecer la puesta del sol. O se ponía a leer o a dibujar algunos croquis o bocetos en un cuadernito que siempre llevaba en su bolso de cuero. Por la tarde, solía ir a caballo por los senderos mal definidos que bordeaban los cerros. Y cuando se le antojaba, se internaba en la selva y dejaba a Jerez solo en los claros que limitaban las colinas. En aquellas zonas infestadas de serpientes, era mejor dejar libre al caballo. Y éste estaba acos—tumbrado y lo esperaba horas, paciendo con paciencia. Los paseos por las lomas boscosas los aprovechaba para bañarse en ríos y modestas cascadas y luego para pescar. Y por la noche, encendía la fogata y asaba pescado o las liebres que se habían dejado atrapar con trampas. Y entre las cosas que eran de su uso y costumbre, nunca se le olvidaba una sola vez meter en el balde del pozo, unas cuantas botellas de cerveza que por la mañana, sacaba de la despensa de piedra.

Esa noche, estaba asando Blas una liebre cuando oyó chirriar los goznes de la puerta de entrada. Dio la vuelta, inquieto y apareció ella en el corredor exterior, caminando lentamente hacia la baranda. Se precipitó Blas hacia ella y se abrazaron efusivamente. Esta vez, al sentir el cuerpo de su prometido contra el suyo, entendió Catarina que había terminado la pesadilla.

## LIII

Los días siguientes fueron días de puro amor. Blas se dedicó completamente a ella. Vivía en función de ella. La colmaba de atenciones para que nada le faltara y que se sintiera bien. Ya había recobrado Catarina el conocimiento y eso era lo más importante. Poco hablaba y todavía le costaba caminar. La mayor parte del tiempo lo seguía pasando encamada y solo se levantaba al anochecer para ir a sentarse en una mecedora viendo el declinar del sol. Ahí se sentía bien, respiraba mejor y descansaba al aire libre mientras Blas preparaba la cena. Había puesto Blas una mesita redonda en el pasillo exterior para que cenaran juntos. No le apetecía comer, seguía desganada pero Blas se las ingeniaba para guisar suaves manjares a base de verdura y se esmeraba en hacerle jugos variados por la copia de frutas en los alrededores. Poco comía pero comía y se esforzaba por comer. Eso tranquilizaba a Blas que miraba en su actitud diaria que seguía sufriendo mucho y que todavía no se le habían quitado los insoportables mareos. Luego se pro—longaba la sobremesa en un silencio bonancible en que más importaban las sensaciones que las palabras. Quedábanse los dos, dándose la mano, comiéndose de la vista, sentados cómodamente frente a la oscuridad estrellada.

A las pocas noches, Blas se propuso entretenerla leyéndole algunos pasajes de libros que se habían acumulado a lo largo de sus estancias. Le agradaba a Catarina oír las largas descripciones de las huertas valencianas donde se habían encontrado Leonora y Rafael y donde prosperaba la familia Brull. Desgraciadamente, no se llegó al desenlace, no porque volvió a empeorar el estado de salud de Catarina sino porque mediando el tiempo, se había descompuesto el libro quedando tan solo las dos primeras partes. Le prometió Catarina comprarle un nuevo ejemplar de Entre naranjos cuando regresaran juntos al castillo. Ya empezaba a sonreír Catalina y esperaba con gusto esos anocheceres junto a su prometido que tanto la mimaba y cuidaba como nunca nadie se había ocupado de ella antes. Blas se dio cuenta de que ya estaba por terminar la convalecencia cuando empezó a alimentarse más y a pedir carne asada. Además, las sobremesas de lectura se fueron convirtiendo en inolvidables momentos de risa y alegría al leer Blas teatralmente los primeros capítulos de la Historia del famoso Fray Gerundio de Campazas cuyo autor desconocía ella. Años más tarde y ya casados, dedicaría Catarina mucho empeño y tiempo para encontrar la colección completa de las obras de José Francisco Isla que tanto entretenimiento le había dado en uno de los peores momentos de su vida.

Dio Catarina su primera salida por la afueras de la vivienda a la semana. Lucía ella un largo y luminoso vestido blanco con ribetes rojos en los faldones y había vuelto a pintarse levemente. Ondulaba su intenso y brillante cabello que había dejado suelto. Ambos sentían que se estaba alejando definitivamente esa extraña enfermedad. Dieron un breve paseo pero ese día sintió ella que aún se cansaba rápido y que todavía no había recobrado por completo el aliento. Blas se la llevó en brazos hasta la vivienda, entre risas y besos.

Faltaba poco antes de que se fueran de ese apeadero de paz. Catarina quería prolongar la estadía pero Blas le contó que se había compro—metido con sus hijos para que la estancia no excediera dos semanas.

—Quedémonos más tiempo, Blas, necesito estar a solas contigo. Nunca hemos compartido tiempo juntos.

—¿Y tus hijos?

—Nunca mis hijos han decidido en mi lugar. Yo quiero vivir contigo y no con mis hijos. Basta con que yo les escriba una carta para decir que estoy mucho mejor y que necesito descansar más tiempo y que así lo he decidido yo.

—Muy bien su Majestad. Siendo yo fiel súbdito suyo, me conformo a su decisión e iré o iremos, si está en condición su Majestad de subirse a mi montura, a dejar la carta a la aldea más cercana. Y también le mandaré una carta a Alfonsa para que el cochero vuelva a traernos en el momento oportuno.

Estaban los dos tendidos en una manta por debajo de un mango, disfrutando de esos días de intimidad que tanto les había hecho falta.

—¿Y por qué no escribir la carta enseguida? Y mañana iremos a dejarla —preguntó Catarina.

—Bueno —dijo Blas—si tales son sus deseos, voy de inmediato a buscar papel y pluma.

—Es fiel servidor Blas, y espero se quede toda la vida a mi servicio —dijole ella agarrándolo del cuello de la camisa para darle un beso enérgico.

—Su majestad, por favor, nos pueden ver. ¿Qué dirán en la Corte?

—La Corte soy yo, bello vasallo. Y doy Corte en castillo que también es mío.

—¡Ojo! Majestad que todavía está convaleciente!

—Gracias por preocuparse de mis dolencias pasadas, vasallo. Pero creo que se le ha olvidado que poco ha, la misma noche del desposorio con su Señora, usted también tuvo ciertos desvaríos.

—Siempre cumplo i cumpliré con sus irresistibles mandatos i ¡Al diablo la prudencia!

Y ambos cuerpos impetuosos rodaron en la fresca hierba del monte que olía a miel de mango y jocote.

## LIV

Este anochecer, la escritura de la carta a los hijos sustituyó a la lectura de pasajes novelescos pero fue aún más divertida la sobremesa por ser creación propia. Terminada la cena más abundante que de costumbre y embriagados por haberse encontrado de nuevo, se pusieron mano a la obra, valiendo más cuatro que dos, o dos más que una y con más agudeza que nunca, fue tomando la misiva ese tenor y estilo placentero:

Estimados hijos,

Estamos seguros de que se alegrarán al tener noticias de su madre y de su futuro padre. Quiero aclarar de antemano que no es culpa suya cuando al leer dicha carta, se darán cuenta de que pasaron las dos semanas. En nada les defraudó don Blas. Muy al contrario. La gran estima que siente hacia ustedes hizo que no quería traicionar su palabra y el compromiso que por ley tenía con ustedes, tratándose de tema tan imperioso como la salud de su futura esposa, madre de sus hijos. Dicho proceder y dicha actitud lo ennoblecen a mis ojos y a los de ustedes, convencida estoy de ello.

La susodicha decisión fue decisión mía y tan solo mía y tuve que suplicar a mi amado don Blas para que accediera a mi petición y le agradezco su grandeza y dignidad por haber sabido actuar con juicio y discernimiento, anteponiendo el destino de su futura esposa a un noble compromiso que caduco se está poniendo, por haber recuperado yo el conocimiento y estar en condiciones de diagnosticar mis propios males, la gravedad de mis padecimientos y el tiempo necesario a mi recuperación y restablecimiento.

Entenderán que la salud de su madre de esa disposición dependía. No puedo decirles más por el momento solo que imprescindibles son esos días adicionales de reposo y calma al lado de mi futuro esposo. Los terribles padecimientos de los que sufría se van yendo poco a poco y estoy convén—cida de que entenderán la propiedad de mis actos en concordancia con mi cuerpo y alma. De eso no lo dudo y nunca lo he dudado.

Dieta, reposo y vida sana son mis días por las lomas de Cahuaca. Llevo una vida de retiro, una vida monacal que lo sería de verdad si mi querido don Blas no estuviera conmigo. Me despierto con la aurora, me quedo encamada todo el día y solo me atrevo a salir unos momentos por el anochecer. No se entristezcan y apiaden de mi condición, al menos estoy viva, vuelvo a comer y a caminar. Todo gracias a mi querido, amado y venerado don Blas. Sin él, pienso yo que me hubiera muerto. A diario, me ayuda a combatir los extraños males míos y me cuida sin cesar. Esa vida ascética la siento como un paso necesario hacia mi mejoría definitiva que no contemplo por el momento.

Todavía hacen falta muchos días y largas noches de insomnio enfrascada en dolores tan repentinos como evanescentes para que me recupere comple—tamente. No acostumbro quejarme pero créanme, hijos míos, dentro de poco estaremos con ustedes, juntos en familia, con mi venerado don Blas cuya presencia a mi lado necesito más que nunca, hoy y mañana. Esa convalecencia por las lomas de Cahuaca no son más que una prueba en el camino de la felicidad.

—Por favor, Catarina, amor mío, no exageres tanto, que se van a preocupar en demasía tus hijos.

—¿De verdad, lo piensas? —Contestó ella, riéndose con aire travieso.

—Van a pensar que todavía te pierdes en extravíos mentales. Se van a asustar pensando que todavía estás mala, muy mala. Y se van a enojar imagi—nándose que mejor estarías en el castillo y no en una humilde vivienda perdida en el campo.

—¿Y qué te parece el estilo, amor mío?

—Me haces pensar en los místicos, Santa Catarina —contestó don Blas, risueño.

—Gracias por el cumplido. Ni lo había pensado. Así se ve más auténtica la carta. En cuanto al contenido, de inmediato tomo en cuenta tus observaciones pero quiero que crean que estoy mejor pero no lo suficiente para regresar ya.

Añadió Catarina unas líneas más, procedió a unos leves cambios y volvió a leerle la carta desde el inicio.

—¿Cómo se oye?

—A la perfección, querida, vas por buen camino.

—Bueno, así podremos quedarnos el tiempo que queramos en este tan lindo apeadero, solo los dos. Sin nadie alrededor nuestro. Tan solo los dos. Pienso que en esa etapa de mi vida, después y antes, creo yo, de lo que me pasó, necesito más que nunca vivir plena e intensamente contigo, solo contigo. ¿Qué te parece? ¿No me ves excesiva? ¿No te vas a fastidiar de mí?

—Eres mi reina. Los dos. Tan solo los dos. ¡Qué más puede desear uno en la vida, siendo amado por una persona tan linda, bella y generosa!

Y le dio él un largo beso.

—Ahora —dijo ella—a ti te toca escribir la continuación. Vamos a ver si tienes talento.

Y así empezó don Blas la segunda parte de la carta:

Por el camino de la felicidad voy y dentro de poco estaré con ustedes, sanada del todo. Alejandro, me llevarás a tu nueva fábrica. Tu vocación de emprendedor siempre me ha fascinado y además, supiste escoger a una exquisita mujer en la persona de Silvia que te dio hermosos hijos, de los más adorables y graciosos. Me hacen falta al igual que los hijos de Fernán y Tulio, tan bellos y generosos como sus padres. Añoro los lances de tresillo con mi querido hijo Fernán al igual que echo de menos a Tulio y sus amenas y exquisitas tertulias. Mi adorado Blas me hizo descubrir al padre Isla y anhelo compartir con todos las lecturas de tan talentoso autor. Espero saborear a mi regreso, las sabrosas tortas de fresas de María Dolores y degustar los deliciosos manjares de Helena que tanto esmero pone en hacerlos al igual que la servidumbre en el mantenimiento del Castillo. Y volveré a recorrer los senderos del parque hasta las chozas que bordean el lago en compañía de mi dulce y perspicaz Clara que tanto afecto y admiración le tengo. Les echo de menos a todos y les mando miles de besos.

—¿Qué te parece, Catarina?

—Me sorprendes, Blas. Escribes como si conocieras a mi propia familia desde años. Pero si me permites, terminaré yo la carta. Quito el punto y añado:

al igual que Blas. Sin Blas, mi vida no sería. Y cuando regresemos al castillo, seremos una nueva familia.

—Su Majestad —dijo con tono exclamatorio y admirado don Blas.

—Quiero tomarme una cerveza, Blas —dijo Catarina. ¡Al diablo los males pasados!

Las lomas de Cahuaca se perdían en el cielo estrellado de esa noche idílica y pastoril como si estuvieran solos en el mundo y solo ellos importaran.

## LV

En las semanas siguientes, se prolongó el idilio y desapareció por completo el martirio de Catarina. Recobró apetito, sueño y vivacidad alentada sin lugar a dudas por el profundo amor que sentía por Blas y que le daba él a ella. No se había equivocado ella. Perdidamente lo deseaba, locamente lo amaba. Esa simbiosis transformaba a diario los actos cotidianos en una vida deliciosa y dulce. Agotándose los víveres, se fueron los dos, montados en el mismo caballo hacia la aldea más cercana a tan solo unas leguas, atravesando prados y llanuras que colindaban las pardas y verdes lomas. Era una aldea sencilla, con tan solo una calle principal y algunos barrios polvo—rientos. Recorrieron la calle caminando, viendo los puestos de hortalizas, frutas, embutidos, carne, queso y ropa y les guió el fumé del asado hasta el único albergue de la villa. Era un lugar encantador con techo de paja sustentado en vigas de caoba, y en medio de la gran choza rodeada de mesas de madera todas ocupadas, estaba rosti—zando un cordero un empleado, echándole de vez en cuando una salsa condimentada que bien rica olía. Al lado, ardían y hervían una hilera de asadores y fogones de los que se ocupaban tres señoras mayores muy afanadas. Una joven camarera se acercó a ellos e intentó buscarles una mesa disponible. Por suerte, estaban por irse unos obreros y pudieron sentarse sin esperar demasia—do. Catarina contemplaba con ojos pantagruélicos las parrilladas y el cordero rostizado. Don Blas la miraba divertido por su indecisión e irresolución. Bien se veía que todo le hacía la boca agua. “Y por qué no probar un poco de todo”—le sugirió Blas y ella aceptó de buena gana la idea. Llamó Catarina enseguida a la mesera y le preguntó si podían servirle un plato de tres carnes: cordero, salchicha y carne de res. La mesera contestó que sí, que no había ningún problema, que era cos—tumbre de la casa y que incluso podía proponerles un plato único para los dos, que les saldría más barato. Les preciso que la guarnición la componían arroz, puré de frijoles y tajadas. Pasa—ron un momento divino en esa choza en la que solían encontrarse numerosos los vecinos de la comarca por ser sábado, día de mercado.

Almorzaron con tantas ganas que les costó irse, tan bien que estaban a la sombra airosa de las chozas. Y para prolongar ese sábado tan encan—tador, decidieron comerse un helado casero que también hacía la fama de ese albergue perdido en mero campo. Esperaron que bajara el calor para ir de compras al mercado. Y cargados como mulas, se fueron de la aldea, montados a caballo, desbor—dándose las alforjas y espuestas y preguntándose si aguantarían ellos tanta incomodidad y tanto peso, la montura. Pero resistieron la montura y las espuestas que sin embargo a punto estuvieron de romperse.

Llena la despensa, no salieron más de la vivienda tan solo para pasear y refrescarse en las cascadas de los montes de Cahuaca. Disfrutaron inten—samente de su estadía hasta el último día en que vino a buscarlos el cochero. Catarina era irreco—nocible, radiante y esplendente como la vez en que se encontraron a caballo en la alameda bosco—sa o la primera vez en que ella lo vio en el castillo cuando le trajo las famosas trufas y rábanos negros o cuando se quedó a cenar ella en la cocina de Blas. Ni una sola marca, ni una sola señal de su recién padecimiento tenía, ni en cuerpo ni en alma. A todas luces, las fuerzas del amor habían podido más que las fuerzas del dolor.

## LVI

—Mira Cecilia, falta poco para que me vaya —le dijo Anselmo—. No puedo quedarme más en el castillo. Me despediré de la familia cuando vuelvan Catarina y ese Blas.

—¡Usted es el ladrón! — le objetó ella en tono seco y retador.

—¡Cállate! Cecilia querida. ¡Qué nos pueden oír! Te ruego que no te excedas. No pasa nada. Es tiempo que me vaya y solo te aviso de mi partida. Nada más.

—Usted quiso matar a la señora de Alarcón. Ya no me lo puede negar. ¡Míreme a los ojos! Y me engañó con el filtro de amor que no era más que veneno. ¡Usted es un asesino! —Dijo ella encolezada. Ni se apiadó por el estado en que estuvo Catarina por su culpa, a punto de morir.

—Se me va a cerrar ese pico de inmediato o la callo para siempre —le replicó en tono amenazador Anselmo y agregó, excedido:

—La culpa no es mía. Es de la que hizo el brebaje. No es responsabilidad mía si las dosis no fueron las correctas.

—Usted se lava las manos, como siempre. Es demasiado fácil —le contestó Cecilia, indignada.

—Querida Cecilia, no vale la pena que te pongas en ese estado. La culpa la tienes tú. Y solo tú. Y te voy a enseñar quien soy yo —le replicó, con aire malintencionado.

—¿Usted me quiere matar a mí también?

Calló Anselmo e intentó calmarse:

—No necesito hacerlo. Tengo lista una carta en caso de que se te suelte la lengua.

—¿Qué carta es ésa? ¿Usted me chantajea o qué? Yo también le puedo acusar.

—Pero fuiste tú, Catarina querida, la que le diste el filtro a diario. La policía lo podrá demostrar con facilidad.

—Si yo caigo, usted también caerá.

—Eso lo dudo y además, estaré lejos de aquí.

—Yo lo acusaré. Y solo necesitaré entregar el di—nero como prueba de que me quiso comprar e intimidar con mi hija. ¿Qué piensa usted Don Anselmo? ¿Qué acaso soy babosa!

Sacó Anselmo otra bolsa del armario, un sobre y los puso en la mesa. Y tendiéndole a ella la bolsa llena de monedas de oro, le dijo:

—Es tuya. ¡Cógela!

—¿Qué piensa, ladrón? ¿Qué me va a corromper otra vez?

Anselmo no contestó y le enseñó el sobre cuyo destinatario era el Comisario en jefe de la policía de San Cruz.

—¿Quiere que te lea la carta? ¿Te va a doler? Y muchísimo. Vas a pasar unos añitos bien tran—quilos en el calabozo. Te cambiará del castillo. ¿No te parece?

—¡Qué vergüenza me da! Usted es un cínico, un ser sucio y despreciable. ¡Hágalo! ¡No me importa! Yo sabré demostrar que usted fue el cerebro de ese envenenamiento.

—¿Y qué crees, pobre Catarina? ¿Acaso no conoces la justicia? Yo soy hombre de ley. Uno de ellos. Parece que se te lo había olvidado. Uno de ellos —repitió adrede Anselmo. Nadie tomará en serio tus acusaciones, pobre criada. Y además posees las pruebas de tu propia condena. ¿Qué te imaginas? ¿Piensas que la justicia tendrá la menor duda en condenar a una vulgar criada que quiso matar a su ama? Te equivocas, pobrecita. Me das pena. Y tú misma detentas el motivo de ese crimen fallido: las bolsas de oro. A no ser que te deshagas de ellas. ¿Eres capaz de hacerlo? En el caso contrario, las encontrarán y puede ser que te ahorquen.

Cecilia se puso nerviosa, pálida y descompuesta. Tenía la mirada llorosa. Se sentía atrapada, se había convertido en la presa fácil de Anselmo. Y viéndola acorralada, Anselmo le asestó el golpe de gracia:

—Y no te olvides, querida Cecilia, que tu hija terminará por saber que su madre está encar—celada por envenenar a su ama, la señora de Alarcón. Toda su vida arrastrará esa vergüenza, esa infamia, esa mancha. Solo me falta mandar la carta. ¿Así lo deseas?

Anselmo volvió a tenderle la bolsa llena de oro con desprecio y ella, cabizbaja, no tuvo más remedio que aceptarla.

—¿Puedo contar con tu silencio? —Le preguntó Anselmo.

Asintió con la cabeza Cecilia sin decir ni una sola palabra.

Teniendo Anselmo la intención de quedarse hasta que regresaran Catarina Y Blas para no levantar ninguna sospecha, abandonó a la postre Anselmo el castillo poco después de conversar con Cecilia. La desconfianza que le inspiraba ella era tal que él no tuvo más remedio que irse esa mismísima noche y para

siempre, maldiciendo el famoso día en que tuvo esa irreflexiva idea de volver a ver a Catarina de Alarcón. Y se fue Anselmo en la oscuridad, como un reptil, sin haberse despedido de nadie.

UDI-DEGT-UNAH



## LVII

El regreso de Catarina y Blas fue festejado como se debía. Nadie podía creer en lo que estaba viendo. “Un milagro” —dijo de inmediato doña Helena, persignándose al ver a su Señora esplendorosa y radiante. Y no paró durante días y semanas de repetirlo cada santa noche a sus colegas, entre sartenes y ollas, como si los rezos de la cocinera hubiesen salvado a Catarina de Alarcón. Se divertían Mateo y Lázaro así como Blanca por el desbordante misticismo que ella misma se iba forjando y empezaba a atribuirse dotes sobrenaturales de mística convencida, en los que solo creía Mauricia pero tan solo a medias. Mateo y Lázaro se reían haciéndola rabiar e intentaban explicarle a doña Helena que el único curandero, santo o exorcista se llamaba Blas. Horrorizadas, doña Helena y Mauricia los tachaban de ignorantes en las cosas de Dios diciéndoles que las fuerzas divinas tenían infi—nitos poderes. Blanca y Mateo trataban más bien de convencerlas de que eran más bien las fuerzas del amor las que le habían salvado a Catarina de Alarcón. Y Lázaro, habiendo aprendido mucho de su amigo, no se molestó para nada en decirle con punta a Mauricia que en demasía se inclinaba por doña Helena, que le buscara el punto común y exacto entre el Diabolo y Blas y que en ese caso, encontraría la respuesta. Si bien Mauricia nunca lo encontró, doña Helena tampoco se la dio, por tapar vergüenzas. Don Ramón había vuelto a ocupar su lugar, dignamente irritado desde la ausencia de su ama por recibir órdenes de otros que no fuesen de la Señora de Alarcón. Pues, todo volvió en su lugar y Blas fue acogido como el verdadero salvador, un ser bello, exquisito y solícito.

Irradiaba Catarina una felicidad contagiosa que volvió a dar aún más lustre al castillo. Era como si sus males nunca hubiesen existido, como si hubiesen sido un sueño o una pesadilla. Se sentía alrededor suyo que tenía ella unas inmensas ganas de vivir y de compartir su alegría. La misma noche de su llegada, anunciaron Catarina y Blas en la cena la decisión de casarse dentro de poco. Todo el mundo aplaudió dicha disposición, en propio como en figurado y sintió Catarina por vez primera que cada quien era sincero. Incluso el más renuente, Alejandro, quien quizás durante un tiempo pensó que se le iría la herencia al desposarse su madre. Los nietos estaban felices como nunca al volver a encontrar a sus futuros abuelos y Blas no paró de contarles historias más extraordinarias las unas que las otras acerca de su paradero, las lomas de Cachuaca, lugar selva—tico en que habían barbado plantas sacamuelas, árboles sacamantecas, duendes y gnomos saca—liñosos, sacamocos y sacalenguas.

Y al finalizar la sobremesa en la que también participó Catarina, todos se quedaron admirados al constatar la fortaleza de Catarina que bien hubiera podido pasar la noche entera conversando o jugando tresillo. Nadie reparó, o casi nadie, en el hecho de que se quedara a dormir Blas al lado de su futura esposa. Esta vez, las alcobas se quedaron en la oscuridad. E incluso la ausencia de Anselmo pasó casi desapercibida.

Fue tan solo a la mañana siguiente cuando la ausencia momentánea de Anselmo tomó otra dimensión. Antes de que se fuera Blas para su finca, Lázaro se fue a su encuentro en el parque y le pidió que le escuchara, a solas, acerca de un asunto sumamente perturbador y alarmante. Accedió Blas a su petición y fueron juntos en dirección a las caballerizas donde se hallaba Jerez, el caballo de Blas.

## LVIII

- ¿Qué es lo que te tienes tan preocupado, Lázaro? —le preguntó Blas.  
Lázaro miró alrededor suyo y empezó a hablarle en voz baja.
- Más alto que no te oigo, no hay nadie en la caballeriza. Tan solo caballos.
- ¿Qué piensa usted de Anselmo? —Don Blas.
- ¿Por qué esa pregunta?
- El se fue.
- Lo sé. ¿Y?
- Ese señor se fue así por así. Sin despedirse de nadie. Ni de doña Catarina ni de usted ¿No lo ve raro?
- Pues a lo mejor tenía urgentes asuntos pendientes. Y puede ser que vuelva dentro de unos días. Nada peregrino hay en eso.
- No volverá, Señor. Yo mismo fui a su aposento y no dejó absolutamente nada. Está del todo vacío. Se lo juro.
- ¡Qué atrevido eres, Lázaro!
- ¿Puedo confiar en usted, don Blas?
- ¿Por qué tanto misterio, Lázaro?
- Le repito la pregunta, don Blas: ¿puedo confiar en usted?
- Claro. Claro que sí. ¡Habla pues!
- Varias veces he sorprendido a Anselmo salir del castillo de noche, rebozado. Y eso me llamó la atención.
- ¿Y qué?, ¿Es un delito tomar el fresco?
- Usted no me entiende.
- Pero tampoco hablas claro.
- Bien, ahora sí que le voy a decir las cosas, don Blas.
- Y Anselmo volvió a ver alrededor suyo como si temiera de que alguien llegara de improviso o estuviese oyéndolos.
- Intrigado, lo he seguido y se fue Anselmo de socapa hasta el bosque. Lo seguí con cautela y prudencia hasta que entró en casa de la bruja. Me quedé un ratito allí pero usted sabe, esos parajes de noche, poca confianza infunden.
- ¿De qué me estás hablando?
- La bruja, don Blas. La bruja del bosque. Bien sabe usted que por ahí vive una bruja, ¿no? cuyos poderes sobrenaturales pueden hacer fortuna o deshacerla. ¿Usted no me va a decir que nunca oyó hablar de esa bruja?
- Sí que he oído hablar de esa bruja para serte franco. Pero nunca la vi. Y además no presto atención a ese tipo de cosas.
- Ese no es el asunto, don Blas. ¿Usted no quiere entender o qué? Disculpe que le hable así.
- Yo no veo nada extraño en que Anselmo consulte a una bruja si tal es su deseo. Tendrá motivos para hacerlo.
- Justamente. Ya llegamos al meollo del asunto, Señor. El motivo. El motivo —repitió Lázaro. No se enoje conmigo, don Blas. No son más que hipótesis. Por eso le pregunté si Anselmo era amigo suyo y usted no quiso contestarme.
- ¡Habla, Lázaro! ¡Por Dios! No te pasará nada. Te lo prometo.
- Pues, a mi modo de ver, los extraños males de los que ha padecido doña Catarina, su prometida, vienen de la casa de la bruja.
- Dios mío, Lázaro. Te das cuenta de la gravedad de las acusaciones que pronuncias.
- Claro que sí, don Blas. Soy muy consciente de lo que afirmo. Y por eso estuve esperando con ansias su regreso y él de doña Catarina.
- Gracias por confiar en mí, te lo agradezco muchísimo Lázaro. ¿Lo que quieres decir, es que Anselmo contrajo los servicios de la bruja?
- Eso quiero decir, don Blas, pero no se lo puedo asegurar. Una vez en casa de la bruja Anselmo, yo me fui y no pude ver lo que estaban tramando. Se lo expliqué.
- ¿Piensas pues que intentó Anselmo envenenar a Catarina?
- Lo pienso, don Blas. Estoy seguro de ello. Pero no tengo ninguna prueba. Tan solo lo que acabo de contarle.
- Dios mío. ¿Qué está pasando en este castillo? —Preguntó en voz alta don Blas muy preocupado por las develaciones de Lázaro.

—¿Qué pasó con Anselmo, don Blas? Hágase la pregunta. ¿Por qué fue a ver varias veces a la bruja? ¿Por qué desapareció del castillo de la noche a la mañana, sin avisar, sin esperar el regreso de doña Catarina, su gran amiga y de usted, su prometido?

—Tienes razón, Lázaro. Y te agradezco tu sinceridad y honestidad. Puede ser que tengas la razón. Dios mío. No me lo puedo creer.

—Usted no ve raro, don Blas, que al alejarse del castillo durante varias semanas, se recuperó por completo la Señora de Alarcón.

—Me estás abriendo los ojos, Lázaro. Ni se me había ocurrido. ¡Qué tonto soy! ¡Qué ceguera fue la mía!

—No se lamente, don Blas, usted no podía adivinarlo. Ni los médicos acertaron. Por los extraños padecimientos de la señora de Alarcón y el comportamiento no menos extraño del Señor Anselmo, actué como actué.

—E hiciste muy bien, Lázaro. Algún día, sabré agradecer tu discernimiento y lo que has hecho por mí y Catarina. ¡No lo dudes! Algo te propongo, Lázaro, que me lleves a casa de la bruja y ahí veremos. ¿Qué te parece?

—Muy buena idea, señor. Pero sepa que con ella no se juega. Le repito que tiene poderes prodigiosos y peligrosos.

—Escucharé tus consejos. Mañana por la tarde a eso de las cuatro nos encontraremos aquí mismo.

¿Te parece?

—Me parece. Muy buena idea.

—Y sobre todo, amigo Lázaro, no cuentes nada a nadie. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Me permite una última pregunta, don Blas? Es que necesito desahogarme.

—Claro que sí hombre. Te escucho.

—Anselmo no pudo actuar solo. Lo he pensado desde hace unos días. Y eso me impide conseguir el sueño. No pudo actuar solo. Tiene cómplice o cómplices en el castillo.

—¡Ah Lázaro! Eres muy listo, perspicaz y sagaz. Pero déjame poner orden en mi cabeza que mañana hablaremos de eso y veré más claro. ¿Te puedo pedir un favor?

—Claro que sí, don Blas.

—Esta noche no estaré en el castillo. Estaré en mi finca. Tú sabes, por lo de la feria de Pueblo Nuevo.

—Entiendo, señor.

—Pues, cuida de la señora con mucha discreción. Sabrás hacerlo. Me lo has mostrado hoy con creces.

—Cuenta conmigo, don Blas. No le fallaré.

## LIX

Regresó Blas a la finca inquieto e intranquilo pero disimuló para que no se diera cuenta Alfonso, tan contenta de volver a verlo después de su estadía con la señora de Alarcón. Blas se quedó platicando con ella, contestando pausadamente a sus preguntas sobre Catarina, a quien mucho quería ella, y la tranquilizó sobre su salud. Se alegró muchísimo Alfonso al saber que se había recuperado del todo y que se habían terminado las preocupaciones e inquietudes. Al fin les esperaban la tranquilidad.

Pero Blas no consiguió el sueño. Por una parte, se sentía feliz por la estancia por las lomas de Cuahuaca, por haber pasado días tan lindos y hermosos con su prometida ya al abrigo de cualquier peligro. Y de repente, apenas de regreso a casa, surgía otro. La revelación de Lázaro lo dejaba sin voz y sin aliento. Nunca pensó que alguien pudiese ser tan malo, ruin e innoble. Esa noche tomó la decisión de no hablar del caso con Catarina hasta que se supiera más acerca del asunto. Necesitaba tener pruebas. Pero sabía en su fuero interno que Lázaro había dado en el blanco. La extraña enfermedad de Catarina solo se podía explicar por un conato de envenenamiento, fuese cual fuese el nombre del brebaje que se le diese.

Catarina le había contado a Blas que de joven había tenido un amorío con Anselmo, nada serio y que no lo apreciaba justamente por idear remover sentimientos pasados que en ella solo eran cosas de juventud, cosas del pasado. Tampoco lo apreciaba Blas. Lo juzgaba falso, hipócrita, meloso, artificioso, celoso y un tanto despreciativo y altivo con ínfulas de superioridad que a duras penas podía disimular.

No le fue difícil a Blas entender que el motivo que empujó a Anselmo a recurrir a los servicios de una bruja fue el amor. Y entendió que al inicio, sus planes hubieran podido funcionar, engañando a la inocente Catarina. Pero desgraciadamente para Anselmo, llegó él, entabló amistad con Catarina y se profundizó dicho lazo hasta volverse idílico. No lo podía saber Anselmo. Fue una mera casualidad. Claro que no la quiso envenenar pero quien se mete con brujas —pensó Blas— medio brujo termina siendo. Y en definitiva, casi mató a Catarina por celos, se imaginó Blas, por puros celos. Menos mal, pensó él, que tomó esa decisión de alejarla del castillo. De lo contrario, tal vez se hubiera muerto Catarina. ¡Qué horror! Solo pensarlo me vuelve loco. Y ahora se nos escapó ese cabrón al darse cuenta de que todo lo descubriéramos al regresar al castillo. Por supuesto, lejos del castillo, lejos del veneno. ¡Qué ingenuo soy! Nunca me hubiera podido imaginar tanta maldad, malevolencia, ferocidad y vileza. Y ahora me imagino que se fue lejos, muy lejos. Y tranquilo está en su infelicidad. Pero nunca hay que desesperarse. Para nada sirve lamentarse. Lo hecho está hecho. Habrá dejado huellas, testigos, pruebas de su ignominia. Primero, la bruja y segundo el cómplice. Veremos lo que nos cuente la bruja, si hablar quiere. Y luego, tenemos que desmascarar al cómplice sin levantar sospechas ni arruinar la vuelta a la paz y a la tranquilidad. Y por esas dos personas tal vez descubramos el paradero de ese ruin e infame Anselmo. Hemos de actuar con sigilo y gran reserva —pensó Blas— y sé poder contar con Lázaro que me parece hombre de bien y de confianza. Mucha faena tenemos por delante que además se va acercando la feria de Pueblo Nuevo. Mañana es otro día.

## LX

La vida en el castillo volvió a retomar su curso y se fue alejando poco a poco el recuerdo de los extraños padecimientos de Catarina. Si bien afluían en privado y, de vez en cuando, unos propósitos censores y fustigadores sobre don Blas, principalmente por el futuro casamiento y las bodas, no tenían la maldad destructora de antes, tan solo críticas sin fondo, superficiales, el tiempo necesario para que cada quien digiera la definitiva unión entre Catarina y Blas. En su mayoría, los interrogantes de la familia versaban sobre si viviría Blas en el castillo, los dos en la finca o si optarían por comprarse una casa. Tanto había hecho Blas en tan poco tiempo por Catarina que ya era de hecho miembro de la familia, cada quien lo había entendido y aceptado.

La llegada al castillo en ese momento y de improviso, de la Señora de Alastruz con su hija, puso un toque adicional de contento y alegría.

La señora de Alastruz era una de esas damas un tanto estafalaria, chapada a la antigua y que, sin embargo, solía salir con esas ocurrencias tan solo suyas cuyos efectos nunca medía. Disciplina, orden, urbanidad era sin embargo su divisa que solo en palabra cumplía y siempre torcía los hechos a su favor, dándole matices muy personales para que cupieran en sus conceptos de vida. Incluso en su indumentaria combinaba lo clásico y lo moderno pero a su manera. Si gustaba usar pelucas y era de su agrado echarse polvos, de esos blanquísimos que dan aspecto de muñeca de porcelana, también solía lucir vestidos que se llamarían cortos por llegar a la rodilla. Y se los ponía con medias negras que llegaban hasta los tobillos con ruedas de encaje. A todas luces, no tenía piernas de veinteañera pero estaba de buen ver, había resistido su silueta a los estragos de la vejez más que en otras personas de la misma edad. Le gustaba hablar de la senectud de la vida sin sus inconvenientes. Dicho de otro modo, lo que le gustaba era tener la edad que tenía por considerarse una matriarca cuyas opiniones no se debatían. Se las tomaba en cuenta uno, haciendo circunvoluciones, rodeos y circunvalaciones o las ignoraba uno con delicadeza. Pero nunca se podía cuestionarlas o nunca jamás refutarlas. De lo contrario, entraba la regia matriarca en una furia descomunal y muy rencorosa y descargaba sus argumentos de autoridad que solo reposaban en la venerable y honorable edad de su persona. Lo único era saberlo y respetar esa regla, conocida por todos. El único embarazo que experimentaba ella y que mucho le molestaba, era cuando se reunía con señoras mayores que ella y a quienes además, no apreciaba tanto. Lógicamente, siguiendo sus preceptos personales, tenía que callar sin otorgar, difícil ejercicio tertuliano que lograba controlar en parte al tomarse copitas de oportó, más de la cuenta. Pero al volver a casa, se precipitaba al baño para echarse polvos y ungüentos en cada pliegue del cuerpo sin saber si el prurito que le iba carcomiendo la piel se debía a las tertulias con esas estúpidas ancianas o al exceso de oportó o los dos a la vez. Nunca resolvió ese dilema. Pensó un tiempo no ir más a esas charlas con esas viejas desdentadas pero más podía la etiqueta. Por lo demás, la Señora de Alastruz era una persona encantadora y muy generosa. Lo único era conocerla.

Lázaro estaba almorzando temprano solo en la cocina cuando apareció Mateo.

—¡Lázaro! ¡Lázaro! —exclamó Mateo. ¿Sabes quien acaba de llegar?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Adivina.

—No sé, hombre. Tengo tantas cosas en las que pensar.

—No te hagas el rogado, por Dios. ¿No recuerdas a la señora del abanico?

—La señora del abanico —contestó asombrado Lázaro. ¿Cuál señora del abanico?

—La señora del jugo de fruta que te hacía ojitos. ¡No me digas que no, ahora! “Ah pobre de mí, Mateo, me estoy derritiendo como un tempaño de hielo” — dijo Mateo arremedando a su amigo. ¿No recuerdas? Son palabras tuyas.

—Te le juro. No recuerdo. Y déjame en paz con esas boberías, que estoy pensando en otras cosas de más interés.

—¡Ah Lázaro, amigo mío! Me decepcionas. Yo sé que a ti te gustan las personas maduras pero ésa, es de una edad un poco avanzada. Una fruta más bien marchita. Pero cada quien con su criterio, te lo concedo.

—¿Andas bien, Mateo? ¿No estarás un poco trastornado? Desde que estás con Blanca, te veo un poco iluminado. Me preocupas.

—¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Despierta. Está en el castillo la señora extravagante y estrambótica que tanto te gustaba. Y en vista de que eres tú el que estás perdido, te voy a recordar su nombre. La señora de Alastruz. Ella misma está acá, en el salón de recepción.

—Estás loco, Mateo. Ni la conozco a esa señora. Te lo juro. ¡Deja de bromear!

Empezó Mateo a dudar de sí mismo e inquirió:

—Pero no me vas a negar que no estabas muy enamorado de esa señora extravagante en la última fiesta que se celebró en el castillo. ¡Vas perdiendo la memoria! ¡Me preocupas Lázaro!

—Nunca me enamoré de una vieja marchita. No sé lo que te pasa. ¡Estás loco! Claro que ese día había una jovencita que mucho me gustaba y pienso que a ella también le gustaba. Pero nunca más volví a verla ni a saber de ella. Ni sé cómo se llama.

En este preciso momento, entendió Mateo que a lo mejor se había equivocado de persona y que se había hecho todo un teatro amoroso. Y de súbito se le ocurrió que bien podía ser su hija, una muchacha bien bonita que acababa de ver con la señora de Alastruz. La jovencita de los rellenitos de manzanas —pensó en su fuero interno Mateo— como si estuviera acordándose de la plática con su amigo Lázaro que estaba en aquel momento a punto de perder los estribos.

—¡Mira! Lázaro. ¿Podrías describírmela, por favor?

—Estoy almorzando, Mateo. Y te digo que hoy no estoy para bromas.

—Bueno, Señor. Otro día será. Pero esa jovencita es una hermosura. Lindísima. Y yo te la voy a describir yo. ¿Es de pelo castaño?

—Sí.

—¿Tiene el pelo largo y rizado?

—Sí

—¿Tiene ojazos verdes?

—sí

—¿Tiene un lunar en la mejilla derecha?

—¿Cómo lo sabes, Mateo? ¡Deja de burlarte de mí! Contestó Lázaro irritado.

—Espérame, Lázaro. Ya regreso. Y sobre todo, no te muevas de acá. No te muevas.

Salió Mateo de la cocina y pensando que tal vez mal había actuado la primera vez aconsejando a su amigo que se alejara de un pez gordo y que más sabrosos y menos peligrosos eran los peces de río, se fue rumbo a la sala de recepción donde estaban Catarina, la señora de Alastruz y su hija y con increíble aplomo, se dirigió a la señora de Alarcón:

—¡Dispensen, señoras! Señora de Alarcón, por favor, necesito de sus consejos culinarios en ausencia momentánea de doña Helena. Podría darse la molestia de acompañarme.

—No vale la pena, Mateo. Estamos en familia. No te molestes. ¿Qué quieres, joven?

—El problema mío que no es nada del otro mundo pero sí de sumo interés, se relaciona con los rellenos de manzanas. Y sin ni siquiera pensarlo, le guiñó el ojo discretamente a su ama. Catarina tenía ojos de plato pero entendió que algo tenía que hacer.

—¿Los rellenos de manzanas? ¡Ah por supuesto! —contestó ella como si estuviera recordando algo —los rellenos de manzanas —volvió a repetir.

—Claro, Señora de Alarcón. Doña Helena todavía no ha regresado y me dijo que me ocupara de los rellenos de manzanas. En cuanto a Blanca y Mauricia están en el vergel recogiendo hortalizas. Así que me encuentro yo solo con la preparación de los rellenos de manzanas y no soy tan experto en la materia. No quisiera que me regañara doña Helena y ustedes por tener los rellenos un sabor amargo o a quemado.

—Están preparando rellenos de manzanas. ¡Qué delicia! —exclamó la señora de Avestruz. ¡Pregúnteselo a Gracia, mi hija, que son unos de sus manjares favoritos!

Mateo miró a la señora de Alarcón con insis—tencia como para decirle que algo hiciera. Pero fue la señora de Alastruz la que tuvo esa frase salvadora:

—¿Por qué no acompañas, Gracia, a ese joven aprendiz de cocinero! Si conoces tú la receta de memoria. Si no es demasiada impertinencia, doña Catarina.

—Por supuesto que no —contestó aliviada Catarina a su amiga sin entender absolutamente nada de lo que estaba pasando pero olfateando algún lance amoroso con uno de los dos mozos del castillo que muy buen parecer y mucho encanto tenían.

Se disculpó Gracia y salió del salón en compañía de Mateo.

## LXI

Tranquilo estaba Lázaro por la salida de Mateo pero intranquilo por la visita a la bruja cuando, de súbito, volvió a llegar Mateo platicando con alguien. Levantó los ojos Lázaro y estuvo a punto de desmayar.

—Lázaro —dijo Mateo— te presento a la muchacha sin nombre.

—Gracia me llamo —contestó ella, risueña.

Se levantó Lázaro para saludarla e inclinó la cabeza. Ella le dio la mano.

—Encantada. Es un placer volver a verle. Mucho he pensado en usted... desde la última vez.

Le devolvió el cumplido Lázaro disimulando su turbación. Pero viendo que no sabía qué decir ni cómo actuar Lázaro frente a Gracia Alastruz, de tan sorprendido que estaba, fue Mateo quien le dijo, guiñándole a su vez el ojo:

—Bueno Lázaro, hay que preparar los rellenitos de manzanas. Estando ausente doña Helena por el momento, tenemos que empezar. Y la suerte ha querido que estuviese presente hoy día la Señora de Alastruz y su hija, Gracia. Gracia se sabe la receta de memoria así que nos va a ayudar. ¿Les parece?

—¡Excelente idea! —contestaron los dos al unísono —viéndose a los ojos como frescas manzanas llenas de rocío.

Yo me voy a la despensa a buscar las manzanas —dijo Mateo. No me dilato. Luego Lázaro y yo pelaremos las manzanas mientras Gracia haga la masa. ¿Le parece, Gracia?

—Sí. Pero también podríamos pelar las manzanas juntos y yo les enseñaré a hacer la masa y el relleno, ¿Más divertido, no?

—Excelente idea —contestó Lázaro— que estaba recuperándose de sus emociones sin tampoco entender donde estaban doña Helena, Blanca y Mauricia y porqué tenían que cocinar ellos. Lo único que entendió era que Mateo se las había ingeniado para que Gracia y él pudieran estar juntos. Y eso tenía que agradecerse. Realmente Mateo era su maestro y gran amigo y tenía él que estar a la altura de las circunstancias. Si la primera vez había perdido la oportunidad de conocer a Gracia, esta vez estaba bien decidido en hacerlo y en no dejar escapar a tan lindo pececito que sea de altamar o de río.

Cuando solos estaban los dos y estaba por dirigirle la palabra Lázaro a Gracia, entraron por una puerta Mateo con las manzanas y por otra, doña Helena, con un pollo. Al ver a doña Helena, Mateo se precipitó hacia ella, guiñándole un ojo y luego el otro y le dijo:

—¡Aquí están las manzanas! —doña Helena. Podemos empezar ya los rellenitos y no se enfade por el retraso. ¡Qué Lázaro y yo tuvimos muchas cosas que hacer! Más vale tarde que temprano. Ahora mismo vamos a pelarlas.

Doña Helena no entendía nada pero por supuesto, sabía que algo raro estaba pasando al ver que estaba en la cocina junto con Lázaro, una lindísima señorita de conocido semblante pero cuyo nombre no lograba recordar. Y despistada, le contestó:

—Gracias Mateo por traer las manzanas. Pero sinceramente, yo no había previsto...

—Por Dios, doña Helena. Yo sé que mucha faena tiene usted —y otra vez le guiñó el ojo discretamente Mateo—pero a veces, noto, con todo respeto suyo, que se le olvidan las cosas así como sus anteojos.

—¡Ah! por cierto, Mateo, —contestó doña Helena suspirando— a veces tengo la cabeza por las nubes. ¿Y quién es esa muchacha tan primorosa?

—Soy Gracia —contestó ella.

—La hija de la señora de Alastruz —precisó Mateo y acercándose a doña Helena de tal forma que no pudiera verlo Gracia, le hizo una señal juntando los dos índices de la mano.

En ese momento, entendió de inmediato doña Helena que algo pasaba entre Lázaro Y Gracia.

—Bienvenida al castillo, señorita —le dijo doña Helena.

—Gracias, señora. Ahora que usted ha regresado, supongo que no necesita de mí.

Ante el silencio de doña Helena, de inmediato Mateo le explicó que ella se había propuesto ayudarles dado que sabía hacer a la perfección los rellenos de manzanas.

—Gracias por el cumplido —contestó Gracia—pero cada quien hace los rellenos a su manera. Y estoy convencida de que doña Helena los hace sabrosos. Ya tuve la oportunidad de saborearlo.

—¡Quédese, señorita! —le dijo muy amablemente doña Helena. ¡Que con gusto les va a enseñar a Lázaro y a Mateo cómo hace usted los rellenitos de manzanas! Y me imagino que más sabrosos serán los suyos que los míos, que siempre les hacen falta algo. Tal vez un toque de juventud y de fantasía. Tiene la cocina a su disposición, querida Gracia. Y permítame decir que no es tan frecuente ver a señoritas a quienes les encanta cocinar. No se imagina usted como eso me alegra.

De inmediato, le enseñó donde estaban los ingredientes y los utensilios.

—Yo solo me encargaré del pollo —dijo doña Helena.

## LXII

Apenas recuperado de sus emociones de la mañana, Lázaro estaba caminado hacia las caballerizas, ansioso por encontrarse con la bruja y por lo que podría encontrar su amigo Mateo. Ahí lo esperaba Blas. Eran las cuatro en punto. Sin más tardar, ambos se fueron en su montura en dirección a la casa de la bruja a la que llegaron al atardecer. En el camino, ambos concordaron en que no era necesario trazar ningún plan previo que con una bruja, todo era de esperar. Y sobre todo, Lázaro le dijo a Blas que actuara con prudencia dado que en ningún momento se puede provocar a una bruja y que se debe actuar con mucha sutileza, diciendo las cosas tales como son, en la medida de lo posible. La única incógnita era saber si la bruja los dejaría pasar. Se disipó dicha reserva al encontrar la puerta cerrada. Varias veces llamaron, en vano. A todas luces, había salido la bruja o más bien se había fugado. Lo raro era que estaban unas pertenencias suyas en el patio, ropa limpia colgada de un cordel y en el piso que seguro había lavado pero no recogido. En su casa, por lo que pudieron ver por las ventanillas, algo había pasado. La casa estaba desarreglada. Decidieron esperar un rato hasta que regresara ella sin sacar ninguna conclusión. A lo mejor era sencillamente una mujer desorde—nada, que no le daba ninguna importancia a los arreglos y aseos diarios. Y si no volviera ella, regresarían ellos otro día —pensaron los dos—quizá en otro momento del día. Estaban sentados Blas y Lázaro, platicando en voz baja, en gruesos troncos de madera, junto a un hacha, frente a la casa, cuando de súbito, Lázaro le dio un codazo a Blas para que callara y que lo siguiera. Se puso Blas intranquilo y lo llevó Lázaro hasta la entrada de la puerta. En ese lugar, había manchas. Comprobaron de inmediato que no eran manchas de lodo sino manchas de sangre seca. Los dos se miraron en silencio, inquietos y nerviosos, y terminaron por encontrar otras manchas en las lozas del piso que serpenteaban hasta la salida del patio e incluso en el portoncito de entrada. Ahí se quedaron susurrando, fiján—dose detenidamente en sus entornos por si llegara alguien o pasara algo. Les había entrado una fuerte aprensión y algo de susto por lo que acababan de descubrir y, sencillamente, porque no sabían qué había pasado y qué hacer. Decidieron quedarse unidos y dieron otras vueltas por la casa y las afueras. El único problema era que empe—zaba a anochecer y no pudieron encontrar nada concluyente. Intentaron nuevamente llamar a las dos puertas y abrirlas, en vano. Estaban cerra—das. Pues se miraron en silencio y concertaron irse de regreso. Fue cuando oyeron algo, un ligero ruido que salía de la casa. Volvieron a acercarse, a llamar esta vez a gritos partidos pero nada. Los dos no podían equivocarse. Ambos estaban seguros de haber oído un ruido procedente de la casa. Blas miró hacia el hangar cercano y le hizo una señal a Lázaro en dirección a una escalera. Ambos fueron a recuperarla y la pusieron en la fachada de la casa.

—¿Qué te parece? —le preguntó Blas.

—Buena idea. Yo me subo. Paso por la chimenea, me bajo y le abro las puertas.

—Espero que no cometamos una tontería —dijo Blas.

—Con lo que hemos visto. No creo que nos equivoquemos —contestó Lázaro.

—Puede esperarse lo peor —añadió Blas. Lo único que no entiendo es que no estén abiertas las puertas.

—A lo mejor hubo una pelea y se encerró la bruja.

—O la otra persona. Y se fugó la bruja.

—Bueno, de todas formas, alguien está adentro y a lo mejor, herido.

—¿Me subo?

—Súbete pues. Te espero. Y se oigo bronca adentro, echo abajo la puerta —contestó Blas.

Ya se había metido Lázaro por la chimenea cuando decidió Blas ir a buscar el hacha y esperó con nervios que le abriera la puerta Lázaro. Fueron largos momentos de angustiadora espera como si presintiera que algo pasaría.



## LXIII

Y se abrió la puerta. Estaba listo Blas para asestar el primer hachazo.

—Ya llega el Papa Noel — le dijo Lázaro a Blas todo cubierto de hollín —pero no trae ningún regalo: tan solo una bruja sin escoba, tendida en el suelo.

—¿Está viva? —preguntó Blas preocupadísimo.

—¿Y tú? ¿Qué haces con un hacha en la mano? ¿Cortando leña esperándome?

—No seas lelo, Lázaro. ¿Está muerta la bruja?

—Tan solo medio muerta. ¡Relájate! Si estuviera muerta, no estaría bromeando — contestó Lázaro como si acabara de cumplir una hazaña hechi—cera. Ya se le había quitado por completo el tremendo miedo al entrar por la chimenea y al ver a la bruja ensangrentada.

Tras tomarle el pulso, la acostaron en la cama. Le quitaron los paños ensangrentados que había usado ella para parar la hemorragia, limpiaron como pudieron la profunda y larga herida y le pusieron otros limpios. Respiraba a duras penas. Pero respiraba. Le dieron agua con una cucharilla y movió los labios.

Blas se quedó al lado de ella, humedeciéndole la cara y el pelo mientras daba vuelta Lázaro por la sala. A los pocos instantes, encontró el tizón con sangre y se lo trajo a Blas.

—Debe ser el arma que le causó la herida —dijo Lázaro.

—No toques nada, hombre. ¡Deja eso en su lugar! Mejor no tocar absolutamente nada. Que nos pueden echar el clavo a nosotros.

Lázaro se fue a dejar el atizador sin rechistar donde lo había encontrado y al volver al lado de Blas y de la bruja, le dijo, pensativo:

—No creo.

—¿Cómo que no crees?

—No creo que el tizón pueda dejar una herida tan larga. Profunda sí pero no tan larga.

—Puede ser Lázaro —contestó un tanto exasperado Blas. Pero suficientes emociones hemos tenido por hoy. ¿No crees? Tenemos que concentrarnos en la bruja. A lo mejor se nos puede morir. Claro que supo ella parar la hemorragia pero quien sabe, yo no soy ningún médico.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lázaro que todavía estaba viendo alrededor suyo cómo intentando atar cabos.

—¿La llevamos al castillo? —preguntó Blas, dubitativo.

—En su estado, se morirá en el camino.

—Tienes razón, Lázaro. Pero no la podemos dejar sola una noche entera.

—Bueno, me quedo yo —contestó Lázaro como si la fatalidad acabara de asestarle un nuevo golpe. Y tú te vas al castillo y regresas mañana con un médico. Es lo único que veo. Aquí les estaré esperando. Y el médico dirá.

—¿No te molesta?

—Ya me voy acostumbrando, Blas. Una noche con una bruja inofensiva no me puede espantar más. Solo me quedaré quieto al lado de ella e intentaré darle algo de comer, un puré, algo líquido, lo que encuentre. ¡Qué sé yo lo que comen las brujas! Claro que dormir, ni soñarlo. ¿Quién sabe lo que pueda pasar? Y si despierta ella. ¡Uf! ¡Mejor ni pensar! ¡Qué me da escalofríos solo imaginarlo!

—No seas tonto, Lázaro. No pasará nada.

—Si tú lo dices, me tranquiliza mucho, gracias. Pero prefiero pensar en gracias sin S., que eso me cae en gracia. Pero me quedará acostado con el hacha a mi lado. A lo mejor tiene amantes, amigos, clientes que la visitan de noche.

—Como quieras, Lázaro. A veces te encuentro un poco confuso. Debe ser la agitación y el cansancio. Por ello, te recomiendo que no cometas ninguna imprudencia.

—Te lo prometo, Blas. Sabes que en mi puedes confiar.

—Claro. Nunca he dudado de tu lealtad y te lo agradezco. Y no te preocupes, pronto sabremos que pasó en esta casa.

—Y quien intentó matarla —agregó enigmático Lázaro.

—Bueno me voy, amigo. Al amanecer estaré aquí presente.

—Eso lo espero. Y se me ve guindado de la viga, como murciélago, solo será fantasía mía. Me habré impregnado de las artes de hacer brujería.

—Al fin soltó una carcajada Blas y miró a la bruja por última vez averiguando si seguía incons—ciente.

—¿No se mueve? —preguntó inquieto Lázaro—¿No estará escuchándonos? ¿No estará en suspenso?

—¿Quién sabe? —contestó irónico Blas. Y si fuese el caso, no te olvides de los sabios consejos que me diste, que a las brujas no les gustan las provo—caciones. ¿Así no es?

—Así es. Contestó Lázaro —Siempre fue lo que a mí me dijeron, no sé.

—Te dejo pues, amigo mío, en buenas manos.

—Eso sí que necesitaré mucha mano. Dios dirá. Pero mejor deséame buena suerte y vuelve pronto Blas —contestó Lázaro con voz atragantada, intentando disimular el canguelo que experimentaba al tener que pasar una larga noche de desvelo.

Y en ese preciso momento pensó Lázaro por qué demonios había hablado con Blas de toda esa historia que lo llevó a esa sórdida casa, perdida en el bosque, solo, al lado de una bruja supuestamente inconsciente que, sin embargo, había resistido a las profundas puñaladas que hubieran dejado sin vida a cualquiera. Mejor se hubiera quedado en el castillo, comiendo rellenitos de manzana con su dulce prometida, Gracia.

UDI-DEGT-UNAH

## LXIV

Se sorprendió Catarina al ver a Blas llegar a esa hora. Dejó precipitadamente el libro que estaba leyendo en la mesita y se fue a su encuentro, descalza, lanzándose en brazos de Blas.

—Pensaba verte tan solo mañana —le dijo ella al oído, dándole besos—.

—Algún percance — le contestó Blas. Y de inmediato le preguntó:

—¿Estás sola?

—Sí. Los demás están en su aposento que ya es tarde. Tuvimos hoy la visita de la señora de Alastruz y de su hija. Se van a quedar algunos días con nosotros. ¿No te molesta?

—¿Por qué me molestaría?

—¿No pareces tan contento de verme? Te veo un poco preocupado, cansado. ¿Pasa algo?

—Mejor vayamos a la terraza o a tu aposento, Catarina. Estaremos más tranquilos.

—¿Qué pasa Blas? Me preocupas. Empiezo a conocerte, sabes. Cuando tienes esa cara, es que algo está ocurriendo.

—Vámonos mejor a la terraza, te contaré.

—¿Quieres tomar algo? ¿Has cenado?

—No, no me dio tiempo.

—Bueno, te preparo unos bocados. Si quieres me esperas en la terraza.

—Te acompaño, Catarina.

—¿Prefieres jamón serrano o una pata de pollo?

—No te molestes, que lo puedo hacer yo.

—Don Blas, tranquilícese, por favor, que se ve muy tenso. ¡Siéntese! Yo me encargo de todo. No sirve para nada tomar las cosas tan a pecho. Aquí está un vaso, su cerveza y unas galletitas saladas mientras le preparo los bocados.

—¿Le parece don Blas? —le dijo ella risueña.

Por primera vez, logró arrancarle Catarina una sonrisa.

Una vez en la terraza, empezó Blas a hacerle preguntas a su prometida acerca de Anselmo cuya partida encontraba él extraña. Ella no se miraba tan inquieta y pensó que se había ido a la capital por motivos profesionales. Así era él. A veces se ausentaba varios días y siempre regresaba.

—Pero esta vez no se despidió de nadie y no avisó a nadie de su salida—dijo Blas.

—Es cierto. Eso me llamó la atención pero bueno, después de todo lo que ha pasado, te digo sinceramente, que esté o no, no le doy ninguna importancia.

—A eso quería llegar, Catarina. No sé si decírtelo.

—Me preocupas, Blas. Pocas veces te he visto así, vacilante y malhumorado. Si tienes algo que decirme, dímelo ya. Ya somos una pareja y no tiene que haber secretos entre nosotros.

—Malhumorado no estoy, Catarina. Pero son cosas muy serias que nos conciernen a todos.

—Me asustas, Blas. ¡Habla por Dios!

—Claro que te lo voy a decir, porque escogí decírtelo tras pensarlo largamente, y porque ya te has recuperado del todo. No te lo puedo ocultar.

—¡Dios mío! ¿Qué está pasando, Blas? —Preguntó Catarina angustiada. Y se sirvió un vaso de agua, las manos temblorosas.

—Te envenenó Anselmo, Catarina.

## LXV

Lejos estaba todavía Catarina de imaginarse lo que Blas le seguiría desvelando tras regresar de donde la bruja. Y siguió haciéndole el relato de lo acaecido ese día, ambos sentados de noche en la terraza del castillo.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Te envenenó Anselmo. Estoy hablando en serio. Se fue Anselmo para siempre. Su aposento está vacío, completamente vacío. Se fugó porque intentó envenenarte y temió que lo descubriéramos al regresar sana al castillo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás delirando?

—Estoy hablando en serio, Catarina. Acabo de regresar de donde una bruja, la que vive en el bosque.

—¿Y qué tiene que ver una bruja? Estás mal, Blas. —Le dijo cortante Catarina.

—En vez de ponerte nerviosa y enojada, escúchame y déjame hablar por favor, te lo ruego.

—Está bien. Está bien —dijo suspirando Catarina.

Catarina intentó tranquilizarse pero estaba muy alterada y sensible por las revelaciones de su prometido y tuvo que hacer grandes esfuerzos para que no se rompiera su paz interna.

—Lázaro y yo acabamos de regresar de donde la bruja —empezó a contarle Blas.

—¿Lázaro? —contestó ella sin entender.

—Sí, Lázaro, te lo explicaré después. El se quedó con la bruja para cuidarla. No ves que no está en el castillo. Salimos los dos a las cuatro de la tarde. Yo acabo de regresar de donde el médico, amigo mío y ya está en camino a la casa de la bruja.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no quería preocuparte en demasía.

—Pero por favor, no me cortes Catarina. Sigo: encontramos Lázaro y yo a la bruja, inconsciente en el piso, cubierta de sangre, una gran herida en el vientre. Alguien intentó matarla.

—¡Ah! ¡Dios mío! Me das miedo Blas.

—No te preocupes. Todo se va a arreglar. Ya está todo claro. Pensamos Lázaro y yo que fue la bruja la que le entregó el veneno a Anselmo.

—¿Y cómo lo saben? ¿Están seguros?

—Lázaro vio varias veces a Anselmo salir del castillo de noche. Lo encontró sospechoso. Y una vez lo siguió hasta la casa de la bruja.

—¿Y quién dice que le compró veneno a la bruja? A lo mejor fue otra cosa. Algo suyo que ignoramos.

—Tienes razón. Toda la razón. Todavía no tenemos ninguna prueba. Por eso estamos esperando que se recupere la bruja y que nos cuente quien quiso matarla y por qué.

—¿Y por qué me hablas de veneno? ¿Piensas en serio que Anselmo quiso envenenarme? ¿Tienes pruebas?

—Mira Catarina. Anselmo desapareció definitivamente antes de que regresáramos de las lomas de Cahuaca. Y tú, te saneaste por ti sola. ¡Vaya milagro! Ni los médicos pudieron hacer nada. Yo te llevé allá porque quería que cambiaras de aire y que estuviéramos a solas, lejos del castillo, para que descansaras. Y afortunadamente, quisiste prolongar nuestra estancia. Si te curaste fue porque no estabas en el castillo. Y nadie pudo seguir envenenándote.

Catarina lo miraba inquieta con ojos desorbitados.

—Puede ser, Blas. Te lo concedo. Puede ser. A lo mejor tienes razón. ¡Qué barbaridad! Tengo escalofríos. Con razón los médicos no encuentran el motivo de los padecimientos míos que bien podrían parecerse a los efectos de un envenenamiento. ¡Qué horror! ¿Y por qué envenenarme Anselmo si lo que estás diciendo es cierto? —Preguntó ella preocupadísima.

—Por amor, celos y... dinero. Es lo que pienso.

—Amor, celos y dinero. Repitió Catalina como noqueada por las develaciones de Blas.

—Fíjate —añadió ella—que ahora que hablamos de todo eso, recuerdo cosas un tanto insólitas acerca de ese Anselmo. Recuerdo haberlo sorprendido una noche, estando yo sola en la sala, y él estaba por subir la escalera. A oír un ruido, me acerqué a la cocina y lo sorprendí. Regresaba de afuera y no le gustó que yo lo viera. Estaba como muy molesto como si tuviera algo que esconder. Pero no le puse mente. ¡Y eso hace tiempo ya! Otra cosa que te quiero decir y que me llamó la atención también aconteció hace poco. Cuando estaba muy mal, encamada. Alguien entró en el aposento pero no recuerdo su cara y vino a decirme que Blas era un ladrón y que solo quería adueñarse de mi hacienda. Nunca supe si fue un sueño o la verdad. Ahora que estamos hablando de todo eso, bien podría ser él. Y eso fue antes de que nos fuéramos.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando estuvimos allá? Le preguntó Anselmo.

—No sé. Estábamos tan bien los dos que no quise abordar ese tema.

—Te entiendo. De todas formas, lo hecho está hecho. Solo hace falta esperar. Qué se recupere la bruja y ya tendremos las pruebas. Por supuesto, si quiere hablar ella.

—¿Y si no quiere? —preguntó Catarina.

—Nos quedará por desenmascarar al cómplice de Anselmo.

—¿Al cómplice? —Dijo ella atónita.

—Sí, Catarina. Al cómplice o a la cómplice. Anselmo no pudo actuar solo. Y en eso estoy perfectamente de acuerdo con Lázaro. Anselmo no tenía acceso a la cocina. O mejor dicho, raras veces iba a la cocina. Si hubiera actuado solo, habría tenido que ir muy a menudo a la cocina para echar el veneno. Lázaro lo hubiera visto y la servidumbre lo hubiera notado. Solo tú te enfermaste. Significa que fue alguien que tenía que saber con mucha precisión en qué plato o vaso meterte el veneno.

Hubo en largo silencio. Empezó a temblar Cata—rina viendo desfilar en su mente el retrato de cada empleado en quien tenía mucha confianza y se puso pálida al imaginarse que también podría ser alguien de su familia. Pero quien sabe por qué, se le vino a la mente lo del veneno y le preguntó en seguida a Blas.

—Pero ¿qué hubiera ganado Anselmo con matarme? Eso es lo que no entiendo.

—Te lo digo francamente. Yo tampoco.

—Lo del amor, del dinero —dijo ella reflexionando en voz alta. Si me hubiera matado, me habría perdido a mí y no habría sacado ningún provecho del castillo o de mis propiedades. ¿No te parece, Blas?

—Tienes toda la razón. Entonces el único motivo serían los celos. Impedir a cualquier costa nuestra unión. Puros celos.

—O bien lo planeó todo desde el inicio. Vino al castillo por amor y dinero, está bien. Se entiende. Pero no podía prever ni nosotros tampoco nuestra relación futura. Si bien recuerdo, los mareos, los desvaríos empezaron a declararse incluso antes de que nos enamoráramos. Es decir que tan solo la bruja nos podrá contar las verdaderas intenciones de Anselmo y la alquimia que usó para que él consiguiera sus fines.

—A todas luces no funcionó y quien se mete con brujas, medio brujo termina siendo.

—¡Qué espanto! —exclamó Catarina.

—Es tiempo de ir a dormir Catarina que yo me siento muerto.

—Y yo, molida por tantas revelaciones. Todo eso me da asco y repulsión.

—Te entiendo y mañana nos espera otro largo día. Pero nunca hay que desesperarse. Pronto sabremos la verdad.

—Y saber que mañana vamos a levantarnos cruzando al cómplice de un asesino en mi propia morada. ¡Me da pánico!

—No te preocupes, querida. Terminaremos por desenmascararlo. Somos tres en saber la verdad. Lázaro, tú y yo.

—Y la mano de Anselmo —añadió Catarina, con tono seco.

—Por ley, estará preocupada más que nunca. Y fallará de una u otra manera. Te repito que somos tres en saber la verdad. Guardemos silencio, unamos nuestra fuerza e ingenio. Y caerá.

—¡Que dios te oiga! Amor mío.

## LXVI

No fue necesario que los tres, unidos por el destino en busca de la verdad, desplegaran grandes esfuerzos e ingeniosidad para que cayera la fruta podrida. Ni fue menester sacudir el árbol. Blas se había ido temprano a la casa de la bruja y acababan de desayunar doña Catarina con la señora de Alastruz y su hija, en la sala. Eran casi las nueve de la mañana cuando las dos fueron a caminar por el parque por iniciativa de Gracia que había convencido a su madre de la importancia del paseo matutino que en realidad tenía otro motivo que se llamaba Lázaro. La señora de Alarcón se había quedado sola en la sala, pensativa, cuando de repente se oyeron unos gritos en la cocina. Al entrar Catarina, se dio cuenta de que estaban discutiendo Cecilia y Blanca. En medio se había interpuesto doña Helena.

—¿Qué es lo que está pasando acá? ¡Parece albergue! —dijo encolerizada Catarina. ¡No tienen vergüenza!

—No se preocupe doña Catarina —contestó doña Helena como tranquilizándola. Son cosas que ocurren. Una pensó que la otra había hecho tal cosa y ésta pensó que era la otra. Y fue tan solo eso el motivo del disgusto. Niñerías, doña Catarina, tan solo chiquillerías, cuchufletas y bufonadas.

—¡Y que no vuelva a suceder! ¡Aquí no es ningún gallinero! —dijo con autoridad Catarina.

—De todas formas —dijo excedida Blanca— a los gallos mejor tenerlos en la olla. Nosotras las mujeres somos tontas. Creemos cosas, nos dejamos engañar y finalmente somos los patos de la fiesta.

—Si tienes algo que reprocharme, Blanca, tienes que decírmelo en mi cara. Y no andes con rodeos. ¡Qué eso no me gusta! — le respondió Cecilia colorada como un tomate.

—Calma — dijo con tono seco doña Helena. Que soy yo la que las voy a poner en su lugar y lo van a lamentar. ¿Entendido?

—Entendido —contestaron ambas mirándose a los ojos con desprecio.

—Cecilia, ¡Que vayas a quitar la mesa! — dijo doña Helena. Ya terminaron de desayunar las señoras. Y tú, Blanca, no me gusta que interrumpas a la Señora cuando habla. Es la última vez. Yo no quiero saber nada de sus necesidades. ¡Que eso huele a gallinaza!

La señora de Alarcón se salió de la cocina esbozando una sonrisa y volvió a sentarse en la sala, leyendo el periódico. Se acercó Cecilia a la Señora de Alarcón.

—No necesito nada más, Cecilia, gracias. Puedes seguir quitando la mesa.

Pero viendo que Cecilia quería decirle algo pero que no se atrevía, le preguntó Catarina:

—¿Qué deseas Cecilia?

—Hablar con usted. Pero a solas —le respondió susurrando Cecilia cabizbaja.

—¿Pasa algo? ¿Es por lo de Blanca?

—Acá no puedo hablar, Señora.

—Bueno. Termina de quitar la mesa y hablaremos en la terraza. ¿Te parece?

—Está bien. Gracias, Señora.

De inmediato, Catarina sospechó algo raro en la actitud de Cecilia. Más allá del pleito con Blanca, se miraba cansada, tensa, con ojeras. Y su nerviosismo le dio a pensar que se trataba de algo muy importante. Y por lo que habían platicado con Blas anoche, bien podía ser ella la cómplice. Pero bueno, pensó Catarina entre sí, es demasiado temprano para sacar conclusiones precipitadas.

## LXVII

Se fue doña Catarina a la terraza con naturalidad como si nada pasara, aprovechando el frescor del día que se anunciaba muy caliente. Y se sentó esperando a Cecilia, sintiendo la dulce fragancia de las buganvillas de la pérgola. En eso llegó la criada.

—Siéntate, Cecilia. Aquí nadie nos puede oír. ¡A ver! ¡Cuéntame!

Cecilia se sentó pero no reaccionaba. Era como un vegetal sin agua. No paraba de darle vuelta a la cinta del delantal.

—¿Es por lo que acaba de pasar con Blanca?—Preguntó Catarina.

—Ni sé yo lo que me tiene Blanca.

—Entonces. ¡Habla! ¿Qué quieres? Sabes tú que estuve muy enferma y ahora necesito calma, serenidad y tranquilidad.

En eso, rompió en llantos Cecilia.

—¿Qué te pasa mujer? ¡Dime! ¡Cuéntame! ¡No es para tanto!

—Yo soy una nefasta, Señora. Una traidora. La traicioné, Señora, la traicioné.

—Explícate que me preocupas.

—Es que...

No paraba de sollozar Cecilia y no lograba hablar. Solo balbuceaba entre lloriqueos y llantos.

—Te doy esa oportunidad de hablar enseguida, Cecilia. No la desaproveches. Después será demasiado tarde.

—Yo soy la causa de su desgracia —dijo Cecilia que no cesaba de llorar.

—A ver. Te escucho. Eres tú la que quieres hablar o confesarte mejor, si bien entiendo las cosas.

—Le eché un filtro de amor, a diario, durante semanas, señora.

—¿Un filtro de amor? ¿Qué me estás diciendo?

—Un filtro de amor. Señora. Fue don Anselmo. Fue Don Anselmo el que lo tramó todo y que me lo exigió.

—¿Un filtro de amor?

—Sí. Un filtro de amor. Quería que usted fuera toda suya. Solamente suya. Y decía que el filtro ayudaría a que consiguiera él su amor.

—¿Qué locura es ésa! Y tú te prestaste a esa sórdida maniobra. ¡Qué asco me das!

—No me castigues. Señora. Que yo tengo una hija sola donde familiares. Necesitaba dinero. Y él me dijo que si no cumpliera, raptaría a mi hija.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? Yo te hubiera ayudado.

—No podía. No podía. No podía rehusar. Me presionaba, me amenazaba diciéndome que me denunciaría a la policía que yo le había echado a usted el brebaje y no él.

—¿Cómo me pudiste traicionar! No me lo puedo creer. ¡Eres una sinvergüenza! Lo que hiciste es criminal. ¡Me hubieras matado!

Y rompió nuevamente en llantos Cecilia.

—¿Usted me va a entregar a la policía? ¿Me van a echar presa? Por favor, por favor, señora, no lo haga, por mi hija, por mi hija, por mi hija, se lo pido, por mi hija. Y se puso de rodilla Cecilia, suplicándola, implorando su perdón.

—Ese debería ser tu castigo, el calabozo. ¡Levántate!

—No fue culpa mía. No fue culpa mía, señora. Fue don Anselmo el verdadero culpable —repetía desquiciada y enloquecida Cecilia.

Ambas se levantaron y de súbito, Catarina le dio una sonada bofetada.

—No diré nada. Tenlo por seguro —le dijo Catarina. Pero estás despedida. No te quiero volver a ver. Agarra tus pertenencias y te me vas para siempre de esta casa. Ahora mismo. Adiós Cecilia.

Se fue Cecilia, atacada en llanto, cabizbaja y avergonzada en dirección a su cuarto. Subió las escaleras corriendo y se tiró en la cama. Luego empezó a alistar sus maletas. Se sentía furiosa, engañada por Anselmo y despreciada por su señora que según ella, no tenía corazón. Y la había condenado al despido cuando Anselmo era el verdadero culpable. Y en su desgracia, como para darse ánimo, pensó entre sí que finalmente no fue más que una bofetada de oro. No iría a la cárcel y aquí, por debajo de la tabla de madera del entarimado, estaba su tabla de salvación que le permitirían empezar una nueva vida. Pero cual no fue el pavor y el terror suyo al ver que en el escondite, las tres bolsas de monedas de oro habían desaparecido. Se fue disparada del cuarto Cecilia, aterrorizada, la maleta en la mano, como perseguida y amenazada por el Diabolo en persona y nunca más volvió al castillo.

## LXVIII

Cuando llegó Blas a casa de la bruja, todavía no había recobrado el conocimiento ella. Lázaro estaba a su gusto, leyendo libros y recetas de bru—jería un tanto más raros los unos que los otros.

—Veo que te diviertes, amigo, le dijo Blas.

—Estoy informándome.

—¡Qué bien! Y yo preocupado por ti.

—Las apariencias engañan, Blas. Pero no te niego que esperé el amanecer como nunca. Uno nunca sabe lo que pueda pasar en casa de bruja. Y como tenía que entretenerme, agarré unos cuantos libros. ¿Quién sabe? Puede ser que algún día me sirvan esas lecturas diabólicas. Y tendió Lázaro el brazo derecho moviendo los dedos como olas y luego el segundo.

—Tienes que practicar. Te falta todavía —contestó Blas, risueño.

—No te preocupes, Blas. Esos gestos y ademanes solo producen efectos al día siguiente, según lo que acabo de leer.

—Pues, veremos. En primer lugar, tienes que contarme lo que dijo el médico.

—¿Qué médico?

—¿No vino el médico? —contestó asustado Blas.

—Claro que sí. Claro que vino. Mira la mesa, está cubierta de remedios. Solo quería probar tu resistencia espiritual a los estilos retóricos mágicos que se usan en el libro cuatro de “Buenas Usanzas discursivas de la magia”. Volviendo al tema y si quieres que te dé la opinión del médico, te la doy de inmediato. Dijo el médico, si no falla mi memoria, que la bruja está a salvo. Solo es esperar.

—Gracias por tus explicaciones. Pero ¿Te estás haciendo brujo de verdad?

—O mago, que tras una noche de desvelo me parece ese nombre sentar más a mi personalidad. ¿Has desayunado? ¿Te apetece un brebaje de cara—coles con aserrín y hierba buena? Seguro que se me olvidan algunos ingredientes. Espérate que voy a consultar uno de esos folletos.

—No vale la pena Lázaro, gracias. Desayuné antes de verte. Pero mejor me hubiera quedado en casa al lado de mi prometida. A propósito, si te interesa, le conté todo a Catarina.

Lázaro, que se había puesto una máscara de alimaña con cachos le contestó:

—Claro que me interesa. ¿Y qué dijo?

—¡No puedes dejar de hacer el payaso! ¡Que estoy hablando en serio!

Se quitó la máscara Lázaro y le dijo:

—Bueno, hombre, al grano, cuéntame, que la bruja sigue dormida.

—Le conté todo a Catarina, de la A a la Z.

—Z como Zanzíbar, los brujos de Zanzíbar —contestó Lázaro. ¿Te suena? Sabías que ellos tenían la facultad de armar grandes zafarranchos sin moverse de su silla.

—Estupendo. Realmente estupendo. Quisiera yo que usaras su poder para despertar a la bruja y desenmascarar al cómplice.

—Lo del cómplice. No te preocupes. Ya está hecho. Lo adivino, lo presiento, lo siento. Si hablaste con Catarina, no hay motivo de inquietud, ella lo habrá encontrado o la habrá encontrado a tu regreso. O si no fue ella, su mano la habrá o lo habrá encontrado, consciente o inconscientemen—te. Tenlo por seguro.

Viendo que Lázaro no estaba en su estado habitual y siguiendo los preceptos de que no hay que provocar a un brujo aunque sea novel, Blas asintió sin la menor duda.

—Bueno, yo también estoy convencido de ello. Catarina habrá hecho el trabajo. Concentrémonos pues en el despertar de la bruja.

—En eso estuve pensando toda la noche tras la partida del médico y parte del amanecer hasta tu llegada. Y según lo que he podido leer en el segundo tomo de “Del arte de desembrujar a los humanos”, yo aconsejo lo siguiente. Pero no me atrevía a hacerlo, siendo novel y muy novel en la materia y sin tu consentimiento. Te voy a resumir enseguida lo esencial de lo que he leído y entendido. Son cosas de principiantes nada difícil de entender.

Blas se quedó escuchando con mucha atención lo que lo estaba diciendo Lázaro con mucha seriedad.

—¿Entendiste? No es nada del otro mundo aunque un poco mucho. ¿Qué te parece, Blas? ¿Lo hace—mos? Adivino tus temores y aprensiones pero siento que no te atreves a decírmelo. Te voy a ayudar. Los brujos son humanos, te lo confirmo, tan humanos como lo son los brujos.

—No veo nada arriesgado ni peligroso en ello. Y si nos permite ganar tiempo en nombre de la verdad. ¿Por qué no hacerlo?

—Yo te pensaba más corto de mente y obtuso como una calabaza pero veo que razones muy bien.

—¿Empiezo pues?



- Empieza. Y si es de mi facultad, te ayudo.
- ¡Vale!
- ¡vale!

UDI-DEGT-UNAH

## LXIX

Pasada las primeras aprensiones y conscientes de su gran responsabilidad, se lanzó Lázaro a desembrujar a la hechicera cuyo cuerpo inerte yacía en la cama. Blas se puso a leer los pasajes que había seleccionado Lázaro entre varios libros y folletos y éste los iba interpretando a su manera, pronunciando tan solo palabras que en eso consistía el arte de la brujería, según Lázaro. Y dijo éste en tono solemne como si se digiera a los espíritus:

—Crup—tubus et lip—cobo sin colla—mo te lusul.

Blas no decía ni pío. Solo leía sin cesar tal una verborragia mágica y prodigiosa los textos sin ni siquiera entenderlo y proseguía Lázaro como poseído:

—Wua cup tubus et lip caba bino cahuera luru et sintin.

Después empezó a cantar mal que bien Lázaro alrededor de la cama haciendo extraños gestos y ademanes como si estuviera comunicándose con los espíritus, interpretando a su manera sus voluntades. Y por fin, echó encima de la bruja como un misceláneo polvoriento tan fuerte y humeante que estuvieron a punto de salir del cuarto Blas y Lázaro. Pero de repente se puso a estornudar la bruja. Una vez. Dos veces. Tres veces. Empezó entonces a hablar a gritos partidos Lázaro en un extraño lenguaje y a moverse sobre sí mismo como un trompo, agradeciendo a los espíritus lo que acababan de cumplir, una gran proeza digna de los más grandes magos y profetas. Y le dio un madre codazo a Blas para que hiciera lo mismo. Y a su vez cumplió Blas reproduciendo, a su manera, los gestos y sonidos de su maestro.

Abrió los ojos la bruja y los miró a los dos como si fueran dos brujos salidos de sus encantamientos. Quiso incorporarse en la cama pero de inmediato sintió el dolor que le partía las tripas.

—Buenas tardes, señora —dijeron Lázaro y Blas un poco cohibidos e intimidados por hablar con una bruja y por lo que acababan de ejecutar.

—No dudo de sus hazañas, noveles magos. Estuvieron a la altura de las circunstancias. Y se lo agradezco.

—No es para tanto —contestó Lázaro. Un poco de magia. Nada más.

—Veo que tienen buenas lecturas y sin lugar a dudas, tienen dones. Pocos son los humanos los que logran usar con sapiencia y sabiduría dichos libros.

—La fortuna —dijo Blas que todavía tenía uno de los libros de la bruja en la mano.

—No creo, noveles magos. No sean tan humildes. Pero me gusta su modestia y llaneza. El futuro les pertenece con tal de interpretar con paciencia e ilustración sus dotes.

—Mejor tome ese jarabe que nos dio el médico. Les va a aliviar sus dolores.

—¿Qué médico? — preguntó ella cejiunta.

—Llamamos a un médico para que sanara su herida. Muy mala herida, señora. Quien sabe lo que les habrá pasado — preguntó Blas.

—Les agradezco su gentileza. Pero ahora que recobré el conocimiento podré curarme sola.

—Como quiera — contestó Lázaro y añadió:

—Pero tenemos que estar a su lado al menos dos días. Usted ni puede levantarse. O a no ser que tenga alguien que le ayude.

—Vivo sola, noveles magos. Sola. Y pienso arreglármela sola. E intentó nuevamente incorpo—rarse. Pero nuevamente, la herida la clavó en la cama.

—Ve usted, señora que no puede sola. Uno de los dos se quedará para cuidarla. Lo que necesita, es recuperarse de la herida y comer bien. Sola no puede.

—Desgraciadamente, tienen razón y les agradezco su bondad. Pero ni los conozco ni sé quiénes son. Después de todo, no necesitan decírmelo, ustedes, noveles magos, cruzaron mi destino y lo iluminaron.

—Yo me llama Blas, señora.

—Y yo Lázaro, el criado de la señora de Alarcón.

De inmediato, la bruja sintió un dolor tan fuerte que la atenazaba que estuvo a punto de desma—yar. Lázaro corrió a buscarle un vaso de agua. Tomó unos sorbos la bruja y recobró el aliento.

—Disculpenme. Esa historia es de nunca acabar.

—Mejor hablemos mañana, señora —dijo Blas. No hay prisa. ¡Descanse tranquila! Le vamos a preparar una sopa y luego cambiaremos su vendaje. Lo que necesita es reposo, mucho reposo. ¡Duerma tranquila! Está usted en buenas manos. No se preocupe por nada.

—Infinitas gracias, noveles magos, puede ser que les deba la vida.

—No lo creo —contestó Lázaro. Es usted tan sólida como un peñasco. Se hubiera salvado sola pero con graves secuelas. Duerma tranquila. Regresaremos más tarde con la sopa. Y ¡llámenos por cualquier cosa!

Los dos salieron y cerraron la puerta en silencio. No había duda. Solo era esperar. Al desvelar su identidad a la bruja, Lázaro y Blas entendieron que Anselmo algo tenía que ver con ella. Pero lo más sabio

era esperar y no precipitar las cosas. Al preparar la sopa en la cocina, ambos conversaron sobre la mejor manera de actuar. Y se pusieron de acuerdo en que no existía ninguna, solo era esperar y dejar que las cosas se decantaran. Blas le dijo a Lázaro que se quedaría por la noche y que regresara él al castillo avisando a la señora de Alarcón de lo acaecido. Lázaro se quedó con Blas hasta mediodía tras despedirse de la bruja y prometiéndole regresar al día siguiente.

UDI-DEGT-UNAH

## LXX

Regresó Lázaro por la mañana a casa de la bruja, lleno de vida y esperanzas. Estaba Blas sentado en la sala, leyendo.

—¡Hola amigo ¿Qué tal?

—Bien, gracias.

—¿Cómo amaneciste?

—Muy bien, Muy bien.

—¿Y la señora? —preguntó Lázaro al ver que no estaba en la sala con él.

—Todavía encamada. Se quedó dormida la bruja todo el día de ayer y toda la noche sin necesidad que me ocupara de ella. Tan solo se comió una sopa por la tarde y no quiso nada más.

—Bueno. Te traigo buenas, muy buenas nuevas así como víveres, si te apetece —dijo Lázaro. Y empezó a sacar de su alforja de cuero unas longanizas, lonjas de jamón serrano, pan, queso, algunos dulces, frutas y vino.

—Gracias, Lázaro. Muy servicial eres tú. Más tarde comeré. Por el momento y aprovechando que la bruja sigue dormida, mejor hablemos de las últimas noticias que me traes.

—Fue Cecilia la cómplice. Lo confesó todo a Catarina.

—¡No me digas! No te lo puedo creer.

—Sí, fue ella la que le echó el “filtro de amor” a diario, según dijo la señora de Alarcón. Te lo juro por mi madre. Ido Anselmo y al tener que compartir casa con su víctima, no aguantó Cecilia. Arrepentida por sus pecados, me imagino, no pudo más que expiar sus culpas ante Catarina.

—¿Y cómo lo tomó Catarina?

—La despidió de inmediato dándole la posibilidad de rehacer su vida en otra parte.

—Actuó bien. Creo que hubiera hecho lo mismo. Así que ya no está Cecilia.

—No. Agarró sus maletas y se fue.

—¿Y qué dijo acerca de Anselmo?

—Cecilia le contó a doña Catarina que fue Anselmo el que contrajo los servicios de la bruja para conseguir ese famoso filtro de amor. Y que convenció a Cecilia para que le echara a diario ese tal brebaje en la comida de la señora de Alarcón.

—¡Qué lío es éste! Me cuesta todavía creerlo. ¿Y algo sospechan los demás?

—Nadie sospecha nada. Todo el mundo piensa que fue a raíz de un pleito que tuvo ella con Blanca.

—Mejor así. Es mejor que nadie sepa nada, ¿no te parece, Lázaro?

—Estoy de acuerdo contigo Blas. Lo que pasó pasó. ¿Por qué poner los pañales al sol si ya todo terminó? Serían más preocupaciones, más angustias, más rumores por nada.

—Pero veo en el brío y en el ardor de tu mirada que algo más quieres contarme.

—No se te puede esconder nada, Blas. Tú también te estás convirtiendo en mago. Deben ser los espíritus que habitan esta casa.

—No digas tonterías, Blas. Y cuéntame mejor tus amoríos que de eso se debe de tratar ¿verdad?

—Así es. No te equivocas. Me enamoré de Gracia, una señorita lindísima con quien me encontré por primera vez en la fiesta que la Señora de Alarcón dio hace tiempo. Nunca pensé volver a verla y por mera casualidad, volví a aparecer unos días ha.

—¿La conozco a esa noble persona?

—Es la hija de la señora de Alastruz. Gracia Alastruz —confesó Blas como ido por el mero hecho de pronunciar su nombre.

—Pescas en altamar, amigo Blas. No es un reproche. Pero es mejor que lo sepas ¿Y ella te ama?

—Me lo dijo anoche cuando estuvimos los dos en el parque a escondidas de su madre. Es una perla de nácar, una joya preciosa que me ilumina y me transporta más allá de mi propio ser. Fue ella la que empujó a su madre para que volvieran al castillo. No era más que un pretexto para que nos encontráramos.

—No pierdes tiempo a lo que veo —contestó Blas.

—Algo se oye —interrumpió Lázaro. ¿Has oído?

—Claro que sí, parecen golpes lentos en el piso.

Y de súbito entró en la sala la bruja cojeando, apoyándose en un bastón de madera.

—¡No se mueva! — le gritó Lázaro. Está siendo imprudente. Se le puede reabrir la cicatriz.

—¡No se preocupen, noveles magos! que todo eso lo tengo bien claro.

—Le vamos a acercar una silla, señora, —le ofreció Lázaro.

—Mejor ayúdenme a acostarme en la hamaca si no es mucha la molestia. Allí me sentiré mejor. Yo veo que fueron de compras.

—¿Algo le apetece? —preguntó Blas.

—Primero me tiendo en la hamaca y luego veremos si me entra algo.

Sentada y relajada por el mecer de la hamaca, empezaron a platicar los tres. Les cortaron un trozo de longaniza con pan que ella comió con apetito. Luego les dijo que sola se las podía apañar y que no era necesario que se quedaran en casa de ella. Que algún día sabrá reconocerles lo que habían hecho por ella. Luego, acostada ella en la hamaca y ellos alrededor de la mesa, no fue necesario hacerle ninguna pregunta. Ella sola se puso a hablar, a contar ese sórdido y turbio trance con don Anselmo. En ese largo monologo entrecortado de silencios, les dio a entender que la brujería solo operaba con gente que tuviera intenciones sinceras y que el disimulo no podía más que perturbar los efectos de las pócimas. Así les explicó cómo un filtro de amor podía convertirse en filtro de dolor. Y que en el caso preciso de don Anselmo, tan solo el amor de doña Catarina por don Blas pudo salvarla neutra—lizando los efectos venenosos del brebaje. Tan solo se permitió don Blas una pregunta:

—¿Quién la quiso matar?

—Fue don Anselmo. Fue don Anselmo quien me apuñaló. En la refriega, logré darle con el tizón. El está herido en cuerpo y alma. Se convirtió en una bestia salvaje y sanguinaria. Pero lo pararé. Se lo prometo en el nombre de los más grandes e ilustres brujos que habitaron este mundo desde el inicio de los tiempos. Esté donde esté, lo encontraré.

Lázaro y don Blas estaban asombrados y a la vez intrigados por el relato de la bruja. No entendían el porqué de una venganza si ya para ellos, todo se había terminado y se iría recuperando ella con el tiempo. Y la bruja soltó esa frase que resonó y permaneció en ellos como una advertencia:

—Bien podría encontrarse don Anselmo escondido en Pueblo Nuevo para la feria.

Luego la bruja se durmió en la hamaca, como agotada.

Ambos se fueron de la casa de la bruja al atardecer todavía impregnados de las palabras de la bruja y con el pesar de dejar sola. Pero tal era su voluntad.

## LXXI

Una semana más tarde, el último domingo del mes, cuando todos se encontraban en el castillo, incluso la señora de Alastruz y Gracia que habían prolongado su estancia por arte de magia, pasó algo inesperado. Era un domingo como cualquiera y poco faltaba antes de que sea el almuerzo. Unos estaban en el parque, otros en la terraza sombreada, cuando se presentaron Mateo y Lázaro en la sala iluminada por los rayos de sol. Tan solo estaban don Blas y Catarina platicando.

Como dos caballeros que regresaban después de tantas aventuras, entraron sin anunciarse Mateo y Lázaro y pusieron en la mesa las tres bolsas de monedas de oro cuyo ruido metálico despertó la curiosidad de don Blas y doña Catarina.

—¿A qué viene eso? —preguntó don Blas.

—Le devolvemos lo suyo —contestó Mateo.

La señora de Alarcón y don Blas se miraron asombrados, sin entender nada.

—El oro les pertenece —contestó Lázaro.

Y Mateo empezó a explicarles que esas tres bolsas de oro estaban escondidas en el cuarto de Cecilia. Que las había encontrado él antes de huir ella y que él estaba al tanto de lo que se estaba tramando en el castillo gracias a la perspicacia de Lázaro.

—Ese dinero, que es un dineral, fue el pago de su envenenamiento, doña Catarina —dijo Mateo. Al recuperar ese dinero ya teníamos Lázaro y yo la prueba faltante de la complicidad de Cecilia en las cínicas maniobras de don Anselmo. Y dio la casualidad, por desgracia mía, de que estando yo en el cuarto de Cecilia buscando evidencias, me vio mi querida Blanca y quemándose de celos, me rechazó para siempre, pensando que la estaba engañando con otra.

Estaba Blanca en ese momento en la sala sacando una fuente de la gran cómoda de roble cuando oyó el relato de Mateo.

—No rompí mi compromiso con usted, don Blas—Dijo a su vez Lázaro. Entiéndalo. Sabía que al contar lo acaecido a mi fiel amigo Mateo, él sería de una gran e inestimable ayuda en el triunfo de la verdad. Y así fue.

Acababan de regresar del parque la señora de Alastruz y Gracia cuando se levantó doña Catarina con una naturalidad marcada de solemnidad por las hazañas de ambos criados.

—Me enorgullece tener a tan nobles y valientes caballeros a mi servicio. Lejos estaba yo de imaginar lo que por mí y mi amado don Blas, serían capaces de cumplir. Desenmascararon a mis más crueles y acérrimos enemigos y de hoy en adelante, puedo dormir en paz y vivir en paz. De común acuerdo con don Blas, le pido a Mateo que se acerque y a Blanca también, si tal es su voluntad tras oír el relato de bravura y temeridad de Mateo que en nada la ha defraudado.

Sonrosada y emocionada estaba Blanca y le dio la mano a Mateo tiernamente. Ambos se acercaron y les dio doña Catarina una bolsa de oro.

Luego habló don Blas y dirigiéndose a Lázaro, le dijo:

—Gracias a tu ejemplar conducta, gallardía, ingenio y entrega, lograste descubrir la trama ur—dida por el vil Anselmo y la ruin Cecilia. A veces cumplir es no cumplir y no cumplir es cumplir. Cumpliste con tu deber y con lo que pensaste ser tu deber. Eso es lo más sano y sensato. Y te lo agradezco. Le salvaste la vida a mi amada Cata—rina, a tu señora. Y de ti mucho he aprendido como esa inmortal sentencia que nos une para siempre: Crup—tubus et lip—cobo sin colla—mo te lusul”.

Yo sé que actuaste como un verdadero caballero y que te llaman grandes aventuras por ser noble, leal, elegante y generoso como lo es también Mateo. A veces, las cosas se complican por estado y condición cuando la verdad y la única verdad es que es el corazón el verdadero soberano. Espero que las voces celestiales te oigan y que se cumplan tus tan anhelados deseos de unirse a...

—Si me permiten, doña Catarina y don Blas en ese momento tan grandioso que estoy viviendo como pocos he vivido en mi vida, no necesita usted pronunciar su nombre —intervino la Señora de Alastruz. Yo misma lo haré. Ese hombre Lázaro es un ser excepcional que yo mismo hubiera querido encontrar de joven. Tan elocuente, tan intrépido, espléndido y magnánimo. Supo con su amigo defender la vida de su Señora con ingenio y arrojo y no dudo de que sepa defender y amar a mi hija, Gracia.

Don Blas le pidió que se acercaran Lázaro y Blanca cuyo semblante era tal un astro resplandeciente y le tendió a Lázaro una bolsa de monedas de oro.

Luego Doña Catarina y don Blas mandaron a llamar a doña Helena, don Ramón y Mauricia y les dijo que compartieran esa última bolsa de monedas de oro que bien sabrían ellos qué hacer con ella.

Y terminó anunciando Catarina a todos, muy emocionados, que si les pareciese, no solo dos sino tres bodas se celebrarían juntas en el Castillo después de la feria de Pueblo Nuevo. Poco a poco se habían

juntado los hijos y nietos de la señora de Alarcón, pasmados y admirados por el arranque, la bizarría y agudeza de los presentes caballeros y por el aguante, la discreción y el miramiento de don Blas y Catarina, Señora de Alarcón y de Alba.

Mirando hacia la ventana, pensó ver don Blas la silueta de la bruja tal como el vuelo oscuro de una urraca cubriendo el cielo.

UDI-DEGT-UNAH

# Índice

## La castellana

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| <a href="#">I</a>     | 9   |
| <a href="#">II</a>    | 13  |
| <a href="#">III</a>   | 17  |
| <a href="#">IV</a>    | 21  |
| <a href="#">V</a>     | 25  |
| <a href="#">VI</a>    | 29  |
| <a href="#">VII</a>   | 33  |
| <a href="#">VIII</a>  | 37  |
| <a href="#">IX</a>    | 41  |
| <a href="#">X</a>     | 45  |
| <a href="#">XI</a>    | 51  |
| <a href="#">XII</a>   | 55  |
| <a href="#">XIII</a>  | 61  |
| <a href="#">XIV</a>   | 65  |
| <a href="#">XV</a>    | 71  |
| <a href="#">XVI</a>   | 75  |
| <a href="#">XVII</a>  | 79  |
| <a href="#">XVIII</a> | 83  |
| <a href="#">XIX</a>   | 87  |
| <a href="#">XX</a>    | 93  |
| <a href="#">XXI</a>   | 97  |
| <a href="#">XXII</a>  | 101 |
| <a href="#">XXIII</a> | 105 |
| <a href="#">XXIV</a>  | 109 |

## Filtro de amor, filtro de dolor

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| <a href="#">XXV</a>     | 115 |
| <a href="#">XXVI</a>    | 119 |
| <a href="#">XXVII</a>   | 123 |
| <a href="#">XXVIII</a>  | 127 |
| <a href="#">XXIX</a>    | 131 |
| <a href="#">XXX</a>     | 135 |
| <a href="#">XXXI</a>    | 141 |
| <a href="#">XXXII</a>   | 145 |
| <a href="#">XXXIII</a>  | 151 |
| <a href="#">XXXIV</a>   | 155 |
| <a href="#">XXXV</a>    | 159 |
| <a href="#">XXXVI</a>   | 163 |
| <a href="#">XXXVII</a>  | 167 |
| <a href="#">XXXVIII</a> | 171 |
| <a href="#">XXXIX</a>   | 175 |
| <a href="#">XL</a>      | 179 |
| <a href="#">XLI</a>     | 183 |
| <a href="#">XLII</a>    | 187 |
| <a href="#">XLIII</a>   | 191 |
| <a href="#">XLIV</a>    | 195 |
| <a href="#">XLV</a>     | 199 |
| <a href="#">XLVI</a>    | 203 |



[XLVII 209](#)  
[XLVIII 213](#)  
[XLIX 217](#)  
[L 221](#)  
[LI 225](#)

**[La promesa de pueblo nuevo](#)**

[LII 231](#)  
[LIII 235](#)  
[LIV 239](#)  
[LV 243](#)  
[LVI 247](#)  
[LVII 251](#)  
[LVIII 255](#)  
[LIX 259](#)  
[LX 263](#)  
[LXI 269](#)  
[LXII 273](#)  
[LXIII 277](#)  
[LXIV 281](#)  
[LXV 285](#)  
[LXVI 291](#)  
[LXVII 295](#)  
[LXVIII 299](#)  
[LXIX 303](#)  
[LXX 307](#)  
[LXXI 311](#)

UDI-DEGT-UNAH